

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

El Sacrilegio
de
Sor Adoración

(NOVELA ESPAÑOLA)



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET

Libertad, 29.—Teléf.º 991

1910



El sacrilegio de Sor Adoración

M. Martínez Barrionuevo



R. 90766

El sacrilegio de Sor Adoración

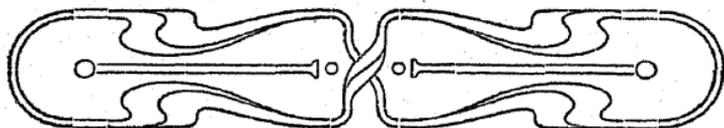


MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

LIBERTAD, 29. — TELÉF.° 991

—
ES PROPIEDAD
—



I

Conocía Estrella del mundo lo que debe conocer una niña de diez y ocho años, aunque la Estrella de mi historia representaba más edad, á medirse por su talento, que era mucho. Mujer cuyas ideas giraron siempre en el círculo que su condición natural le creó, vivía sin ambiciones y sin penas, amando á un hombre por el cual se creía amada, y con las timideces, las incertidumbres y las felicidades propias de doncella con recato, en vísperas de casamiento.

El padre de Estrella, juez de instrucción en un pueblo de Málaga, érase un viejecito campechano, frescote aún, de cara alegre y vivarachos ojos; administrando justicia en este pueblo, que se me antoja distinguir por

cierta razón con el nombre de Anclada, se captó don José las voluntades de todos, y le querían mucho, estimando igualmente, sin hipócritas alardeos, á la buena esposa del tal hombre de justicia, señora ya metida en años y muy callada siempre—rico trofeo en hembra, nunca bien alabado—, con otra condición de renombre; la de ser un sol brillante para la hacienda de la casa; pero á fe que más aún que el matrimonio, fué Estrella la que supo hacerse amar santamente de los rudos patanes de aquel poblachón, que siempre se ha distinguido por echar á la poda y á la manquera la flor y nata en la clase de alcornoques humanos.

Era en los domingos por la mañana cuando más podía observar el respeto y la consideración que al juez y á su familia tenían. Cuando caminaban á la iglesia, ¡qué saludos! ¡Cuánta inclinación! ¡Cuánta sonrisa! Marchaban los tres, devolviendo sonrisas y saludos; allá iban, anchotes y orondos, don José Quintañones, la señora, cogida á su brazo, y precediéndoles dos ó tres varas, la lindísima Estrella, grave siempre, aíta la noble

cabecita de negro cabello y de rostro pálido, con sus hermosos ojos, negros también, muy dulces y como velados por tristezas desconocidas, su cuerpecillo de bellísimas proporciones, y su traje, que era una lindeza, y sin necesidad de modistas — porque eso sí — decía la señora Quintañones cuando alguna vez hablaba —, lo que es mi niña tiene unas manos para la tijera... Que lo diga la mujer del Alcalde, y Fulana y Mengana, que todas están siempre con la pobre: «Mira, Estrella, córtame este vestido; oye, esta falda», y oye por aquí, y Estrella por allá, que no la dejan quieta. «Pero era preciso cumplir, que también las otras correspondían con amables intenciones.»

No había nacido Estrella para habitar entre aquellos brutos; era la flor delicada que muere triste, sin la temperatura regular del invernadero. Sevillana, como sus padres, aprendió primeras letras en un colegio del país donde hubo nacido; con la marcha á Anclada, cuando apenas si contaría ocho años, no fué posible que enriqueciera su imaginación con otros más importantes co-

nocimientos; su poquito de piano, porque lo aprendió de su madre, y nada más; pero en cambio cantaba perfectamente, con una voz que, unida á las notas de la guitarra, hacía llorar la muy pícara, y que los corazones latieran recio. Ya mayorcita, leyó novelas. Cuando se terminaron éstas, habíase aficionado de tal modo á la lectura, que apechugó con los librotos pergaminosos y polvorientos que tenía don José arrinconados en las tablas de la estantería. Entonces quedaron en olvido sus impresiones primeras. Un día tropezóse con *El Criterio*, de Balmes; leyó las primeras páginas, y se medio durmió de hastío. ¡Qué trabazones aquellas! No las podía digerir. *El Año Cristiano* le gustó más; era curioso saber las vicisitudes que atravesaban aquellos mártires para alcanzar el título de buenos. ¡Qué lindas historias! Una tarde—¡tarde célebre!, aún no la pretendía Jaime—, no sabiendo qué hacer, echó mano al recurso de la estantería; buscaba ansiosamente, de pie, sobre una mesa, como figurita en peana enorme, curiosa la mirada y los lindos dedos llenos de polvo,

y tropezó con un viejo volumen de cubiertas rotas y cantos imposibles; leyó en la primera plana *Los mártires del Cristianismo*. Allí, de pie, sobre la mesa, como si la estatua hubiérase convertido de pronto en predicador divino, leyó en voz alta algunas hojas. ¡Gran Dios, qué libro había encontrado! «Sí, sí—pensaba ella—, esto será bueno.» ¡Quién sabe las veces que lo leyó! Puedo sólo apuntar aquí, lector mío, y no temas engañarte si lo crees, que fueron muchas, y que arremetiendo después, en otra época, á Balmes, lo engulló con más facilidad, acabando por hallarle muy de su gusto. Fueron los tres libros que, desde aquel tiempo, quedaron como favoritos suyos, y de aquí tal vez su aspecto de personilla formal y cierto afán, inexplicable para ella misma, de inquirir generalmente el por qué de las cosas.

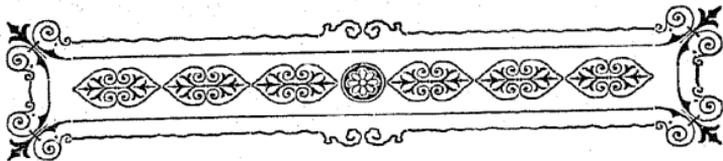
El médico de Anclada, gran amigo y próximo á emparentar con la familia de Estrella, puesto que era padre del novio, la sorprendía á veces embebida en la lectura, y solía pensar, poniéndose muy serio:

—¡Pero este demonio de chica, ¿qué rumbo es el que toma?—¡Y le echaba unos ojazos de cariño!...

En otras ocasiones decíase con gran inquietud:

—¡Fuera lástima que se malograra!





II

No obstaron nunca los atracones de leyenda y los zarandeos de costura que la mañosa niña se daba, para que á menudo soltase cada suspiro por el novio, que no sé yo cómo podían salir de aquel pecho, cuyos pulmones parecían oprimidos por molestias extrañas. Sí; le amaba, amaba mucho á Jaime. ¡Y pronto se casarían! A solas la muchacha, lloraba algunas veces de contento, pensando en el instante en que para siempre quedase consagrada á los cariños y á la servidumbre de su esposo, porque de ti para mí, lector, lo que es la chica tenía condiciones para ser buena madre y buena esposa, sin haberse quemado por eso las pestañas—por cierto muy largas y muy espesas—, con la lectura de *La perfecta casada*.

Había suspirado el señor juez en más de una ocasión, cuando con su futuro consuegro salía por la tarde caminito de la carretera, en amena tertulia y paseo no menos agradable.

Guiñando un ojo y haciéndose de nuevas, preguntábale el médico, cuidadoso, por las *hondas pesadumbres* que le agobiaban; el señor Quintañones, suspirando otra vez, detenía sus pasos, hacía que también el amigo los detuviese, y exclamaba compungido:

—¿Qué quiere usted que tenga? ¡Esa chiquilla!...

—Hombre, por Dios, pues eso ya lo sabíamos — contestó cierta vez el chusco del médico—; es decir, que la hubiera usted tenido precisamente, yo no lo afirmo, porque los dolores los sufriría la otra... Pero venga usted acá, desventurado, que siempre está usted con lo mismo—añadió á seguida con seriedad—; ¿no le dije ya un millón de veces que no debe usted apurarse por eso?

—Amigo don Manuel, ¡la veo tan delicada!...

—Y dale; pero amigo don José, no sea

usted majadero, que parece á todas horas acusado que espera su sentencia. Cállese, por Dios, y déjenos quieta el alma. Los muchachos se quieren, se casarán y vivirán felices y buenos.

—¡Con todo, con todo!...

—¡Qué con todo ni qué ocho cuartos! Ya le estoy viendo á usted venir; pues oiga usted lo que le digo: tengo yo muy bien estudiada la complexión de la chica. ¡Hombre, por Dios, ni que fuera yo mismo! ¿Usted la ve con ese cuerpecín que parece un lirio fresco que á lo mejor se rompe el tallo, y abur, Perico? ¡Pues nones, hombre, nones! ¡Si lo que usted cree que ha de ser su muerte, será su vida! ¡Si lo que le hace falta es eso! Las hembras, amiguito, tienen mucha más alma que á usted le parece; y, en fin, no se hable más; pero sépalo, y ya concluyo: esa florecita que usted piensa no ha de tener pujanza para resistir una pluma, la veremos con el tiempo rolliza como pasiega, anchota de cintura y soltando cada chiquillo que ha de ser un escándalo. ¿Que está mala siempre, y triste? ¿Que parece que le hace

falta algo? ¡Y tanto como le hace falta, hombre! A eso vamos, á remediar necesidades.

Un día concluyó don Manuel de este modo:

—Para que no volvamos á machacar sobre lo mismo, le advierto desde hoy una cosa.

Don José le miró alarmado.

—No hay que asustarse, porque tiene remedio, por fortuna.

—Pero qué, ¿qué dice usted?

—Nada, muy sencillo; la única esperanza que tengo para que no se nos muera, es casarla pronto.





III

Mudó completamente de parecer el hombre de justicia desde entonces, aunque pensando en la muchacha con iguales inquietudes que antes. Bien ajena de que tanto anduviese su nombre en boca de su padre y el nuevo padre que pronto tendría, continuaba llevando Estrella su misma vida de melancólico aislamiento. Levantábase temprano, iba al despacho de su padre y le acariciaba como si no le hubiese visto en dos ó tres meses. Si la señora Quintañones estaba allí, solía haber entonces aquello del pique, afirmando que su hija no la quería, que á quien amaba era á su padre solamente; en tal caso, abrazaba el marido á la esposa, y en esta ocasión y cuando le nombraban á Jaime era solo

cuando los ojos bellísimos de la doncella se animaban con chispa de fuego, reveladora de inmensas alegrías; aquellos ojos grandes y tristes, velados siempre por una especie de tristeza dulce. No era necesaria la palidez hermosa, ni la blancura brillante de las mejillas, del cuello y de la frente, para hacer simpática á Estrella; no era preciso su cabello castaño obscurísimo, que ella misma peinábase con gracejo delicioso; no, preciso tampoco las orejitas, como dos escogidas hojas de azucena; ni la boca, que por ser un poco grande permitía admirar con doble fruición sus otros primores físicos; ni sus labios, siempre entreabiertos, por su natural estructura, ni aquel cuerpo suyo, delgadito más bien que grueso, pero tan conformado, que era un deleite; nada, nada de atrevimiento de curvas, ni contornos; nada, fuera escándalos... pero ¡qué proporciones!, ¡qué divinidad de cuerpo, Santa Madre! En fin, nada de esto, repito, precisaba para admirar á la doncella que pronto conocería el velado misterio del matrimonio. Era suficiente aquella noble mirada de sus ojos, afable como una

caricia, reveladora de las hermosuras de su alma, mirada que parecía decir á todo aquel sobre quien fijábase:—¡No me hagas mal, que soy buena!

Después de visitar á su padre, en el despacho, bordaba ó leía. Como Jaime estaba en Madrid por entonces, terminando la carrera, ni aun entregada á la costura dejaba el libro de la mano, observando el médico, sin poder explicar la causa, que iba creciendo su predilección por la lectura de libros religiosos, de una manera asaz marcadísima.

—¡Eh, que no vas á ser monja!—decíale muchas veces, quitándole el libro de las manos.

Le miraba ella, sonriéndole con la boca y los ojos, y paciente y dulce, se contentaba con seguir cosiendo, ó coger otro libro cualquiera. Lo decía todo el mundo:—¡Chiquilla más mandible! Por cierto que no se le parecía Jaime. ¡Era una santa!

Calificación justa que creeréis exagerada, pero no lo es para quien logró la dicha de verla... Once años tenía yo cuando la conocí. Jamás se ha separado de mi mente

el recuerdo de aquella mujer agradable, digna, hermosa, con su figura de contornos suavísimos, su rostro blanco, diafanal, con esa limpidez que sólo tiene el cielo en la alborada y algunas flores y algunas aves en la tierra, y los hermosos ojos reflexivos, soñadores, ardientes como si Dios hubiera inventado la calentura sólo para arder en ellos.





IV

Volvió, por fin, al pueblo el nunca bien alabado Jaime, con alegría de todos y con más alegría de Estrella, hecho un señor licenciado en medicina y cirugía. Erase Jaime, mozo robusto, bien plantado, con poca mollera y muchos puños, pareciendo más amigo de licencias que no de recatamientos, amén de cierto aspectillo de impertinente superioridad que le sentaba á maravilla.

Fué siempre muchacho díscolo y batallador, hasta el punto de temerle los de su edad. Creían que la reflexión cambiaríale con el tiempo en sentido favorable. Hizo mal que bien sus primeros estudios; fué á Madrid para la carrera y cambió entonces realmente, pero en sentido contrario, aprendiendo á la

vez á disimular cuando le convenía la negra carcoma de su alma de protervo. Era brutal, era falso y de imaginación fértil en todo recurso para aparecer en ocasiones simpático é inofensivo. Estuvo en Anclada muy poco tiempo los primeros años en meses de vacaciones, y supo disimular gallardamente su condición vil. Dos años antes, había encontrado á Estrella, á quien dejó de corto aún, convertida en mujer... Llamó su atención aquella diáfana figura de flor. Habló con ella y supo atraer el espíritu dócil y tierno de la muchacha, que iba sintiendo, por ley fatal del contraste, poco á poco y con secreto placer el dominio de tan falaz naturaleza.

Los padres no se opusieron, y Jaime Gallardo fué novio oficial de Estrella Quintañones. Pero, al regresar á Anclada, definitivamente al parecer, y ya para casarse, no hizo ocultación ninguna de sus instintos viles; ya no hubo disimulo ni conveniencias; aquel era Jaime Gallardo en toda su perversidad, sin menjurjes paliadores ni tapujos cobardes.

En las primeras semanas de su vuelta al

pueblo nadie cayó en la cuenta de las novedades—las que creyeron novedades—que consigo Jaime traía; tuvieron que irse manifestando despacito y de modo contundente para que entrasen en la imaginación de los que no se atrevían á creerlas, ni aun después de ya seguros. Quien primero hízose cargo por intuición femenil y amorosa tal vez, de la condición real del mozo, fué la discreta niña. Hallábale distraído, cejijunto, y cuando con voz que sonaba á corazón dolorido, preguntábale la causa de aquel estado, contestaba perezosamente cuatro palabras evasivas, menos cuando el gran estúpido no abría la boca en descomunal bostezo, muerto de hastío. Gran estúpido dije y me quedé á la zaga, que otros más retumbantes motes eran necesarios para calificar á quien se consumía de tedio junto aquella mujer.

A buen seguro que eran otras las aspiraciones del alma de Estrella; cuando tales preguntas hacía, y tales contestaciones el otro daba, convertíase en nieve la sangre de la pobre y suspiraba callandito, con honda inquietud por no hallar en sí misma poder bas-

tante para sacar al hombre de su brutal indiferencia.

Lo que junto á Estrella no pasaba de hastío bien ó mal disimulado, convertíase fuera de la casa de la novia en despótica rudeza con el pobre, quisquillas y malos avenimientos con el rico, falsedades y doblez para todos, y lo que era más terrible, descocados enamoriscamientos y hasta embestidas de buey, que tal siempre pareció, con doncellas, casadas ó viudas, sin distinguir en ésta libertades, ni en aquélla recatos, sino disparándose para el bulto como palo de ciego, lo que dió lugar por ende á sendos palos que los deudos de una que otra mozuela propinaron en las espaldas del famoso Jaime.

Bien lejos estaba Estrella de suponer ni por vislumbres de soñación, que anduviese el novio en tales vericuetos metido; pero no sucedía igual con el respetable señor Quintañones, que si bien era cordero inofensivo, en lo del amor entrañable á su hija, salíanle garras y melenas y como tal león indomable se portaba, sin jactaciosos aspavientos, ni mucho menos vituperables torceduras, lo

mismo en los deberes de su cargo que en otros particulares asuntos.

Algo llegó á su conocimiento, desde un principio, de los manejos improcedentes del descarriado joven, y como también tuviese de ello noticias el papá de Jaime, se lamentaba plañideramente jurando al mismo tiempo hacer en la persona de su hijo terrible escarmiento para enseñanza y corrección de mozalbetes desvergonzados.

Mirábanse el uno al otro, asaz compungido el médico y hecho el juez un energúmeno, descompuesto el ademán y hosca la cara; pero venían abajo sus razonadas demostraciones de natural coraje, cuando su amigo decíale afligido:

—¡Por el amor de Dios! ¿qué quiere usted que yo le haga?

Un día el juez se las mantuvo tías, y contestó irritado:

—Pues señor mío, debió usted hacerlo con anticipación, educándole como convenía; en cuanto la chica sepa la vida que el mozolejo se trae, yo no sé, ¡Dios Santo! lo que va á sucederle. Cuidara usted más de su señor

niño de los demonios y estuviéramos hoy fuera de enredos y de tapujos, para que la pobre no se entere del premio gordo que en suerte le ha caído.

—Despacio, señor don José, despacio— contestóle don Manuel con gravedad pocas veces en uso—, que no merezco yo tacha por los desacatos del mozo, ni tiene que ver nada la educación con eso.

—Me gusta, señor; lo sereno que se me presenta usted para sostener disparates; afortunadamente el ejemplo está en mi casa, con el ángel de Dios que allí tenemos.

—Pues usted no sabe lo que se dice, no señor, ¿querrá usted ahora veniros con que su plan de educación de usted ha sido causa de que la chica sea santa y virgen por todas partes? ¡Que yo no lo oiga más, hombre! Ese alma de Dios es así, porque Dios ha querido que sea. ¡Si ha llegado el día de que se me revuelva la bilis! ¡Hombre, que no estamos tocado de la cabeza!

—El tocado y el retocado lo será usted, y que me deje en paz le pido.

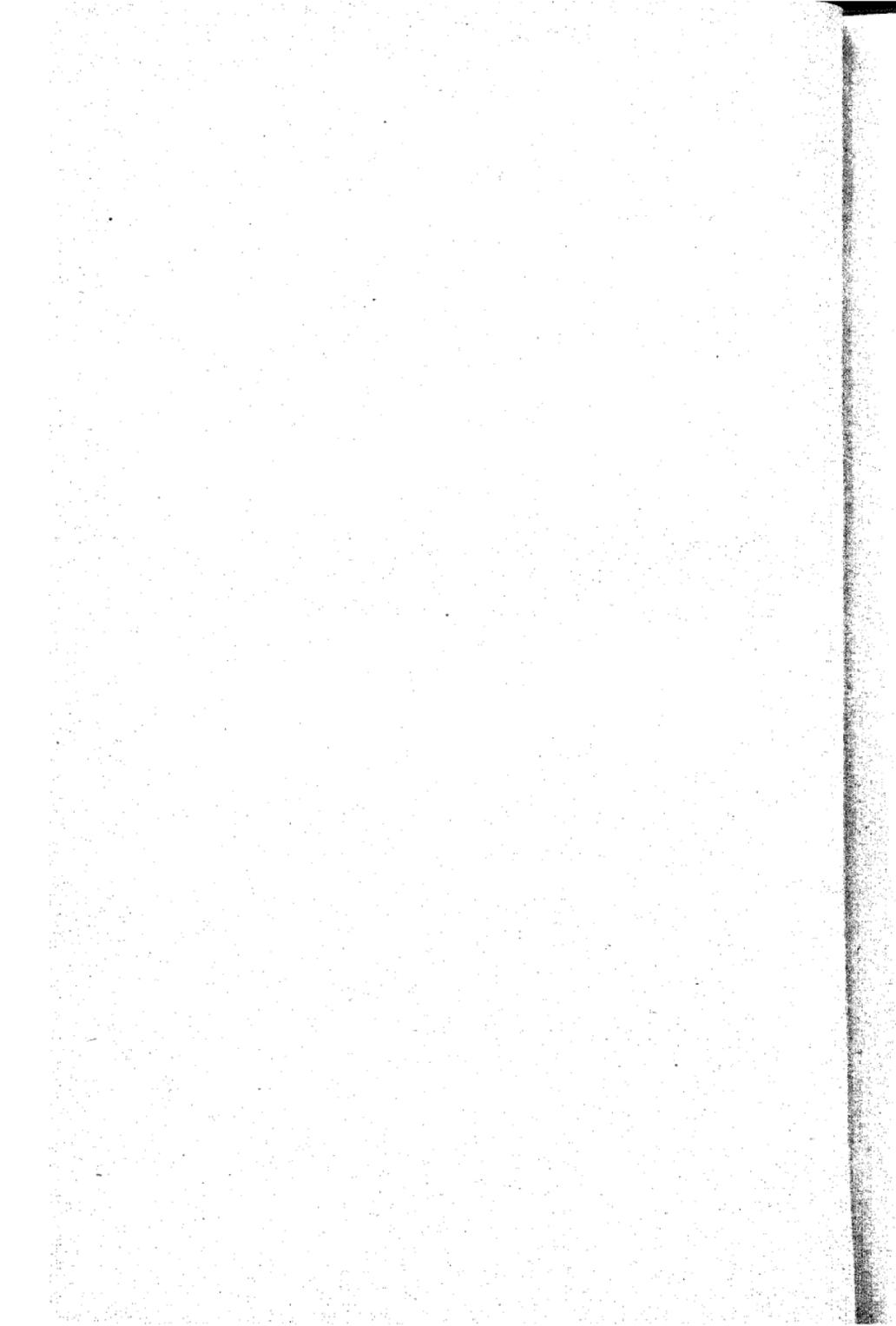
—¿También eso? Pues ni por eso; no en-

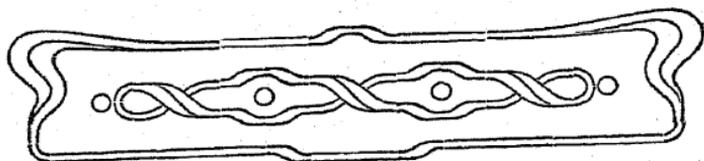
trará nunca en mi caletre lo que usted afirma, de que su talento para educar haga santos. ¡Como si fuese lo mismo educar á una paloma que á un jabalí!

—¡Señor médico!

—¡Señor juez, déjeme ya tranquilo y el demonio me lleve si no meto en caja á ese medicucho aunque tenga que hacerlo cuartos para que quepa!







V

Serían las ocho ó poco más de una noche de estío, el momento en que las dos entidades, médica y jurídica, departían acaloradamente en el despacho del respetable señor Quintañones, allá, en su hermosa casa del extremo Sur de la población, cuyas vistas pintorescas al campo, eran su principal atractivo.

La luna era clarísima. Caían sus luces como blando beso por las extensas vegas que circundan el lugar; miraba Estrella con beatífico recogimiento la fértil campiña, limitada acá y acullá por pequeños caseríos, como fantasmas silenciosos cubiertos de sudarios blancos. Veía la carretera, acabada de construir por entonces, recta, larguísima,

destacándose del color pardusco y arcilloso de los otros terrenos, pareciendo mancha blanquecina que se estiraba hasta perderse entre las sombras de unos árboles y aparecer de nuevo cerca de la playa, cual si las frondosas copas fueran suncho de unión y amarre de la carretera hecha pedazos; á la izquierda del camino, enorme cañada, cubierta de vides y romeros, matajos enormes y grandes higueras. Llamábase *la cañada de la monja*; en uno de sus bordes, había un pozo que surtía de agua á casi todo el pueblo; sacaban agua en aquel instante, y el chirriar de la garrucha, vibraba en el corazón de Estrella como un ¡ay! prolongado; allá, más lejos del pozo, dormía *Pacurro*, el guardián del rebaño del alcalde; más allá de su choza, follaje espeso, gruesas encinas, el puentecillo de la *monja*, sostenido por un borde y otro del ancho cauce, y más allá, la sombra, hasta donde llegaba la vista de Estrella como al fondo de un abismo; á la izquierda de la carretera, profundos barrancos; al pie de los montes, espesos cañaverales que se mecían en silbo tenue; más acá, las

tapias blancas y las salientes cruces del cementerio, y por último, como anciano venerable, bolsa repleta de historias terribles de ahorcados y duendes, los muros verdinegros y esportillados, los tabiques caídos y techumbres rotas de antiguo convento en ruina.

Posaba Estrella sus ojos en toda la extensión fantástica que á favor de la luna descubría. Amante de la soledad y el silencio, la impresionaba la contemplación de aquellos lugares, experimentando cierta comezón que se daba de testarazos con sus esperanzas de próximas felicidades y fantasmagorías juveniles.

Su pecho fatigado, respiró á poco libremente, al oír en la calma de la noche un discreto silbido. Expresando su placer en un ¡ay! que brotó de lo profundo del corazón, quitóse de la ventana y con ligereza de sílfide, pero evitando hacer ruido, atravesó habitaciones y descendió escaleras.

Se encontró al fin en una salita baja; avanzó presurosa, tropezando y latiéndole el corazón fuertemente, y abrió á tientas una

ventana. La luna se coló de pronto en chorros de luz que bañaron á la doncella en oleada suave, semejando el hada de los cuentos mágicos. La Quintañones no se fijó nunca en los efectos de pequeñeces tales para cautivar novios. Siendo tal vez ella misma una excepción, por su carácter, su figura y su temperamento, era, por el contrario, natural en todo: ser amada de Jaime, amarle mucho, ya está, si reticencias ni cálculos ambiguos.

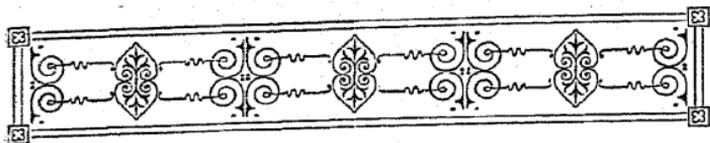
Abrió la ventana, dije, y mirando anhelosa todo lo que su vista abarcar pudo, exclamó con lentitud y como saboreando cada una de las sílabas con deleite divino:

—¡Jaime!

Una voz contenida, pero con sones que hicieron estremecer el corazón de Estrella, dijo amargamente:

—¡No soy Jaime, no!





VI

Lanzó Estrella una exclamación, que inútilmente quiso ahogar; una exclamación no se sabe si de estupor ó espanto, retirándose de la ventana al mismo tiempo.

La voz añadió entonces temblorosa, palpitante, dejando entrever en sus modulaciones una pasión inmensa, contenida trabajosamente, para no brotar en estallidos de ternura y luz, que llenasen la tierra y los espacios.

—¡No te vayas! ¡Por Dios, espérate!

—¡Tú! ¡Tú!—repetía Estrella, sin salir de su terror ó su asombro, y sin acercarse.

—¡Yo, sí! ¿Por qué extrañarlo? ¿Qué no harías tú por el hombre á quien amas? ¿Por qué yo no he de hacerlo todo por ti?

—¡Vete, Miguel, vete por la Virgen!

—¡No me voy, no! ¡No te vayas tampoco!
¡Por la Virgen, también te lo suplico! Espé-
rate. Sabes que soy incapaz de molestarte
ni ofenderte.

—Lo sé, pero me voy; aquí no puedo
estar.

—Si no te esperas, cometeré una locura.
Tú que eres tan bendita ¿no tendrás después
remordimientos por la locura que yo co-
meta?

—¡Miguel, Miguel!—dijo la muchacha,
agitadísima—, no quiero que hagas locuras;
no quiero que te pase nada, pero sé razona-
ble y vete. Son esos sueños tuyos, espinas
que en mi corazón hay clavadas. ¡Vete! No
abuses de mi buen corazón amenazándome
con cometer una locura si me voy. No haces
bien... No haces bien.

Parecía faltarle el aliento. Su voz fué de-
jando las tonalidades severas. Movíase su
alma á una gran compasión, pero retrocedía
poco á poco.

El hombre, retorcíase las manos de dolor,
desesperadamente; dejaba oír su respiración

desigual, como si su pecho, como si sus pulmones se desgarrasen.

Dijo entrecortadamente:

—¡No me confundas con tus rencores, oh Tana!

—¡Rencores! ¿Por qué? Pena mucha... Pena inmensa.

—¡No me confundas con tus penas!

—¡Miguel! ¡Miguel!

—No, no me confundas con ellas. ¡Bastantes que yo tengo! ¡Como las aguas del mar!... ¡Qué hondas y qué amargas! No las tengas tú tampoco. Por mí ¿por qué? Yo ¿qué soy? Guárdalas... guárdalas, para lo que has de sufrir en este mundo. Soy profeta ahora... Profeta de la verdad; pero ¿qué digo, ¡ay de mí! No, no me escuches eso. Olvida eso... Piensa que no lo dije... Escúchame lo otro... Lo que yo venía á decir... Es una cosa solamente. Pero, perdóname; estoy loco; es una locura mortal que llena todo mi ser; está en mi cabeza, está en mi corazón, está en mi sangre... ¿Qué iba yo á decirte? ¡Ay, Dios! ¡Eran tantas, tantísimas cosas en una sola! Sí, sí, mira.

—¡Qué va á llegar Jaime!—habló Estrella angustiada—; tengo que irme si no te vas tú.

—¡Jaime!—repitió el aparecido con risa aguda, que heló el corazón de Estrella.—
¿Es que no sé las noches que se te van detrás de los cristales de tu balcón, ó en esta ventana, esperándole en vano?

Sintió la niña un amargor tremendo y un calor de hoguera en los ojos. Repitió con honda tristeza:

—¡Vete, vete!

—¿No podré hablar una palabra sin herirte?—repuso Miguel con ímpetu—... No tengo la culpa. Es mi atroz martirio... Tú, que eres una santa no creerías...

Interrumpióse para murmurar ahogadamente, sin que Estrella pudiese oírle:

—¡Ay, Dios! ¿Cómo pudo esclavizarse una mujer así, á un hombre como él?

Quedó un momento callado. Estrella no le veía. Los reflejos de la luna iluminábanle de espaldas. Pudo ver solamente el centellear de sus pupilas y los contornos indecisos de una cabeza juvenil y orgullosa. Sintió el sollozar ahogado, los suspiros de dolor inso-

portable, las ansias de un corazón que muere. Olvidó al pronto, ante el dolor ajeno, sus propias inquietudes y una infinita piedad siguió llenándole el alma.

Clavados los ojos ardientemente en la novia de Jaime seguía el hombre con avidez, por los rasgos de sus facciones, los sentimientos de su corazón. Sin dejar de mirarla con apasionado éxtasis, añadió súbitamente en voz baja, ardorosísima, estallante de suspiros y rezos:

—¡Tana... Tana del corazón! Déjame llamarte así; déjame llamarte como en nuestra niñez; déjame recordar en la última hora cruel en que hablamos, aquellas tardes caniculares que corríamos por estas campiñas amadas, sin pensar en el porvenir, aquel porvenir que hoy es presente, un presente de horas supremas de lucha... ¡Tana, acuérdate de mí! De tu amigo fiel, de tu compañero de juegos, del intérprete amado de todas las sensaciones, de todas las armonías misteriosas de tu alma. ¡Acuérdate de aquellas noches de cielos estrellados, como esta; de cielos estrellados y luna clara, á cuya clari-

dad veíanse las márgenes llenas de flores del río, bullente como nuestras risas! De aquellas horas felices, santas, fueron testigos las zarzas agudas donde yo tantas veces clavé gozoso mi carne, para coger el áspero fruto y ponerlo en tu boca de rosas. Fueron testigos las menudas arenas del borde de los remansos, donde escribíamos nuestros nombres. Fueron testigos ¡ay! las matas purísimas de nardos con cuyas flores yo hacía diademas para tu frente, más pura, más blanca que aquellas mismas flores, que guardo ya marchitas en mi pecho.

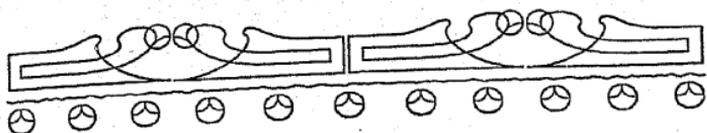
Se oyó un leve suspiro.

—¡Suspiras! ¡Enjugas tus ojos! Te veo bien aunque de mí te alejes ¡Ay, Dios, alejarte tú de mí! Te veo bien; la luna, entrando por encima de mi cabeza, ahí, lejos como estás, ilumina tu rostro y le pone un marco de plata; te ilumina como iluminaba Dios aquellas noches de nuestra niñez, que viven en mí, como sueños fantásticos que mis delirios creasen, y que nunca volveré á ver. ¿Pero por qué nunca? ¡Mi amor es tu felicidad y tú misma te condenas! ¿Qué hice yo

para merecer tan atroz suplicio? ¿Qué hiciste tú para que tengas que sufrir las desdichas que te amagan? ¡No te enfades! ¡No te ofendas! ¡Por la Virgen te lo imploro! ¡Dios divino!—añadió aparte desgarradoramente. ¿Qué haría yo para arrancar la venda de los ojos de esta criatura? No, mis palabras no serían escuchadas, parecerían dardos encoñados de un rival rencoroso.

Y retorció las manos sobre su pecho, y sollozaba con sordo estertor, ahogando sus frases candentes, sus gemidos, con tremebundos esfuerzos que le aniquilaban.





VII

Estrella, sin poner atención en lo que Miguel decía que la pudiese herir con respecto á Jaime, sentíase hondamente conmovida ante aquel dolor sin nombre del amigo de su niñez; y, acercándose un poco maquinalmente, habló así con inefables armonías:

—¡Miguel, enloqueces; repórtate! El destino lo dispuso de otro modo. Bien me conoces, ¡ay! Bien seguro estás de que solo puedo amar una vez. Yo no dudo de que te hubiera amado. Hoy mismo te hubiera amado también, á no haberse interpuesto entre nosotros un amor que es mi vida. Te hubiera amado—añadió Estrella profundamente—. ¡Como no te amaría cualquier mujer por mucho que valiera, estando libre y oyéndote y

sabiendo, como yo lo sé, que lo que hablas es verdad! ¿Qué mujer no se rendiría á un amor de tan alta nobleza como el tuyo? ¡Pobre de mí, pero quien había de pensarlo! Te fuiste á estudiar... ¡A estudiar una carrera eclesiástica! ¿Qué ideas, qué imágenes, qué sueños, qué esperanzas, ni qué sospechas siquiera, iba yo á tener de ese amor tuyo, como no fuese el recuerdo dulce de un hermano á quien para siempre perdía?

—¡Pero acuérdate, por el amor de Dios, Tana!

—Yo me acuerdo. Es verdad que fuiste á tus estudios por imposición de tu madre, tu única familia y tu gran amor en el mundo. Es verdad que lo hiciste por no amargar los últimos años de su existencia. Es verdad que lo hiciste con reserva mental de abandonar tus estudios si ella, desgraciadamente, moría. Pero todo eso, ¿no es verdad que lo supe después? Te dispusiste á ser sacerdote, sin vocación, por obediencia, ahogando tus sentimientos nuevos hacia mí, que yo no conocía.

Un hondo suspiro, un lamento se escapó del alma de Miguel.

—Muerta tu madre, solo en el mundo, te viste libre, corriste á mí... ¡Válgame Dios, Tano, yo no lo estaba ya! Mi corazón—añadió Estrella temblorosa—había perdido su libertad... ¡La había perdido para siempre! ¿Por qué vienes ahora? ¡Dilo, Miguel, Tano, hermano mío! ¿Por qué vienes á renovar llagas dolorosísimas de tu corazón, que han de enconarse más seguramente?

—Vengo porque sé que te casas—contestó Miguel con rápido impulso—. Porque es horrible, porque considero hasta criminal que consientas y que te consientan ese matrimonio.

—¡Miguel!—exclamó la muchacha en tono de reconvención tristísima.

—Ya lo sé, ya sé lo que pensarás de mí; pero oye, escúchame aún; vine sin que nadie lo supiera. Llegué á Anclada sin que nadie me hubiese visto. En el chozón de Pacuro me oculté muchos días hasta que tuviera ocasión de hablar contigo. Desde allí miraba tu balcón, desde allí veía esta ventana, consumando mi martirio. Le oí silbar una noche para que salieses, señal que siempre te hace

y así lo hice también para llamarte esta noche. ¡Ya puedo hablar, ya puedo decírtelo! ¡Espera, espera por Dios! ¡Yo me iré, ya no te hablaré, ya no te veré más, pero escúchame! Es un momento. Es un solo momento. Tranquilízate, tardará Jaime. ¡Ay, yo sé que tardará si viene! ¡Perdóname, pero oye-lo otra vez, una vez más, la última! ¡Yo solo te amo! ¡Yo solo y de verdad te amo! Si tú me condenas, yo seré sacerdote. Yo me consagraré á Dios verdaderamente con todas mis ansias, con todos los fuegos de mi alma inmensa, como hasta hoy me consagré á ti! ¡Pero yo te lo digo, yo te lo juro, por ese Dios divino en quien tú y yo creemos! Jaime no te hará feliz. ¡No llores! ¡No tiembles! Yo sí, yo te haré dichosa. Jaime no. Jaime no te conoce. ¡Conocerte Jaime! Aunque llores, aunque me maldigas, he de acabar. No sólo es mi amor el que te habla; cumplo un deber además. Te amo locamente, santamente. Mi amor de amores es eterno y puro como tu alma y la mía. Yo no te diré quién es Jaime, yo no te diré por qué no te merece; pero no te cases con Jaime. ¡No te cases con él por

tu vida! Deja pasar un poco el tiempo... Yo vendré á ti. ¡Nos casaremos, viviremos felices en aquella casita blanca de mi madre que tú tanto amabas! ¡En aquel vergel de flores! Tú serás allí dueña y señora. Dueña amada y respetada. Gracias á Dios, mis padres dejáronme haber... Yo seré un labrador honrado, orgulloso de mi misión, orgulloso de ti, orgulloso, noblemente orgulloso de la vida.

—¡Miguel, eres un santo!—exclamó la pobre Tana, con dolor sin igual, abrasados de lágrimas los ojos.

—No, santo no... Entonces, ¿es porque me crees un santo por lo que no te casas conmigo?

—Toma mi mano, Miguel, estréchala y vete. ¡Adiós para toda la vida, y que la Virgen santa nos proteja!

—Pero ¿es que no te casarás conmigo porque soy un santo?

—No me caso contigo... porque quiero á Jaime. ¡Adiós, Miguel!

Retrocedía para salir de allí. Miguel había sentido sin fuerzas de pronto. Cayó sobre la pared, cogiéndose á la ventana y

sostúvose de pie por un alarde milagrosísimo de su voluntad.

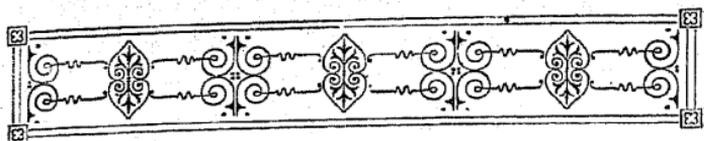
—¡No te muevas!...—exclamó apagadamente—. ¡No te vayas!... ¡Yo me iré!... ¡Sigue esperándole!

Siguió á estas palabras, dichas con gran mansedumbre, un hondo desgarrador suspiro y oyéronse pasos al punto.

Alejábase; allá iba. Estrella se aproximó otra vez á la ventana. Ni un suspiro, ni una exclamación salió de sus labios. Lágrimas ardientes, silenciosas, resbalaron por sus mejillas. Alejábase, perdíase con lentitud en la penumbra aquel hombre, representación y encarnación de sus alegrías, de sus ilusiones, de sus encantos de la niñez. ¡Allá iba! ¡No le vería más!

Era el pasado muerto.





VIII

Permaneció silenciosa, inmóvil, llorando... llorando sin saber qué lloraba. Aquella niñez que no volvería y que surgió ante los ojos de su espíritu por la evocación patética de Miguel, deslizábase ahora en su mente, con todo el gran atractivo de sus candores y sus hermosuras. Olvidó en estas ideas la hora y el lugar donde estaba. Dêliciosos perfumes de la campiña saturaron su pecho, cuyos pulmones, pasada lentamente la anterior opresión, funcionaron con facilidad. Llovió un poco, y sentía grato alivio al oír el rumor de la lluvia sobre las anchas hojas de los emparrados y los higuerales. Fué una lluvia brevísima, que saturó el ambiente de

frescura. Sueños del pasado, ¡qué hermosos parecísteis entonces á la muchacha gentil, qué hermosos, porque habíais muerto!

Súbitamente salió de aquella absorción de todas sus facultades para caer lentamente en otra; allá, en el fondo de su alma, había surgido, no supo qué inquietud, ajena á todos sus demás pensamientos; una idea inquieta, habíala herido súbitamente. La idea ahondaba... ahondaba en su corazón. Estrella oponíase, luchando porque tomase otro camino; pero la idea quedaba allí fija, sin que la pudiese desechar. Por fin, hízose esta pregunta, clara, terminante: ¿Por qué Miguel está seguro de que Jaime no vendrá, de que vendrá muy tarde si viene? Recordó entonces una por una las palabras de Miguel: «¿Qué seguridad era aquella de que jamás sería feliz con Jaime?» Las oyó, las había oído bien, aunque entonces le preocupaba principalmente el dolor inmenso de aquella alma atribuladísima. De todo aquello, habíase desprendido alguna cosa, que no era favorable para el hombre de su amor;

algo poco halagüeño, poco honroso quizás para el amado de su alma. Pensó Estrella entonces en no sabía qué inquietudes, que la conducta de Jaime habíale producido diferentes veces, algo nebuloso, incomprensible de sus palabras ó sus actos, y un largo, un frío temblor estremeció todo su cuerpo. Virgen divina. ¿Estaba pensando mal de Jaime?

Quedó absorta en profunda reflexión: «Quizás otra mujer, oyendo las protestas de amor de un hombre y oyendo entre las protestas algunas frases reticentes para su rival, hubiese creído que estas frases eran dictadas por la envidia ó por el despecho... Pero Miguel no era *cualquier hombre*... Miguel era un alma hermosa y dolorida, incapaz de herir con un dolor á la pobre Tana. Incapaz de la calumnia contra el rival preferido.» Un sudor helado brotó en la frente de Estrella. De todo aquello, desprendíase una cosa entonces: desprendíase que las reticencias de Miguel no habían sido por no atreverse á calumniar abiertamente al hombre á quien ella prefería, sino por la generosi-

dad de un alma grande de no querer acusar de un modo concluyente al enemigo. Jaime ¿no la merecía, pues? Según el modo de pensar de esta niña... de esta mujer seria y pensadora, sólo una causa hubiese podido haber en el mundo para que un hombre no mereciera la elección de cualquier mujer honrada; no era esta causa la pobreza, no era esta causa las condiciones de apellido, edad ó figura, sino que el hombre no fuese honrado. Luego según Miguel, aquel Miguel á quien ella calificaba de santo, Jaime...

Una garra fría, potente, cogió su corazón hundiéndose allí toda. Había pensado mal de Jaime... ¡Había pensado mal otra vez! Hubiera querido volverse loca entonces. Tuvo horror de sí misma. Se odió, se despreció.

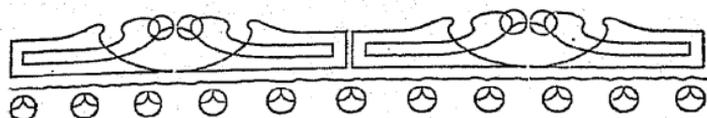
Pensando de pronto que sería ya muy tarde, quedó confusa. ¿Qué hacer? Sonó un reloj en aquel punto. En efecto, era más, mucho más de la media noche. Su cabeza abrasaba. ¿No iría Jaime ya? Súbitamente se irguió gozosa. Había sonado un silbido.

Era la señal que imitó Miguel tan hábilmente. Pero no había error ahora... Estaba segura. Era él...

Se oyeron pasos distantes, acercáronse más y apareció el novio.







IX

—¿Por qué no has subido esta noche con nosotras? Estuvimos esperándote arriba. Mi madre estará ya acostada. ¡Cuánto tiempo te esperé aquí! Pero ya me figuro... Prefieres esta hora... Prefieres este sitio para que hablemos... ¡Aquí, los dos solos, con esta noche hermosísima!... ¿Es verdad que eres bueno? ¿Es verdad que me amas mucho?

Cogió el hombre con sus dos manos la cabeza preciosa, y la besó en los ojos.

—Te amo muchísimo—exclamó gentilmente.

La carita pálida resplandeció. ¡Ah, no lo extrañéis! El gallardo mancebo la besaba así siempre, si al encontrarse ó despedirse estaban á solas. Fueron en un principio estas

caricias deleite del mozo; pero como nunca pasaron de ahí, las hacía ya indiferente. Estrella recibíalas sin alardes ni remilgos hipocritones de recatamientos doncelliles. El beso del novio era su gloria. Algunas veces olvidábase de besar los ojos de Estrella. Callaba Estrella y mirábale con pesadumbre. Cuando el amante se iba, lloraba mucho.

¡Oh, amor! Al sentir el beso de Jaime olvidó sus inquietudes, sus angustias anteriores. La imagen de Miguel desapareció súbitamente de su cerebro. Sólo vivía para la satisfacción, para la felicidad inmensa de aquel minuto. No tuvo un reproche para Jaime, ni volvió á pensar en sus amargas. ¡Había ido! No pensó en la brutal idea de aquel tirano, de presentarse á su vista próximo al amanecer, por el convencimiento indiferente de que la esclava á cualquier hora estaría en vela, esperándole.

Pronto pudo apercibirse, al cambiar solamente algunas palabras: el hombre amado hallábase de humor sombrío. Como si ella hubiese sido culpable de los pensamientos oscuros que dominaban aquel cerebro, ha-

bló humildemente, llena de amor y sumisiones.

Oíala él silencioso, contestando alguna vez con medias palabras, reveladoras de su impaciencia, sin que la amorosa criatura, creyéndole enfermo ó disgustado por cualquier contrariedad, pensara en otra cosa que en animarle y fortalecerle. La interrumpió él para decir:

—Sólo vengo á decirte adiós, Estrella.

—¿Qué pasa?—preguntó alarmadísima.

—He de marchar—repuso él nerviosamente.

—Pero ¿adónde? ¿Por qué?

—Es poco tiempo; algunas semanas... Ya ves, pronto transcurren. Voy á Madrid.

—Pero ¿no has terminado ya tu carrera?

—Sí; me licencié... Pero no es suficiente. Otros compañeros siguen estudiando para doctorarse. No quiero ser menos; también lo haré... Pero no llores. ¿Es cosa para llorar? De todas maneras, hasta dentro de tres meses no se cumple el plazo para nuestra boda. Aprovecharé allí ese tiempo. Te escribiré todos los días. Tú harás lo mismo.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana.

—¡Qué horror! ¡Mañana! ¿Y hasta ahora no me lo dijiste? Porque mañana será hoy. Dentro de pocas horas.

—Tienes razón, hoy—repitió Jaime, esquivando la mirada pura.

Hubo un largo silencio.

—Bien—murmuró ella sumisa y con tristeza dulce—; queriéndome tú, yo me resigno y te esperaré contenta. Si necesitas ese tiempo aún para tus estudios, aprovéchalo. Yo, en tanto, rezaré por nosotros y soñaré contigo.

Seguramente no advirtió Estrella el desdenoso gesto de ironía con que el hombre acogió sus palabras. Por mucha, por grande que fuera la luz de su amor, hay perfidias tan hondas que no existe luz ninguna, por potente que sea, para poder infiltrarse hasta lo hondo de su podredumbre.

No había concluido Jaime. Llevaba sus propósitos aquella noche de fatal recordación para Estrella. Cogió sus manos, y las retuvo suavemente. Dijo con lentitud, acentuando cada una de las frases con un singu-

lar timbre de ternura y amor que conmovieron hasta las entrañas de Estrella.

—Perdóname, Estrella, perdóname que te haga la misma pregunta que tú á mí me hiciste cuando llegué. ¿Me amas mucho?

—¿Y te he de perdonar porque me preguntes eso?—contestó ella deliciosamente impresionada—. ¡Ay, Jaime!

—¡Sí, me lo has dicho muchas veces! ¡Me amas! Pero no has hecho más que decírmelo. No sé qué tristes ideas me acongojan en ocasiones... Procuro combatirlas... Lucho contra ellas inútilmente. Nunca te lo dije... Pero ayer, anoche, en este instante... ¡No las puedo sufrir! Anduve esta noche por el campo, sin medida de tiempo, hundido en esta desesperación, en estas negruras que me acibaran... ¿Me amarás ciertamente?

—¡Oh, Jaime, estás loco! Dudar de mi cariño! ¡Eso es cruel!

Jaime besó sus manos... Fué un beso lento, ansioso, con ardores febriles, que hizo estremecer en poderosa sacudida el corazón y la carne de la débil criatura. Suspiró hondamente.

Percibíase un olor singular á tierra húmeda, ese olor que dilata nuestros pulmones, y que aspiramos con avaricia ante el surco recién abierto por el arado. Oíase en la calma absoluta el concertante misterioso producido por el rumor de las hojas del cañaveral, la voz de Pacurro, regañando con sus ovejas, el son rítmico del agua del cauce... Y allá, en lo alto, velábase la luna por una nube blanca, como doncella ruborosa ocultaríase tras su velo.

Y Jaime dijo bajo, muy bajo, temblorosamente:

—¡No puedo vivir, mi Estrella, mi dulce luz, sin tu amor!

—¡Y te vas de mi lado!—murmuró ella suspirante.

—¡Por eso, porque no puedo vivir! ¡Por eso me voy! No sé... otras veces estaba tranquilo, sin estos hondos tormentos, que son mi muerte. Quítame del corazón tan triste padecer. Pruébame ese amor de que hablas.

Y suspiró la niña:

—¡Jaime!... ¡Jaime!... ¿Qué quieres de mí?

—¡Tu amor!... ¡Tu amor glorioso y divino!

—¡Lo tienes... Lo tienes y te vas!

—¡No me iré, no... Pero óyeme!..

Ardía ella con el fuego de las manos de Jaime. Temblaba como á impulsos del huracán el cuerpecillo flevil. Parecía un ascua la mano larga y fina que el hombre estrechaba entre las suyas.

Estrella escuchábale, fijos los ojos de límpido mirar en el rostro enérgico y varonil. Los labios de Jaime se movían suavemente, y parecieron á Estrella dos flores besándose. Brotaron de allí, bajas, muy bajas, inmensas melodías y perfumes de gloria... Era el palpitante mismo del corazón de la mujer que palpitaba en los labios del amante. Seguía extasiada con aquellos ardientes acordes, reproducidos allá, en el fondo de su corazón, en alegrías rítmicas, súplicas quejumbrosas y estallar de besos. Hubo un punto en que se acercó á su rostro encendido de dulce amor la mirada fascinante... Sintió sus manos oprimidas más fuertemente y aquellos labios varoniles donde palpitaban todos los sueños que ella pudo concebir en sus noches solitarias, aquellos labios queridos claváron-

se en los suyos... ¡Ay! ¿Por qué le quemó las entrañas aquel beso? ¿Por qué sufría siendo feliz? Acaso los besos de Jaime ¿no la hicieron experimentar siempre una calma pura? ¿Por qué le dolía el corazón? ¿Por qué la sangre latía en sus sienes como para saltar rotas las venas? Y Jaime seguía hablando, hablando... ¡Acento querido! ¿Por qué le llevaba al corazón en aquel punto dolores y zozobras? Jaime hablaba dulce, tierno... ¡Dios bendito! ¿Qué hablaba? ¿Qué pedía? —¡Calla... estás matándome!—Y no pudiendo más, dejaba caer el desmayado cuerpo. El la retuvo y siguió en su himno inmenso de amor suplicante, quejumbroso, impetuoso, que la retorció en agudos espasmos... Pero súbitamente se incorporó rápida, saltándole al rostro la vergüenza en olas de sangre; y en el silencio de la noche, oyéronse vibrar estas palabras, como en un estallido:

—¡No, Jaime, eso no!

Detúvose Jaime bruscamente, como corcel fogoso al mandato súbito de la brida.

Hubo un silencio mortal, interrumpido por esos misteriosos rumores del campo que preludian el amanecer. A ella impedíale hablar el rubor... A él la ira.

—Adiós, Estrella—, exclamó de pronto, soltando su mano, helada ahora.

—¡Adiós, Jaime!

Su acento fué dulce otra vez, dulce y cristalino como su alma, pero desolado como la pena.

Se fué el hombre sin hablar más. Así se fué. Tuvo corazón para ello, mientras la triste sucumbía de amor y dolor.

Quedó ella mirando al camino por donde la silueta del mozo perdíase. Se fué sin volver la cara una vez sola, sin un pensamiento, sin un sentimiento de bondad para la mísera. Siguióle con sus ojos de congojas cuanto le fué posible en las penumbras de la senda, inmóvil, inerte, con las manos en cruz sobre el pecho como víctima en el martirio. Sus últimas fuerzas agotábanse. Se alejaba el hombre... Perdíase en las sombras lejanas... ¡Perdíase!.. ¡Ah, no! ¡Aparecía de nuevo! ¡Aún se ve! ¡Luego le ocultaba

rán las cañas! ¡Ya se aproxima... Ya el cañaveral le oculta... Sale... Le ve aún... Un paso... Dos pasos! ¡Ah, Virgen! Desaparece... ¡Desapareció!.. ¡Cuándo le verán otra vez mis ojos!

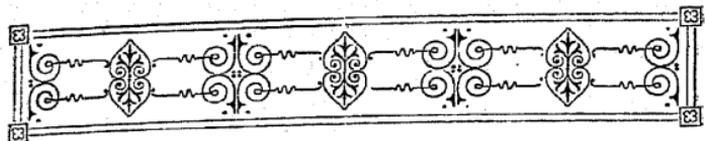
Llegó hasta aquí el pensamiento. La materia rindióse. Se aflojaron sus músculos... Dobláronse sus rodillas. ¿Era aquello morir? Y cayó... Cayó, diciendo penosamente:

—¡Ay, Tano... Tano!

El rayo de la luna se proyectó sobre su rostro. ¿Sería un beso de dolor que Dios le daba, arrepentido de haberla creado?

La luna se ocultó lentamente. La tierra palpitaba de amor al beber el rocío de los cielos. Hízose más transminante el perfume de las flores... Piaban las golondrinas.





X

Una sala reducida, que tiene luces al patio. Se sitúa en la planta baja del edificio, y hay dos grandes armarios atestados de libros. Están los libros en las tablas, de pie, enfilados, más abajo unos, más alto otros, con diferentes *lomos* y diferentes *pelos*. Espaciadas sobre los libros, tres ó cuatro carteras de badana mugrienta por el uso, hinchadas, bofas, como si contuvieran todo el pus que arrancaron con las rasgaduras los instrumentos quirúrgicos que guardan. En un lado, sofá de caoba antiquísimo, con asiento forrado de gutapercha pegajosa como el exterior de las carteras. En el rincón formado por los dos estantes rellenos de comida científica, una percha de la que penden vestidos

de hombre, entre los que figuran ostentosa-
mente un par de levitas, con bocamangas
de bordes deshilachados, á guisa de elegan-
te fleco. Un sombrero de ala ancha y otro
hongo, plantados sobre las levitas; en el
centro de la sala, una mesa pequeña, atesta-
da de libros, papeles garabateados, tarros
con aceites y diferentes drogas, destacándo-
se entre papeles, cachivaches y cajas, como
ojos de basilisco, el brillo destellante de pla-
teado spéculum. Por las paredes, algunos
marquitos viejos con estampas de operacio-
nes quirúrgicas, y sentado ante la mesa, cu-
bierto el meollo con birrete tunecino de bor-
lón colgandero, el señor médico de Ancla-
da, don Manuel Gallardo, arrugado el entre-
cejo y hosco el semblante.

Fijaba los ojos ávidamente en viejísimo
libro, cuya lectura parecía abismarle: levantó
la cabeza, sacado de su abstracción, y se
encontraron sus ojos con los de Jaime; mi-
róle el médico con dureza, cerró de golpe el
libro, señaló una silla y dijo en tono áspero:

—Siéntate.

Sentóse el hijo sin contestar.

—Mira—exclamó el viejo en el mismo diapasón—, tú ya sabes que nosotros nos conocemos de antiguo y que yo voy derecho al asunto, tanto como tú eres de solapado y pillo y siempre con mala intención; tu difunta madre se engañaba. Se engañaba al afirmar que tus actos reveladores de las malas entrañas que tienes, eran cosas de chiquillo; fortuna que se murió la pobre; me consuelo de su muerte, con la idea de que no ha sufrido la angustia de tocar el desengaño; no me remuerde la conciencia de nada, ¿entiendes? Fui contigo buen padre; la estancia tuya en Madrid para los estudios de la carrera que querías tener, era precisa. Madrid es el gran centro para los que salen predeterminados á canallas; no lo eras todavía cuando te fuiste, pero Madrid te acanalló... y no me mires así, porque te rompo la cabeza con lo primero que coja. Pues bien, no creas que porque á ti te da la gana, vas á labrar la desgracia de esa niña, cuyo primero y único acto de bestialidad cometido en su vida, fué el de quererte; tú sabes por lo que es; porque no te conoce. En conclusión, mientras

yo viva, por lo menos, has de ver como te las arreglas para que ni un solo disgusto sufra por tu causa; si yo dijera que te odio, mentiría. ¡Soy tu padre! Mi esperanza de que seas hombre de bien, estriba en tu unión con esa noble criatura.

—¿Cree usted que voy á labrar la desgracia de la criatura incomparable?

—Lo creo, desgraciadamente—dijo don Manuel suspirando.

—Pues esté usted tranquilo: yo le aseguro que será dichosa.

—¿Serás bueno... Serás honrado entonces?—preguntó el pobre viejo, cándidamente.

—Tanto no podré asegurar—repuso el mozo con sonrisa helada—; lo que aseguro es que no la haré infeliz.

—¿Cómo?

—No casándome con ella.

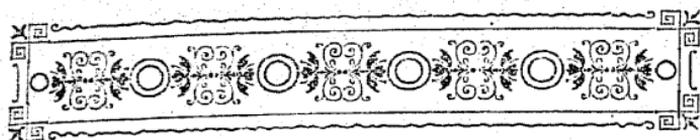
El acento brusco de Jaime, al hablar así, fué para don Manuel, tremendo estallido. Temblaban sus pupilas al modo de cuentas de azogue, negras, brillantes, relampagueando á la vez por entre las cortinas cer-

dosas de las cejas que caían hacia abajo. Tembló el cuerpo del vejete y asestó enorme puñada sobre la mesa, haciendo que allí saltasen y rodasen con ruidos metálicos y cristalinos el limpio spéculum y los cachivaches enfilados, que dieron tumbos y quedaron panza arriba, como escuadrón á quien la metralla diezma.

Aquello no fué boca de médico, sino andanada de cañonazos que aguantó Jaime con impasible sangre fría. Era el discurso de don Manuel, más que tal, desbordado torrente al que daban zumbidos horribles y sonos lamentosos en gran mezcolanza, la bilis excitadísima, en unión de la pena; discurso que terminó con esta explosión, al ver el médico la persistencia con que Jaime movía la cabeza negativamente:

—¡Ah, puerquísimo! No es angelillo bueno lo que tú quieres, sino bestia feroz que te tumbe de un resoplido.





XI

No se casaba ni lo había pensado jamás. Se lo dijo á su padre con cínica indiferencia. «Sus pensamientos eran otros... Se iba á Madrid para no volver.»

—¿Con qué dinero? ¿Cómo vivirás allí? ¿De tu trabajo?

A estas preguntas irónicas de su padre, se encogió de hombros, indiferente. Algo quiso decir, pero guardó silencio. Su mirada vagó indecisa como si una idea voluptuosa le abstraiera entonces. ¿Qué necesidad tenía de su padre ni de su dinero, escatimado siempre? ¿No contaba él con mozas de rumbo que le sacarían en bien de todas sus tribulaciones pecuniarias? Su «desengaño» habíale decidido.

Lo cierto fué que recibió un golpe formidable en su estúpido orgullo de buen mozo y salteador de hembras. Una irritación sorda envenenaba su pecho y lo corroía. Le fué fácil hasta entonces el triunfo en cosas de amor, acostumbrado á la conquista de mujeres del garito y otras purulencias del arroyo, donde había hecho siempre durante la vida estudiantil sus armas de galanteador y tatur. Su condición grosera hacía le creer que, así como se le rendían con tanta docilidad aquellas *irreductibles* hembras del Lavapiés y Maravillas, de genio pronto y achulado trapío, ó los engendros femeniles de garitones de última estofa, por su gracia ordinaria de andaluz jactancioso y su guapeza y valentía, así rendiríasele y más fácilmente aún, la muchachita del pueblo, inocente y sin práctica de mundo.

No la amó nunca. Su naturaleza vulgar no podía alimentarse con las dulces exquisiteces de aquel temperamento femenino. Tenía Estrella, sin embargo, para este hombre el atractivo que tiene para el infante un juguete nuevo que es suyo, completamente suyo,

no sabe cómo manejarlo. No la amaba, pero le combatía, á pesar de su indiferencia estúpida, un sentimiento de curiosidad que le puso últimamente en confusas inquietudes. Deseó la caída de la cuitada por saber qué emociones podrían sentirse con la posesión de una muñeca sin sangre ni carnes, considerando desde luego que no sería su placer igual ni con mucho al que le hiciese sentir cualquier tripicallera ilustre, metida en libras, de recio busto, onduloso empaque y bien experimentada en el fiero y lánguido batallar.

No podía comprender la resistencia de aquel muñequín insulso, que, por otra parte, tan de verdad le amaba. Inconscientemente decía que, en el momento difícil en que la muñeca decía *que no*, aquella inolvidable noche, la vió alta, muy alta, sin saber cómo ni en qué plinto había encaramado súbitamente; y grande, grande como no había visto jamás á ninguna mujer.

No la amó, no la admiró por eso. Su bajeza era tal, que el obstáculo hizole retroceder, pero jurando fieramente aprovechar la

ocasión que algún día se le presentase para rendirla y burlarla, sin apelación, ni miramiento.

Salió del despacho de su padre, arrojado á empellones, y partió á Madrid sin ver otra vez á Estrella, pero sin romper tampoco abiertamente, lo que sabido por don Manuel hízole concebir alguna esperanza. Escribió el mozo y contestó la novia, sin aludir ni en un punto á la escena de la ventanita baja á la luz de la luna. Él callaba como el tigre en acecho. Ella callaba porque había perdonado y olvidado.

Ni un solo día dejó de escribirle. Ni un solo día dejó de rezar con su inocencia de aldeana y su tesón de personita formal por que el llorado novio saliese bien de sus nuevos estudios. ¡Y qué cartas aquellas, Madre Santísima! ¡Cómo presentfase en sus renglones torcidos, de letras microscópicas, la mansa fuente de amor dulce, de amor de sacrificios, de la noble mujer! La lectura de aquellas cartas ponía en la imaginación el recuerdo de unos ojos de mirar límpido y de una frente de niña que hacía pensar, no obstan-

te su pequeñez en la inmensidad serena de los cielos.

Para encanto tuyo, lector, yo copiaría ahora alguna de aquellas cartas, pero no sé qué respeto me lo impide. Yo puedo hablar de ellas; yo puedo intentar, aunque torpemente, infundir en tu ánimo la sensación de grandeza humilde y fe incomparable de esos escritos; pero reproducirlos, figúraseme algo así como la profanación de una tumba.

Y cuando ante la mesa de un café ó el derrengado sofá mugriento de la mancebía, sacaba Jaime un papelote y encendíalo en el farolejo sucio ó el gas reverberante, para poner candela en su cigarro, hubiera podido ver un curioso en el resto que tiraba, tal ó cual palabra escrita con letra microscópica, palabras de amor eterno, homenajes pudorosos de un corazón virgen, elevados por cruel ironía á un zafio brutal, que sólo conocía en amor el placer de la carne, sin emociones, sin alegrías del alma... Y al pie de aquel himno candoroso al amor y á la vida, hubiese visto también el nombre de Estrella.

Y en una ocasión, aquel patán con ribetes

de civilizado; aquel señorito de pueblo con asomos de chulo y todo de canalla, quiso distraer un tanto la espera en la tertulia ruidosa de una casa vil... Esperaba á la hembra con quien ayuntábase entonces, un mujerón bravío como un demonio, con patillas, cara de afeites y grandes carniceras anteriores y posteriores. Queriendo esperar distraído, púsose á escribir á su novia, á escribir una carta en el burdel, una carta infame, que iría á manos de la pobre virgen, formada en las santidades misteriosas de un hogar puro. Allí escribía, chupando el cigarro y bebiendo aguardiente; allí escribía, torturándose para fingir, escondiendo la guerra negra, como de costumbre, para no amedrentar á la tímida, hasta el instante preciso de caer sobre ella y destrozarla; allí escribía sin parar mientes en la bacanal ruidosa; y por estar absorto en su meritoria labor, no pudo ver entrar á la hembra esperada. Se aproximó la mujer, haciéndose paso entre la concurrencia beoda y delirante con su bracear de yegua bien amaestrada. Sorprendióle escribiendo.

—¿Qué haces? ¡Ah! ¿Escribes á esa bicha?

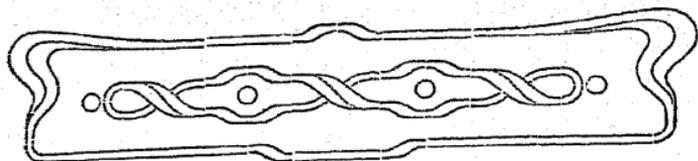
—Contesto una carta—dijo él, riendo con mofa y guardando la última de Estrella.

—Estoy hasta el mismo moño, y harta ya de esos cuernecitos de agua con azúcar que me ponéis. Venga; yo contestaré.

Y arrancándole la carta, introdújola con rapidez entre las moles cimbrantes de su pecho. Jaime gritó:

—¡Traéla!—Quiso meter la mano en lo profundo, para coger la carta allí perdida, pero la mujer le rechazó colérica. Lanzóse de nuevo y trabáronse en bestial lucha, él por conseguir la carta, ella por retenerla, forcejeando, rugiendo, hasta caer. Y allí quedaron, debatiéndose, revolcándose como demonios, entre la chacota vil de la ralea y al son de la salvaje risa, del guitarreo destempladísimo, la voz agria, aguardentosa, las patadas, los salivazos, los besos y las maldiciones.





XII

Habían pasado tres meses desde la marcha de Jaime, sin haber dicho él una palabra de su regreso. Don Manuel no tuvo noticia alguna directamente de su hijo. Sin valor para desenmascararle de una vez á los ojos de Estrella, andaba inquieto y cejijunto, no sabiendo cómo descargar su alma de la cruel congoja que le oprimía. En un principio—ya lo dije—concibió esperanza, al observar que la correspondencia de los novios había continuado, aunque no muy activa por parte de quien más en obligación estaba de mantenerla. ¿Cómo descubrir al señor Quintañones el propósito de su hijo, de no volver más á Anclada? ¿Cómo decir á Estrella que su hijo era un villano á quien debía ol-

vidar para siempre? Y mesábase el señor don Manuel con una pena que tenía algo de furia, los míseros pelos grises, clamando repetidas veces:

—¡Ah, muchacha... desgraciada muchacha!

Iba Jaime dejando de escribir, pero la desconfianza no empezó á derrumbar todavía como sutil carcoma el edificio de fe que había levantado anteriormente en el corazón de Estrella su inocencia de limbo y su candidez de santa. No dejó ella de escribir. Decíase para calmar su inquietud:—Ya escribirá él. Pero pasaba el tiempo.

Por entonces abstrájola de sus inquietudes una noticia que corrió con rapidez en Anclada, soliviantando los ánimos, de la clase pobre principalmente, pero llenando de admiración á chicos y grandes: Miguelito Gardoquis, el *Tano*, acaba de cantar misa en Madrid. Dijeron los periódicos que había predicado como un ángel, y que un ángel, efectivamente, parecía en el púlpito, con su gentil cabeza rubia como un sol, y sus grandes ojazos que llameaban contra los pe-

cadores, hijos del abismo. Comentábase esta noticia con grandes alabanzas al curita nuevo. Hablábase de la gran vocación con que hizo sus estudios y acababa de ingresar en la Iglesia. Pero la noticia gorda, la sensacional, la que empujó á la calle á las pobres mujeres con los pequeñuelos en las caderas, fué que el tal curita había hecho renuncia de todos sus bienes, que eran muchos y muy saneados, para repartirlos con pasmosa equidad. ¿Entre quiénes diréis? Entre viudas pobres, huérfanos sin haber, ancianos menesterosos y todo en Anclada, en Anclada solamente y de tal manera, que no iba á quedar allí ni un solo hambriento, ni un solo desheredado de la fortuna. Fué una distribución tan sabia, tan sutil, tan abundante á la vez, que admiró al igual que la gallarda y generosa acción del cura. Ni un legado, ni un recuerdo, nada en absoluto á los parientes ricos. Todo para los pobres, todo para ellos, con el mismo ardor sublime con que había brindado á Dios los dones de su castidad y de su vida.

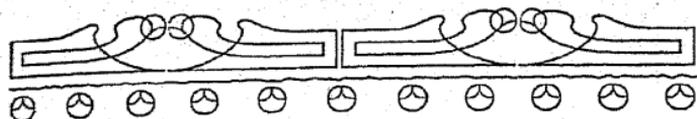
Hay que advertir que los *Tanos* habían

tenido siempre fama de ricos. Sabíase, de muy buen saber, que en Anclada donde hay buenos capitales, era el de los *Tanos* en gran proporción, el mayor de todos. Se venderían las casas de Málaga, las de Anclada, las dos grandes dehesas, los huertos y bancales y hasta el *Marrubial*, aquel bello palacio donde Miguel había nacido, donde nació y murió Tanita, señora que fué de muy alto empaque y madre afortunada de hijo tan excelso. Todo, en fin, sería reducido á metálico para hacer la distribución en la debida forma, sin contar con el otro metálico que estaría escondido en buenas ollas de cobre, en enterramientos y emparedamientos, por los laberintos de la casa solar de los Gardoquis y que ahora saldrían á luz positivamente. Sobre esto del dinero escondido contábase lo increíble.

Era preciso leer la carta dirigida por *Tano* á los señores investidos con su poder para la distribución, pero leerla de verdad ¡Qué cosas decía de sus padres, qué cosas de su soledad en la vida, qué cosas de amor á los pobrecitos que sufren y que advertencias,

qué consejos á los beneficiados con sus dones, para que cada uno se crease un medio de vivir que le dignificara modestamente en la sociedad! ¡Cristo! ¡No era aquel un hombre, era un santo!





XIII

Al saber Estrella la novedad que tenía alborotado al pueblo, no hizo comentario alguno; pero lloró á solas, como si el corazón se le desgarrara. ¡Oh, misteriosos resortes del corazón humano! ¡Qué honda tristeza fué la suya por no haber recibido carta de Jaime aquel día precisamente!

Pero la recibió, y fué aquel día mismo; la recibió un poco tarde. Quedó confusa... No era letra del novio. No siendo él, ¿quién podía escribirle? Previniéndose para desdichas mayores, oprimido el pecho y con gran inquietud, abrió la carta. Buscó la firma primero ávidamente: «*Morritos*». ¡Qué extraño! Leyó después... «¡Ay, Virgen!»... ¿Qué habían escrito allí? Y dejóse caer sin fuerzas en una silla.

Conociendo á la autora de la carta, supondréis, poco más ó menos, lo que diría. Fué fatal para el corazón de Estrella. *Morritos*, sin ella saberlo, hacía en su carta el retrato moral de Jaime, como no lo hubiera podido hacer un psicólogo profundo. «Prohibía á Estrella el mujerón madrileño, de muy buena fe y muy puesta en razón, que volviese á escribir á su hombre. Tenía sus derechos sobre Jaime, y si Estrella se atrevía, que fuese á disputárselos. Jaime era suyo, de *Morritos*, y su dinero le costaba; un dinero ganado honradamente con su real cuerpo, de carne blanca y prieta, carne de mujer, y no pellejos bofos de lagartijas heladas. ¿De quién fumaba Jaime? ¿De quién bebía Jaime? ¿De quién comía Jaime? ¿De quién llenaba, en fin, la panza y la bolsa? ¿No era de ella..., de *Morritos*? Pues entonces, ¡re... moño! ¿Quién tenía derecho á él, si no era *Morritos*? ¡No había ya justicia ni vergüenza en el mundo! ¿Por qué, pues, querían quitárselo las niñas góticas de lugares indecentes?...»

No leyó más. Quedó mucho tiempo sin

saber qué le pasaba. Giró la vista con lentitud. Parecíale todo extraño, todo nuevo. La Virgen de su alcoba, aquella Virgen encerrada en primorosa urna, á la que tantas veces pidió de rodillas protección para Jaime, también parecía mirarla ahora extrañamente, como diciéndole con sus ojitos llorosos:—¡Bueno! ¿Qué te parece el mundo?

Echó la cabeza atrás. Colgaban sus brazos sin fuerza. Sus ojos inconscientes fijáronse en un libro puesto en una mesita próxima. ¡*Los Mártires!* En la habitación de al lado oíase la voz clamorosa, patética, de don José, que hablaba con el médico.

—Pero, ¿ha visto usted, amigo? ¡Es asombroso! ¡Qué hábilmente, con qué exquisito saber, con qué escrupulosa imparcialidad ha hecho la investigación y designado las sumas, y cuánto tiempo y prudencia habrá invertido para conseguir el estudio profundo de las necesidades de los elegidos! ¡Ganado para labradores pobres, herramientas y materias primas para pequeños industriales, metálico para redenciones de quintos, de fincas y desempeños de hipotecas, y legados

numerosos, legados á centenares, entre familias que nunca ya tendrán que mendigar el sustento! Está hecha la distribución con tan tremendo tino, en fin, que caen los dones en los hogares infelices como rayos de la fortuna, haciendo enloquecer y delirar á las familias.

Estrella miraba el libro. La lectura querida de vagos profundos deleites. La doncella dulce y pálida, amante de Dios ante el sacrificio. ¡Ah, creador sublime de Atala, goza, goza en tu sueño eternal, que nunca pensamiento y corazón tan parecidos á los de la dulce esposa de Eudoro sintieron la lectura de tus *Mártires*; hubiérase dicho que antes de recibir Cimodocea en su pecho de rosa y nieve el zarpazo del tigre, hojeaba su misma historia, escrita ya como predicción profética! Estrella pasaba hojas pensativamente; pasaba hojas, pensando: «¡Dichosa tú mil veces, Cimodocea, noble doncella cristiana! ¡Dichosa tú, que al caer en tierra tu cuerpo divino, trepado por la garra del tigre, podías ver en tu mente, unida á la de Dios, la imagen de Eudoro, que te animaba

á morir con su ejemplo gloriosísimo!» ¡Y pensando en Eudoro, se acordaba de Tano!

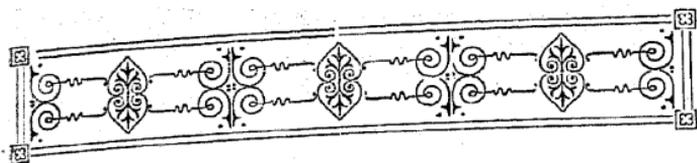
Se oyó confuso tropel de gente. Se abrían ventanas y balcones... La multitud acercábase.

—¡Viva el santo!—rugió una mujer desgarrada, ronca, delirante de gozo.

—¡Viva!—gritaron miles de voces.

Y pasó por la calle la muchedumbre como una tromba desencadenada.





XIV

¡Murió la mártir! ¡Murió la esposa de Eudoro! ¡Dios bendito! ¿Se acababa también la vida de ella? Sus sienes y su corazón parecieron estallar. Uníanse sus párpados y daban vueltas en su cerebro unos mundos incommensurables, creaciones de su mente excitadísima, y allí, entre aquellos mundos que chocaban en abismos sin fin y cielos despedazados, flotaba con luminosos reflejos y horrendas nebulosidades la sombra augusta de Cimodocea.

Entró el juez asustadísimo. Don Manuel y la señora Quintañones iban detrás... Estrella estaba en el suelo, desencajados los ojos, dilatadas, inmóviles las pupilas.

Los padres, hondamente conmovidos, se

retiraron á una orden del médico. Estrella y don Manuel quedaron á solas.

—¡Los nervios! ¡Malditos nervios!—decía don Manuel—. La pulsó.—¡Fiebre!—repetía—. ¡La matará ese pillo! ¿Qué habrá pasado? ¿A qué preguntar?, necio de mí. ¡Alguna canallada!—Sus ojos buscaron afanosamente. Vió un papel en manos de Estrella. Cogió el papel, y su lectura le hizo temblar de ira, de horror, de odio contra su propio hijo.

Fué saliendo Estrella de la postración dolorosa. Al volver á la vida, miró con mansedumbre santa al médico. Cruzáronse aquellas miradas, yendo á parar al fondo de los corazones para acabar de romper las fibras que allí se retorcian, sin piedad del viejo débil ni de la pobre enferma. No era preciso hablar. ¿Para qué? No hubiesen podido. Abrazáronse en un mutuo impulso, estallando el corazón de ella en convulsos sollozos, y acariciándola él, acariciándola y diciéndole como en un triste rezo de piedad:

—¡Desgraciada, pobre desgraciada! ¡Desprécialo y olvídalo!...

Al otro día partió don Manuel á Madrid. Su primera carta no pudo ser más melancólica. Decíalo francamente; estaba mareado. Aquél Madrid no era, ni con mucho, el que había conocido en otro tiempo. ¿Qué le importaba? No era Madrid, en verdad, lo interesante para él. «No, mi amigo—decía el médico—, manténgase usted fuerte, y no permita que la muchacha se encalabrine con esa idea. Persuádala con todos sus argumentos. Hágala ver que es una locura. ¡Estaría bien que, después de encerrarse para siempre en una celda, la razón fría, ó lo que temo más, los calores de la juventud, la hicieran arrepentirse, para que no fuese entonces sayal de monja el suyo, sino sambenito de espinas! ¡Quítele, quítele eso de los cascós, que antes de remediar su aflicción, encontrará perjuicio en su salud, aumentando su pesadumbre.

»Con respecto á mi hijo, Dios me perdone, pero ya está desengañada. ¿Y qué? Pasará tiempo. ¿No hay más mozos que él en el mundo? Que se case con otro. ¡A bien que no tendrá ese primor del cielo con quien

casarse! Al principio le parecerá imposible. Hay que disuadirla de esa mala idea, que después no le parecerá tan absurdo poner su amor en quien lo mereciere... ¡Mi hijo, no!

»He seguido sus pasos algún tiempo antes de presentarme á él, y estos pelos míos, que puso el tiempo blancos, sin que yo tenga de qué avergonzarme, se me erizan al considerar hasta qué punto es este Madrid sumidero donde la juventud provinciana se pierde. ¡Ay, amigo don José, en verdad que hemos sido padres desgraciados, usted con su santa, y yo con mi demonio! Con un término medio, habríamos alcanzado la felicidad, porque apeándose la una un poco de sus altares, y saliéndose él otro poco también de sus brasas condensadas, hubiéranse quedado en simples pecadores, de los que, por lo general, llenan el mundo.»

En otra ocasión decía, contestando á una carta de don Manuel:

«¿Es que tiene usted prurito de irritarme siempre? No sé qué se propone quebrándome la cabeza á todas horas, con los quebra-

deros de cabeza de mi hijo. Se engaña usted por milésima vez, tan seguro como lo estoy, para mi desgracia, de que no son quebraderos de cabeza los de este pillo, sino miseria de corazón, que lo tiene todo roñosísimo y apestando. ¡La educación, siempre igual! ¡Deje usted ya eso! Y si fuera como usted dice, tampoco tendría yo culpa. Es la costumbre establecida de que en la edad peligrosa en que las pasiones empiezan á desarrollarse, deje de tener la criatura al lado suyo, á quien con más experiencia, y conociéndole á fondo, la enfrene y dirija con acertado tino. No me dirá usted que no es esa la misión del padre; pues bien, á esa edad es cuando vuelan los mozuelos de sus hogares á otras poblaciones populosas, con pretexto de hacer sus estudios, y cuando vuelven á los tantos años, encuéntrase el padre que sacrificó su dinero y su tranquilidad, en vez de una persona mesurada y llena de ilustración, un groserote sin vergüenza, acostumbrado á campar por su respeto, que si alguna cualidad tiene, es la de esconder hábilmente, con falacia y mala sangre, su

asquerosísimo fondo de lepra. Hay excepciones, y muchas; refiérome á los tales y cuales, como el señorito de quien me ocupo, que ya nacieron con la mala intención y la sangre corroída.

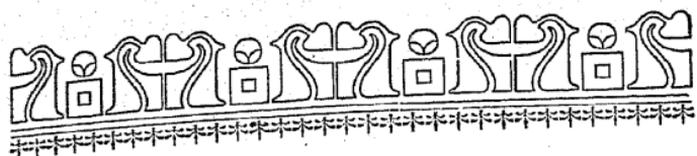
»Y basta ya de esto, amigo don José; sufra usted como yo sufro, puesto que todo se lo llevó el diablo. Paciencia..., paciencia, y ganemos así la gloria. Por mi parte, puedo decir que no sé lo que me pasa. La desdicha de haber tenido este hijo, y el pensamiento de lo que ahí sufre esa pobre, están comiéndome...»

Y á otra epístola de don José, el pobre médico contestaba dolorido:

«¿Tiene usted valor todavía para hablarme de ese modo porque la chicuela empeora? ¡Que se muere! ¡Descuide usted, que no se morirá tan pronto! Eso me lo sé yo... Y aun cuando se muera, ¿cuánto más divino y más consolador no es para un padre un hijo santo que se muere para ir derecho á la gloria, que un hijo robusto, lleno de salud, que vive para su mancilla? Feliz, muy feliz usted, que podrá tener el consuelo, si ella

muere, de suspirar pasados los años míles..., de suspirar diciendo: ¡Era una bendita! ¡Ay de mí!, pero yo deseo que mi hijo muera, para que sus vicios se olviden. Y no tenga usted duda de que acabará mal este hijo mío, y de que yo acabaré también... Tanto me ha metido usted en la cabeza lo de que soy responsable de las torturas de su hija, que concluiré por creerlo, para que mi dolor y mi locura sean más grandes, en aumentación de estas cosas que me andan por aquí, dentro de la cabeza. Yo no sé lo que me pasa; me dan mareos, y las piedrecillas de la calle parecen gigantones que se me vienen encima para aplastarme. Se me figura ver á la muchacha que llora, pidiéndome sin hablar, con los ojos divinos, remedio para sus males, y creo morir al considerar que no puedo dárselo.»





XV

Lo que es en Anclada, habían ido las cosas de mal en peor; jamás hubo mujer que como Estrella sintiese el desengaño de un hombre; á ser posible que hablase, hubiera podido decir lo que Estrella sufrió, un rayo de luna que en las noches de insomnio le acompañaba como único y fiel amigo, dando á su cara palidez de muerto. Y no puedes figurarte, lector, cuán dulce calma recibía Estrella en medio de sus hondísimas aflicciones, al contemplar la luna por entre los calados de las ramas, como pedazo de encaje que tejió el misterio con hilos de oro.

Transcurridas algunas semanas, aparentó estar más serena, habiéndose extremado ya verdaderamente por la lectura de los libros

piadosos. Mirábanla sus padres sin atreverse á contradecirla, si bien es verdad que se desquitaba don José, en cambio, cumplidamente, cuando Estrella no podía oírle, con recias, absolutas, incontrovertibles afirmaciones, de que los padres son todos unos estúpidos á quienes domina el cariño de sus retoños, para que éstos se les suban á las barbas, haciendo su regaladísimo gusto; que el día menos pensado agarraba por las señoras orejas á la tal hijita, y con unos cuantos zamarreones, todo terminaba seguramente, porque la dichosa Estrella no tenía más, sino que la educaron con mucho mimo. La señora Quintañones no habló durante su anterior existencia, lo que hablaba por aquel tiempo en un solo minuto, para convencer á su esposo que no debía exasperarse así; pero fué lo cierto, en resumen, que cuando Estrella reveló un día con calma que hizo estremecer, su decisión de hacerse monja, ambos personajes, la esposa y el marido, quedaron con la boca abierta, acometiendo al juez un miedo espantoso, que solo tuvo calma y terminó, cuando sin poder ya con-

tenerse, medio ahogado por la pena y llorando como un chiquillo, estrechó en los brazos á su hija y exclamó entrecortadamente:

—¡No, hija de mi alma! ¡Tú, siempre con nosotros!

La madre quedó como muerta, sin hálitos y sin acción; pero todo fué inútil para hacer á Estrella arrepentirse de las palabras que había dicho.

Fueron pasando días, y si Estrella no cejó en su propósito de consagrarse á Dios para siempre, encerrada con Él allí, en su santísima casa noche y día, tampoco los padres desistieron de darla á entender en todos los tonos y formas, que estaba disparatando con pensamiento semejante, hasta que una noche, enérgica y mesurada, exclamó ella así:

—No, que lo he pensado bien y lo dije muchas veces; remedio para mi mal buscáis en vano; la congoja que me oprime, está muy lejos de calmarse del modo que creéis, antes al contrario, yo confío por el santo nombre de Dios en que seré dichosa cuando

realice el sueño que acaricio.—Añadió muy buenas frases con aquella calma y aquella dulzura de siempre; que se había decidido, que cifraba su felicidad en el claustro, porque vivir en el mundo no era vivir, que ella esperaba anhelante otra vida eternal y que consideraba el claustro como el principio de aquella otra vida.

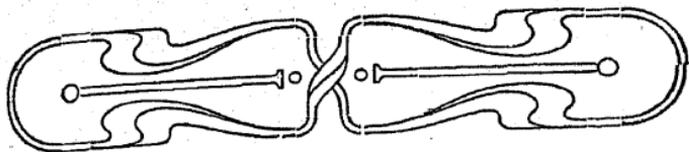
Pasaba las noches en largos insomnios y los días en triste silencio y estáticas contemplaciones; el claustro solitario, las obscuras naves, la triste celda, vivir allí con aquella quietud santa y majestuosa, rezar contrita, humillar la frente, macerarse, fervoroso el corazón y humilde la plegaria... Tendría el rostro delgado, las manos huesudas, la frente rugosa, marchitas las carnes con el sello de la abstinencia, y viviría olvidada de todos y olvidando peligrosas luchas mundanales. Empezó á creerse terriblemente pecadora y lloró desconsolada; no tenía ya duda de que la Virgen la castigó con la deslealtad y el abandono de Jaime, porque le había dejado que la besara. Y llegó á un extremo en sus ansiedades por el monjío, que la

pensar en la realización de su sueño solamente, la acometían nerviosos espasmos. Apenas si pensaba en Jaime con la absorción de su idea. Quería entrar en el convento y profesar á seguida; amar á Dios allí, bendecirlo, acatarlo, martirizar su cuerpo con el ayuno y la disciplina, dormir en dura tabla, forrar sus carnes de tosco sayo; leía ya libros religiosos únicamente y en vez de ir como antes, los días festivos á misa, se impuso esta devoción á diario.

No pudiendo don José apartar el pensamiento de su hija de las santas preocupaciones, hablaba quejumbroso á sus amigos y á las señoras de sus amigos, para que visitasen la casa frecuentemente, procurando no dejar sola á Estrella, pero nada conseguían para distraer el ánimo de la muchacha; salía con algún pretexto, caso de que hubiese visita, y la encontraban después arrodillada en su cuarto, ante la Virgen; sollozaba la madre y pedía con fervor, cordura para el pensamiento de Estrella, porque era indudable para la señora Quintañones que se había trastornado con el amor al novio. Daban á

Estrella las epístolas de don Manuel, por los sabios consejos que en ellas encontraría, pero sin conceder importancia á los consejos, manifestábase ansiosa únicamente por la salud de su anciano amigo.





XVI

Por aquellos días recibió don José la última carta del médico; cuando Estrella la hubo leído, buscó á su padre y ya á solas con él, díjole así, tan gravemente, que dejaron sus palabras hielo en el corazón del pobre hombre:

—Padre, no creo conveniente que á don Manuel escriba usted de ese modo; hay que tener en cuenta que ese amigo á quien tanto queremos dice muy bien en sus cartas; él no tiene la culpa de las aflicciones grandes ó pequeñas que á mí me laceren, y encuentro poco cristiano que de esa forma se vayan aumentando las aflicciones suyas; debemos recordar también que está ya el pobre demasiado achacoso, y este viaje, sin contar otras

cosas que no son necesarias, le habrá perjudicado mucho; el único lazo que al mundo puede unirle, es el amor de su hijo que anda extraviado, olvidándose del amor paterno; es decir, que don Manuel está solo en la tierra; usted, aun cuando yo le falte para irme al claustro, tendrá mi amor y mi respeto y la dicha de verme y hablarme; tiene también á mamá que le adora y adivina en los ojos de usted sus pensamientos. ¡Ay, padre! ¡cuánto más infeliz que usted es ese pobre viejecito, cuyo recuerdo debe arrancarnos lágrimas de emoción por lo mucho que nos atiende y nos ama! No, padre; escribale usted cariñoso y pídale perdón por su ofuscamiento; háblele con el alma, como el desgraciado merece; yo también he de escribirle pidiéndole que se venga con nosotros, que podría por desgracia sucederle alguna cosa en Madrid, sin que tuviera á su lado quien le cuidase debidamente.

Sumiso, y con cierto placer además, ante la idea de que una vez el médico en Anclada sería el único bastante á contener la furia de misticismo que á su hija acometió, escri-

bió á don Manuel, diciéndole todo lo que Estrella quiso, y también escribió Estrella aquel mismo día. Tuvieron respuesta pronta, pero no de don Manuel, sino del dueño de la casa donde habíase hospedado. El misero había muerto á los tres días de escribir la última carta á don José. Aquellas piedrecitas de la calle, que se convertían en gigantes, dejaron las amenazas para aplastarle definitivamente.

Hubo en el hogar de los Quintañones una tribulación espantosa. Sintióse don José acometido de fuerte síncope, salvándose milagrosamente. La pobre señora lloraba, demandando piedad á los cielos; Estrella cayó de rodillas, y exclamó ahogadamente:

—¡Señor... Dios mío, hágase tu voluntad!

Las circunstancias especialísimas en que los padres de Estrella estaban, hizo que la muerte de don Manuel causase doble impresión en sus corazones, pesando más en el ánimo de todos, que si hubiese muerto un próximo allegado.

Aparte del dolor acendradísimo que don

José sentía por aquella muerte; aparte de cierto gusanillo roedor, que no sabía por dónde le andaba, si en el corazón ó en el cerebro, y seguro casi, en ocasiones, de sentir las picaduras en todo su sér—aquel gusanito que le hacía sufrir, diciéndole continuamente y en voz baja, que hizo mal en dirigir á su pobre amigo las injustificadas recriminaciones, acelerando quizás su muerte—; aparte de esto, aburríase por no tener con quien pasear todas las tardes, lloviese ó cayera sobre ellos como oleada de plomo derretido un sol de los diablos. ¡Ah, pobre! ¡Ah, desgraciado amigo! ¿Con quién entablaría don José en adelante aquellas discusiones famosas que tanto daban que decir en el pueblo? ¿Quién exasperaría al juez, como en otras épocas, riéndosele en las barbas cuando más entrado en furia le veía? ¿A quién iba á acudir desde entonces en consulta de sus asuntos judiciales para hacer lo contrario de lo que el muerto querido afablemente le aconsejaba? Desesperábase don José con razón; le partía el alma el recuerdo de Jaime, cruel é ingrato, sin fe y sin conciencia, que tal

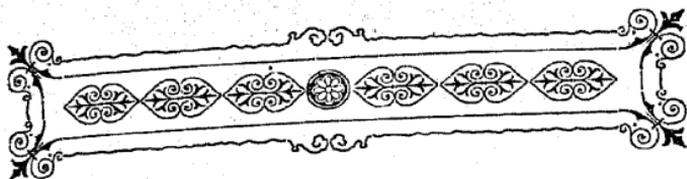
disturbio quiso y consiguió armar en dos hogares honrados; veía á su mujer llorosa, pensando últimamente que el único consuelo que le restaba, el verdadero afán, el delirio de su existencia, la hija de su corazón, habíase empeñado en abandonarle... ¡No, pero era imposible! ¿Qué haría él, pobre planta, seca ya y renegrida por los soles, sin el tierno retoño que le rejuvenecía con sus besos? ¡No, mil veces! Que Dios no lo permitiera, porque moriría sin duda desesperado.

En tales pensamientos, pasaba los días el señor juez, olvidándose de sus ocupaciones y olvidándose de todo. Llegó, por fin, la hora temida, la hora horrible de la prueba; don José tenía en su cara lividez de muerte, y la señora Quintañones, enrojecidos los ojos de haber pasado la noche en cruel congoja. Saldrían aquella tarde en la diligencia á dejar á la futura monja en el lugar que escogió en Málaga para refugio santo y consuelo del alma dolorida.

El domicilio de don José veíase invadido por las amistades del pueblo; había conse-

jos, oraciones, suspiros, frases que á la consolación se encaminaban de los padres desolados. Llegó la hora de la partida; estallaron chillones ósculos, hubo abrazos y gran descarga de sollozos de los vecinos para la niña, que era necesario hacer fortaleza en este punto, por ser la última etapa de aquel dolor de un instante. Les acompañaron muchas personas hasta las afueras del pueblo, entraron en la diligencia con los que á la misma ciudad iban, subió el mayoral en el pescante, el zagal en la mula delantera, recrujieron los látigos, retumbó agudo toque de bocina: «¡raaa... *mayoral!*... ¡uooo... *primorosa!*» Crujió el armatoste, giraron las ruedas, vibraron las campanillas y los casca- beles, perdiéndose al fin la diligencia en un recodo del camino.





XVII

Es Málaga una gran ciudad andaluza, de cielo hermoso y suelo más hermoso que el cielo, donde hay sabios que no lo parecen y brutos que parecen sabios; allí corre en todas épocas agradable brisa, perfumada con finísimos olores de albahaca y clavel, como si Dios, por don milagroso, hubiera querido saturar aquel ambiente con incienso delicado y trasminador.

A este pueblo, famoso en Europa por su clima, su vino y sus mujeres, fué á parar con sus padres la futura novicia del convento... Acogieronla cariñosamente y con benevolencia suma. Era la superiora honorable dama de luengos años, tersa frente y serenos ojos. Con sus dedos de marfil afiladísi-

mos, acarició blandamente la barba de la novicia, y surgió de sus labios amena plática en sencilla frase y tono mesurado, que hizo caer el corazón de Estrella en dulce recogimiento. Dióse á querer muy pronto de las que iban á ser sus hermanas en Dios; la madre superiora la distinguió mucho por su fervor ardiente, natural sencillo y candorosa idea; se mostró muy aplicada y aprendió las primorosas labores que se hacían allí para tal ó cual cristianísima señora, que pagaba con espléndido regalo; no sólo hizo esto, sino que enseñó á las otras, algunas labores que ellas no conocían. No os extrañe; ya recordaréis que era la muchacha un estuche en lo tocante á primores femeniles.

Lo que hizo latir el corazón de aquellas amables monjas, fué el conocimiento de que Estrella tenía una bellísima voz de canto, que *metería ruido*, sin duda. ¡Ay, tanto tiempo como habían carecido de aquel dulce bien! Fué la novicia querida y mimada hasta lo inconcebible, y desearon con ardor que transcurriese el tiempo sin que *se arrepintiera*. Aprestábase la novicia á todo lo que

le ordenaban ó le pedían, con una mansedumbre que sacaba de quicio á las otras, y ya tuvo ocasión de lucir su voz en una solemne fiesta que hubieron de celebrar. ¡Dios bendito, qué alborozo tan puro el de aquellas madres virginales! ¡Oh, dicha sin igual y no esperada! ¡Oh, Santo Madero! Ni Dios, ni la Virgen estarían disgustados; ¡anda, anda, que los muy picaroncillos se chuparían los dedos de gusto con aquellas coplas que les cantó la buena hermana Estrella! Y aquella púdica Virgen, aquella bendita madre y señora de los fieles, aquella hermosísima de Dios que veían allí, desde el coro bajo, colocada en su capilla de fondo azul como la gloria, ¡qué alborozada que estaría! ¡Ay, qué coplas..., qué coplas! «Mire, hermana, el Niño Jesús..., yo no le vi muy bien, porque estaba distante, pero me parece que sonrió un poco y que movió las manitas... ¡Qué hermosísimo estaba, con tantas luces y tantas flores!...» ¡Ay, qué coplas!... Y corrían así los meses.

.....

.....

Corrían los meses, y llegó para los padres de Estrella la segunda, la última, la más terrible y amarga prueba; cumplido el año de noviciado, había que dejar á las cosas seguir su curso lógico. ¿No quiso Estrella entrar de novicia en un convento para profesar oportunamente? El término estaba cumplido y disipadas las últimas ilusiones de los padres. Cuanto más se iba acercando la hora de profesar, era más grande el místico fervor que notaban en ella; afortunadamente, la muchacha sería feliz hasta donde puede permitirlo encierro semejante, porque contaba con el acendrado cariño de sus hermanas en Dios, y de la superiora sobre todo. Había ido simpatizando don José con aquellas benditas madres, representadas con dignísima verdad en la superiora; tratábale la santa mujer con el mimo y ligereza de niña voluntariosa que confía ciegamente en el amor que la tienen, quedando el juez encantado al mismo tiempo de la candidez particular que se revelaba no sólo en las frases de la sierva de Dios, sino en sus actos y hasta en su persona. Cuando se quejaba don José dul-

cemente del abandono en que su hija le hubo dejado, hacíale la reverenda madre un gracioso mohín que valía un mundo, y ¡qué chorrito de gracia mística salía por aquella boca, en arrullo dulce, entremezclado con sabios principios y razonadas argumentaciones! «Era aquel papá un egoistón, que no pensaba en satisfacer los deseos de la única hija que en suerte le cupo, aquella hija que era una bendición de Dios y un grandísimo portento; que no le fuera don José con ciertas argucias, verbigracia, que por lo mismo de ser su única hija y buena como el pan, queríala en su casa y á su ladito; que no le saliera don José con aquello, porque entonces no se estaría callada.» ¡Qué había de callar! Tendría que permitir gustoso que la niña profesara; ni él ni nadie tuvieron la culpa de que hubiese salido con aquella condición mansa y dulce como el ejemplo que dió la madre del pobrecito del Madero. ¡Ay, era una santa, y su lugar no lo tenía en el mundo, sino allí, en la casa de Dios, con el nunca bien amado Esposo, para ejemplarizar con sus actos evangélicos á sus otras compa-

ñeras, míseras pecadoras y no santas de buena ley como Estrella era; santa sí, que tendría que dar días de gloria, fama y renombre al dichoso convento que le sirvió de retiro! Y cuando don José, un poco amostazado, sin poderlo remediar, exclamaba con alguna impaciencia:—Esa chica no tiene vocación ninguna, madre; una pelea con el novio, y nada más.—¡Jesús bendito, las cosas que decía el hermano! Cállese, por Dios, que me ha hecho temblar oyéndole. ¿Una pelea con el novio, dice? ¿Pues sabe lo que ha sido eso? Revelación santa, la manera de que la Virgen se valió para poner á esa niña en el verdadero camino. ¿Pero no ve? ¿No repara, hermano, esa sonrisa dulce que pone en su cara, así, como rocío celeste de la gracia de Dios?

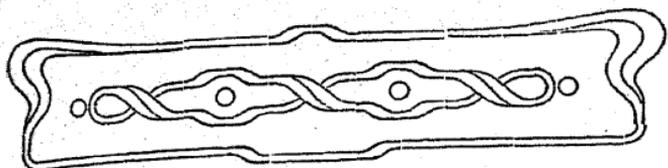
Suspiraba don José con profundo sentimiento, enjugándose á la par unas lágrimas ardientes que parecían gotas de metal derretido, y manteníase callado. Mudaba de conversación con gran astucia la buena madre, y don José podía notar entonces que las monjas, aquéllas por lo menos, estaban como

cualquier profano al corriente de las cosas del mundo. Sabía la superiora, mejor que el juez, lo que pasaba en tal ó cual parte de la población y fuera de la población, si se ofrecía. ¡Con qué suavidad le preguntaba, hablando de cuanto en el mundo pícaro puede hablarse! En política, sobre todo, estaba la superiora tan al pormenor como el mismísimo González Bravo, que era entonces el alma de la política española. Oíala don José con asombro sin límites. ¿De dónde había sacado la santa señora lindezas tales? Seguramente si algo quería saber de política el buen señor de Quintañones, en su mano estaba; con recurrir á la madre Purificación, sabría lo que tuviera en antojo, lo más velado, inverosímil y hondísimo.

Cuando discurría la madre de la cosa pública, hablaba siempre de los conspiradores, afirmando que eran unos *demonillos* pequeños que se criban expresamente en los profundos abismos y que venían en forma de hombres para revolucionar los ánimos y hacer, si era posible, que atentasen á la sagrada inviolabilidad de los reyes. Como sibila

misteriosa, profetizaba con tal motivo prontas catástrofes; las imaginaciones estaban exaltadísimas, porque los demonios, temporalmente, desde luego, lograron su gusto. Hallábanse los españoles predispuestos en contra de la más digna, la más pura, la más santa de las reinas y serían castigados; lo peor de todo era, que se desbordaban hasta lo último; ya no había privilegios que valiesen, ni amenazas, ni prisiones, tantas como se hacían con plausible celo y cautela sutil; las autoridades iban á ser inútiles antes de mucho, porque allí, en cada sitio donde se pisaba una hoja de la mala hierba, parecían brotar millones de asquerosísimos retoños. ¡Jesús, Jesús! ¿Qué iba á pasar? ¡Ella no quería... ella no quería verlo!





XVIII

Llegó, pues, el instante. Por seguir la costumbre fué sacada á paseo. Iba en coche y la acompañaban sus padres y sus padrinos. Era el padrino un señor gordo y de mucho poder en Málaga, protector en otras épocas de don José, á quien tenía en sumo aprecio. Iba Estrella ornamentada como para contraer enlace mundano; ricas ajorcas, arracadas finísimas, y crujiente seda; como ovejilla descarriada estuvo muchas horas sin parecer por la casa de Dios y no fué voluntad suya ciertamente; no se aprestó á las distracciones con que se brinda á la futura monja en esta despedida del mundo; cuando marchaban en el carruaje, pidió suplicando que bajaran las cortinillas; suspiró don

José, y la señora Quintañones lloraba en silencio; volvió á la iglesia y al claustro, cumpliéndose los rituales que la convirtieron en monja, con el nombre de sor María de la Adoración. Se alejaron los padres de aquel lugar hondamente afligidos. ¡Adiós, perdidas ilusiones; adiós, dichosos tiempos de aquel hogar iluminado con la mirada pura de la celestial doncella! ¡Adiós, benditos días de glorias que creyeron eternas! ¡Pobres ancianos que se mantenían firmes con el amor de la idolatrada hija de su corazón! ¿Qué harían en adelante, sino vacilar en la senda hasta caer en el hoyo que como sepultura Dios les destinara?

No se crea que sor Adoración había desechado completamente de su memoria el recuerdo de Jaime ni de su alma ciertas inquietudes, si bien es verdad que en el caso preciso de hacer de ellas una definición, encontrarías muy distintas y débiles, hasta el punto de necesitar poca lucha para ser vencidas; comprendía la monja, allá en lo interior suyo, que su amor á Jaime no estaba muerto aún, y sentíase acometida de

hondo malestar cuando á solas consigo, hundíase en el corazón la idea... Latíale el pecho al pensar que podía verle otra vez; latíale, sí, que hubiera sido gran imposible, después de culpa imperdonable negárselo á sí misma; aquello estaba dormido más que dormido aún, en letargo mortal, y moriría al fin por consunción. Decía la monja mentalmente entre sus rezos fervorosos:

«Así como fué bastante desde un principio el amor que la madre Purificación y las otras hermanas me tienen; así como abstraíase mi corazón en otras afecciones puras, haciendo que se borre notablemente de mi idea la imagen de ese hombre á quien debo aborrecer y que perdono, sobraré para que se extinga por completo la viva solicitud de que me veo rodeada, ese dulce amor que desmiente lo que algunos me dijeron, de que á la novicia se considera y distingue, hasta que pesa sobre su corazón el fatal voto y ya no tiene remedio su mala ventura.»

No, mil veces; ella fué desde que profesó, más querida y más considerada y supo

crearse cierta aureola de respeto, hasta para la misma madre superiora.

Ni de novicia ni de profesa ya, encomendaron á la querida religiosa ciertas ocupaciones; nunca permitieron que se molestase en trabajos duros y reñían con ella piadosamente por lo despreocupada que para su salud parecía; porque era cierto: insensiblemente, íbase encontrando cada día más descolorida y delgada, sin dolor y sin molestia alguna; solo notaba pereza y desmayo en aquel cuerpecito débil, tormento y envidia en otras épocas de las más bellas mozas de Anclada.

A vivir don Manuel entonces, hubiera dicho compungidamente después de haberla observado: —¡Hombre, ya asoma la punta de lo que yo temía! ¡Ay, cuánto va á sufrir si algún maldito no lo remedia!

Parecía estar siempre sor Adoración en mundos ideales; esto veían en su exterior las otras, y por cierto no iban descaminadas, que otro mundo era adonde la Quintañones, sin voluntad para evitarlo—aunque era la suya grande y fuerte—dirigía su pen-

samiento, y con su pensamiento, el hálito y la vida entera de su corazón; no iba siempre al mundo de los cielos, que iba también al mísero y deleznable de la tierra; pensaba á menudo en su familia, ¡los pobrecitos viejos!, y sus labios aceleraban la oración, como si el rezo escapado llegase más pronto arriba.

No obstaba el rezo para que recordase punto por punto y como si hubieran quedado inscritos en su corazón, con flamantes puñales encendidos, los días últimos de su permanencia en Anclada; parecíale sentir en ecos vagos, las frases de los vecinos del pueblo cuando la despedían; uno de los cristales de la diligencia estaba roto; el zagal era rubio, pequeñín, tenía una gorra de pieles, con barboquejo y botones dorados, flamantes; iba una señora dentro del coche, que la molestaba mucho con sus quejas lamentosas á causa de ciertos dolores que padecía; otra de las viajeras tenía por boca, descomunal cornetín, que atronaba con sus eructos; desfilaban por detrás grandes montes, cuyas faldas unidas venían á formar la

carretera; veía enfrente la playa y el mar sereno; resbalaba la gaviota con pereza por la superficie azul y transparente como cristal movable; más acá, los hombres, atezados, andrajosos, subidos los calzones hasta las ingles, tendíanse en la arena para remendar las redes, ó sudaban los pobres, • baja la vista é inclinados hacia adelante para tirar del copo al *aleo* del dueño de la *jábega*. Daba el pensamiento repentino salto y caía en la iglesia al día de los ceremoniales para su profesión. ¡Cómo lo recordaba todo! Creyérase que lo mantenía en la retina.

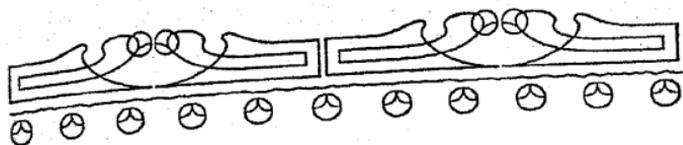
Era el templo de no muy grandes dimensiones; componíase de tres naves, y su ornamentación era tan escasa que no tenía ninguna, exceptuando la capilla de la Virgen su patrona; las techumbres y las paredes, lisas y blancas, adquirían un tinte amarillo con la claridad débil de los altos tragaluces de cristales pintarrajados de color dudoso; las columnas, escuetas y lisas también, y menciono aquí para ser sincero, unos capiteles mal trabajados que parecían pertenecer al orden

jónico; el altar mayor, muy sencillo; el gran coro enfrente, el púlpito á la derecha, algunos bancos en orden, pequeñas cruces de pino pintadas de negro y adheridas á las columnas y una araña de vidrio; así era la nave del centro: en el primer lugar de la nave derecha, gran lienzo cuya pintura representaba á San Francisco, un santo que solo tenía allí de bueno la memoria de sus virtudes; otro cuadro más allá, de la misma dimensión, un descendimiento sin firma, pudiéndosele poner la de Alonso Cano; en tercer lugar, y conforme se avanzaba al fondo de la iglesia, un San Blas, escultura mediana, con su mitra reluciente, sus manos negras y su báculo de plata, del que pendían multitud de pedacitos de latón con lazos de colores; en el hueco próximo, la doble reja del coro bajo; desde el interior oían misa las monjas; después, y á la altura del pecho, una puerta pequeñita como de tabernáculo, tallada y dorada, por donde recibían la comunión; á los lados de la puerta, dos huequecitos con latones agujereados, que ennegreció por la parte de la iglesia el hálito del padre que

oía la culpa, y por dentro el soplo suave de la casta virgen; por aquellos agujeritos hechos á punzón, se introducían las palabras pecadoras y las frases de consuelo, cruzándose como alados é invisibles espíritus, semejante á crisol por donde pasaban culpas y absoluciones para la purificación más perfecta; debajo de cada uno de estos huecos, un sillón antiguo, tapizado de terciopelo rojo, claveteado de tachuelas doradas y con las huellas en sus asientos de los seráficos padres que allí se arrellenaron. Empezando por la otra nave lateral, deteníase la mirada ante un Cristo de las columnas, una Virgen de la Soledad, seguidamente, vestida de luto, de ojos tristes, cara melancólica y atravesado el corazón con flamante puñal de plata; y, por último, escoltándose de un San José y un San Antonio, esculturas regulares de tamaño natural, en gran capilla estilo Churriguera recargada de oro en fondo azul y rosa, capilla que daba frente al coro bajo, otra bellísima escultura que representaba á la Virgen con túnica y manto riquísimos, artística corona de oro sobre la bella cabecita que

volcaba ligeramente á un lado con la gracia de las doncellas andaluzas y teniendo á la izquierda la Santísima Trinidad, el grupo de granito, el Padre Eterno, noble el semblante, luenga la barba, la palomita que parece brotar de su pecho; el Cristo lacerado que desfallece sobre sus rodillas y el querubín que sale de la nube, aquella nube pedestal hermoso del divino Triunvirato.





XIX

¿Por qué había sor Estrella de fijarse tenazmente en pensamientos absurdos que con ninguna cosa se justificaban? Preguntábase-lo, y seguía pensando lo mismo como contestación; cruzaba las manos sobre el reclinatorio, ponía la frente sobre ellas, permaneciendo así largas horas y entremezclando con fervientes oraciones ideas inverosímiles que desfilaban por su imaginación como fantástico ejército; consolábase alguna vez al pensar en los señores Quintañones, que era menos vituperable, y en don Manuel sobre todo; alzaba al mísero en su corazón gran monumento de plegarias é ideas puras, como hojas de rosa que á los benditos rezos se

unían. ¡Pobre don Manuel! ¡cuánto y qué terrible sería su dolor para que así sucumbiese! Y como hoja seca que gira á un capricho del viento, pasaba entonces de don Manuel á su hijo. ¡Ah, Jaime desgraciado! No quería detenerse allí el pensamiento y remontábase entonces á la gloria, sin vacilación, firme, puro, engalanado como con cendal níveo, con los hálitos de su alma y la pureza de sus oraciones.

Iba don José á verla más á menudo que su señora, quedando la madre á cargo de la casa, que no era cosa de dejar en abandono completo; si la señora Quintañones iba alguna vez, puede decirse que repicaban fuerte; presentábanse los dos cónyuges cogiditos del brazo, como en Anclada, cuando iban á misa con Estrella delante; hablaban preliminarmente alguna cosita con la madre tornera; metíanlos luego en un locutorio de los tres que había; solía no tener grada, y no pudiendo entonces hablar con sor Adoración, los viejecitos pasaban al templo por orden de la superiora; allí podrían ver á la amada niña. Allí, al través de la doble reja del coro

bajo, era digno de oír el diálogo de las tres nobles criaturas.

Era de rigor que en toda visita con que honraran á tal ó cual monja, vigilase una de las compañeras; solía en estos casos asistir á la entrevista la madre Purificación. Como ya antes dije, tenía esta santa mujer noble aspecto, y conocíase á leguas que era de estirpe ilustre, como se decía cuando lo absoluto; olía mucho á dama, por más que yo no quiera detenerme aquí en pormenores íntimos de su vida que nada me importan; tendría cincuenta años, de esos que parecen de trescientos días á lo sumo; su frente era ancha y bella, serenos los azules ojos; la cara, de blancura lechosa, muy parecida por su color á la de Estrella. Érase la madre Purificación, además, un poquito encorvada, llevando, no obstante, con desembarazo la amplia faldamenta y la primorosa toquilla blanca. Lo que más embelesaba en esta mujer era su boca, de labios suaves, delgaditos, levemente sonrosados; los contraía con dulce gracejo, por la costumbre de sonreír mansamente á todo, y ninguna monja

de las que vivían bajo su blanda férula, recordaba haberla visto de mal talante en largos años, lo que no dejaba de ser una garantía para la felicidad, humanamente posible, de aquellas reclusas.

Tomaba alguna vez la palabra la madre superiora, y ya se sabe que concluía por hablar de O'Donnell, González Bravo, Mon, el duque de Valencia y otros no menos esclarecidos padres de la patria; nunca se quedó corta en lo tocante á la más excelsa, pura y santísima de las soberanas del reino y coloniales. Doña Isabel II era su ídolo. ¡Que lo dijeran todos! ¡Podían recordar uno de los más nobles ejemplos que se han dado; uno de los numerosos que la preclara y regia matrona contaba á montones en la digna historia de martirios horrendos que por sus ingratos hijos sufría! ¿De qué sirvió el arranque noble de la invicta soberana, cediendo su patrimonio real para alivio de cargas públicas? ¿De qué sirvió que se viese esculpido aquel hecho glorioso en mármoles, bronce y barro, para que todo el mundo lo supiera y alabara? Y aquel gran medallón

repartido entre los súbditos españoles, grandes y chicos, delgados y gordos, machos y hembras, ¿de qué sirvió? De nada. ¡Pobre reina mártir! ¡Pobrecita señora! Dios sabía si con acción tan noble quedó sin alimento que llevar á la boca, para que la estuvieran pagando con la ingratitude que la pagaban, armándole zancadillas y echándole asesinos como perros de presa furibundos. ¡Ah, ingratos, ingratos!

Conviene advertir, para justificación de la superiora, que estas perdonables expansiones teníalas únicamente con el juez y algunos contados personajes de su familia, que la visitaban de tiempo en tiempo; motivábase esta gran confianza en la simpatía que le llegó á inspirar el anciano, simpatía que era sólo un reflejo débil de aquella gran luz de cariño que guardaba en su pecho para sor Adoración; sonreía la Quintañones melancólicamente cuando escuchaba á la superiora sus discursos referentes al consabido tema. Don José, por su parte, procuraba no contradecirla, porque entonces hubiera tenido para rato; hasta intentó, en ocasiones, llevar

á la abadesa algún notición relacionado con la política, y retardaba muchos días su presencia en el claustro, por tener aquel gusto; que ciertos noticiones no están á la mano ó detrás de la puerta.

Había sucedido á los padres de sor Adoración lo que de ordinario cuando una persona querida se nos muere; parécerios imposible vivir, lo vemos todo por un prisma de negros colores, nos acostumbramos después á quererla desde este mundo, pensando que está en el otro, á quererla luego sin llorarla y á que quede al fin en el corazón un recuerdo suave, que nos produce alegría celeste, emoción grata, algo así, misterioso, blando, como espíritu que gira en derredor nuestro y nos estrecha con sus brazos invisibles y se infunde en nosotros dulcemente, alejándose en un suspiro.

Gozaban los padres una tranquilidad melancólica; vino la suerte, sin embargo, á desbaratar el nuevo método de vida; trasladaron á don José, con ascenso en su carrera de la magistratura; no lo pudo eludir y tendría que habitar en adelante en Guadalajara; no

fué la madre Purificación quien lo sintió menos. ¡Qué dolor! Amaba mucho al buen hombre de justicia, y sobre todo ¡sus confianzas... sus dulces confianzas! Cuando los padres partieron, dolorido el corazón y bañados en lágrimas los ojos, arrojóse Estrella, con gran congoja, en los brazos de la madre Purificación.—Vamos, vamos, hija mía, no llores; ¡valor, hija!—Y la buena monja se enjugaba al par los ojos, que el sentimiento había también humedecido.

Cumplíanse por entonces los once meses de la profesión; el aislamiento en que quedó después de la partida de los suyos, á quienes solía ver antes frecuentemente, influyó sobremanera en su modo de ser, entregándose con más ardor que nunca á sus oraciones, á sus vigiliias, á sus grandes penitencias, en fin, cumpliendo con sus deberes religiosos, hasta un punto que le valía por su exageración las repreciones de la superiora.

En los dos años que llevaba de reclusión no había cambiado mucho. El mal que tuviese era interno, sin advertirse aún en el rostro

sus estragos. Hiciéronse sus facciones más pronunciadas, pero sin la dureza que suele poner en ellas el continuo ascetismo. En aquel semblante de blancura sin igual, de dibujo perfecto, no se hubieran hallado ahora las indecisas vaguedades de su anterior naturaleza de niña... Se revelaba en él y en la expresión profunda y amorosa de sus ojos, el fuerte espíritu envuelto en la débil carnal envoltura. Era su acción más reposada, más lento su paso, su mirar más fijo... Pero en su ademán, en su rostro, en su cuerpo, en sus ojos febriles, hasta en el más insignificante pliegue de su sayal y su toca puede decirse, en toda ella, en fin, advertíase el vivo amor en que ardía. Era toda ella un fuego de amor..., de amor de Dios, amor de esposa, amor de madre, amor de caridad... Era una llama voraz, ardentísima, de amor sin límites, contenido por una severidad intransigente y una voluntad férrea.

No era posible dudarlo; su salud estaba resentida, pero sin que dejaran de resplandecer sus ojos, aquellos ojos de amores que habían sido el tormento y la infelicidad de

Tano. Alguna cosa tosía, pero sin expectativas alarmantes. Su padecimiento era mucho, en cierto período principalmente, que se anunciaba desde cinco ó seis días con dolores vagos, y que, andando el tiempo, se hicieron pronunciadísimos, hasta romper en convulsión. Aumentaba su melancolía progresivamente... La neurosis iba cogiéndola con fiero empuje, como garfio agudo hundiéndose en su carne. Se abrasaba en no sabía qué aspiraciones inmensas, pero sin sucumbir nunca. Tenía en su mismo carácter un juez y un censor terribles. Se vigilaba á sí propia, alerta siempre, y previniéndose con el cruel suplicio de disciplina, ayunos continuados y largas penitencias de oraciones, que la hicieron célebre en el convento.

Está situado así aquel lugar de clausura; á la derecha del atrio del templo hay una gran puerta de roble que se abre solamente por la mañana; da paso al portal y allí está el torno; la puerta del convento cae enfrente de la de la calle; compónese el convento de gran patio que se rodea de anchas galerías altas y bajas, con enorme profusión de cris-

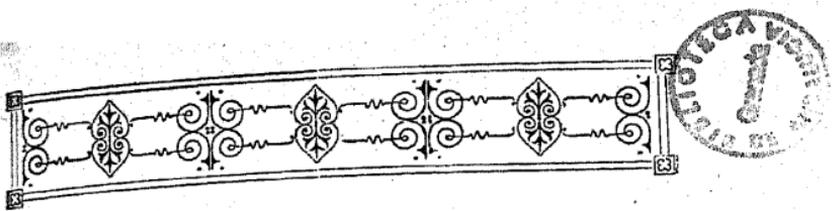
tales; otro patio interior que da acceso al jardín; á la izquierda, y en la parte baja del primero, están los locutorios, la sala de confesión y el coro bajo, ó sean las habitaciones que se comunican con el templo por las dobles rejas, las troneritas cubiertas con los latones de los agujeros, y la artesonada puerta del comulgatorio. Sitúanse en la parte baja de la izquierda, las habitaciones de provisión y oficinas, y en los corredores altos, se reparten concertadamente las celdas, la sala de labor y el refectorio; al subir la escalera que á los corredores conduce, queda el templo á un lado y dilatadas campiñas á otro, campiñas que no se ven desde las celdas por ser sus ventanas elevadísimas hasta tocar casi con el techo; por la entrada del corredor izquierdo se da con una habitación vacía, en uno de cuyos ángulos hay un hueco de medio punto, destartado y estrecho, por donde se entra al coro; desde el coro puede dominarse toda la iglesia, á través de la altísima baranda cubierta de tupido enrejado de listones verdes, como lo están todas las ventanas del claustro y de la torre, que

cae sobre el coro; aquella torre anchota y achatada, monda y lisa, con blancuras de cal, como cuartucho de corralón abandonado; á la derecha del coro está el órgano; hacia la pared de atrás, introducidos por unos agujeros que hay en el techo, cuelgan los cordales de las dos ó tres campanas de la torre.

No sucedía allí lo que en otros conventos de la población y en la catedral misma, y hablo ahora de los Oficios divinos; no se cantaban de una vez, para ahorrar tiempo y molestia, como lo hacían las monjas de otras Órdenes y los gravísimos canónigos igualmente, que se echaban al colete en dos *crujíos* las horas mayores y menores, con sus vísperas, completas, maitines, laudes, prima, tercia, sexta y nona, evitándose de esta manera la incomodidad de acudir tantas veces al coro; no pasaba así, digo, en el convento donde sor Adoración había profesado, que era la superiora, para esto rigurosa é intransigente; y así tenéis que en todo momento de la noche estaban de punta para los diferentes oficios; no había hermana campanera;

encargábase una, por turno, de esta obligación, y á la verdad que hubiera sido extraño ver en invierno atravesar alguna sombra aquellas solitarias y oscuras galerías, deslizarse sobre su suelo de ladrillos vulgares de barro, meterse por la desmantelada habitación que se interpone entre la galería y el coro, y silenciosa y fantástica como alma en pena, resbalar junto al órgano, llegar á las cuerdas, cogerse á una, y oirse á la vez el son de la campana lento y pesado, como si despertase de pronto para lanzar al pueblo y á la comunidad el aviso de que la sierva de Dios velaba.





XX

Era la superiora amante hasta lo sumo del fausto religioso, y esperaba con afán los días que dispone la Iglesia para las grandes solemnidades; cuando mediaba bastante tiempo entre uno y otro día de los mencionados, sabía ella preparar con tal ó cual motivo una gran función religiosa, con ayuda del viejo capellán, amante, como ella, de estos ceremoniales, en culto de la religión cristiana y del Santísimo Señor, bien amado por una y otro.

Pero hacía tiempo que tan dulce placer estaba prohibido á la madre Purificación y al rebaño monjil, que tan sabiamente regía. Los achaques del capellán quitábanle ánimos al pobre hombre para toda clase de fiesta,

santa ó profana. No sé, sin embargo, de qué modo lo pudo conseguir la madre Purificación, pero es verdad que fué catequizado un sacerdote recién venido de Madrid para que predicase en la iglesia del convento en una función solemne dedicada á San Antonio el milagroso. ¡Iba á verse lo bueno! ¡Vaya un varón predicando! ¡Quién sabía! Hasta abrigábase la idea de que el cura de quien hable quedara de capellán en sustitución del viejecito, que no podía ya con sus huesos. Las indagaciones estaban hechas, y era el tal cura un bendito señor, con tanta fama de caridad y modestia como de indulgente y piadoso, amén de sus talentos, muy reconocidos, para el púlpito.

Vistieron al niño de San Antonio con primor incomparable, y por cierto que estrenaba toda su ropita; estaba el muchacho hecho un real mozo, con su carilla blanca y sonrosada, los bracicos abiertos como para esperar la dicha, el cabello rubio y ensortijado, la túnica de terciopelo negro, ricamente galoneado de oro, y allí, recostándose dichoso en las manos del santo, que le miraba son-

riendo; había en el altar de la Virgen, como en toda la iglesia, gran profusión de luminarias, destellando sobre el monumento artesonado; la Virgen hermosa parecía estar hondamente conmovida de gratitud y amor hacia las otras vírgenes terrestres que tan bien la trataban, sabiéndose ganar su afecto.

Estaba sor Adoración en el coro alto, con la madre organista y otras religiosas. Las demás quedaron en la grada, de rodillas, inmóviles, con sus grandes rosarios, sus amplísimos sayales que en la sombra parecían oscuros, y las tocas, como puntitos blancos, hálitos de esperanzas que parecían surgir de aquellas estatuas negras.

Había pasado sor Adoración recientemente días malísimos, en cama algunos de ellos. Las noches muy penosas también. La última, sobre todo, fué fatal; había tenido un sueño; vió á Jaime sumergirse en un mar de sangre, y don José, con aspecto de fiereza, que nunca le había observado, le empujaba, le empujaba, para hundirle más pronto... Todo esto en colores vigorosísimos,

para quedar después en siluetas borrosas, líneas vagas, que al fin desaparecían.

Algo repuesta ya, y aunque á disgusto de la superiora, quiso asistir á la función solemne, por deseo y por deber; pero á causa del estado en que estuvo, no había puesto gran fijeza en lo que se dijo de aquel sacerdote, ni en los comentarios que hubieran podido hacer.

No obsta que la iglesia se sitúe en un extremo de la población, para que acuda todo lo principal en esas funciones solemnes. Llegado el momento de la plática, hallábase el sacerdote de rodillas en el púlpito haciendo oración antes de dar principio. Confundíase en singular concertante la tos importuna de tal ó cual vieja, el taconeo de los hombres que entraban distraídos, el crujir de las faldas de las señoras, el golpecito en la bandeja del petitorio, el banco que cruje, la voz apagada que desentona y el sordo y prolongado murmullo de acentos contenidos. Había en el templo una atmósfera pesada; los altísimos tragaluces aparecían, como siempre, con los cristales cerra-

dos; los techos de las bóvedas quedaban confundidos en un tenue celaje blanco y gris, amasado con el humo del incienso, de algunas velas que se apagaban, del calor de las luces y del aliento sofocado de la multitud; estaba todo brillante como constelación, y al reverberar de las luces parecía que la iglesia temblaba.

Terminó el cura su oración, y levantóse para dar comienzo. Hubo gran expectación entre las fieles; se enderezaron unas sobre sus rodillas, arrellanáronse otras en el suelo ó los catrecillos, hubo rumor de cuentas, de pies, de enaguas, de labios; los hombres esperaban la voz del clérigo, más para criticarle que para fortalecerse... Un acólito volcó no sé cuántos candeleros con el apagaluces, por acabar más pronto su misión de encender algunas. Se persignó y santiguó el padre, tosió discretamente, extendió los brazos sobre la multitud, y llena, grave, sonora, vibró su voz en el templo:

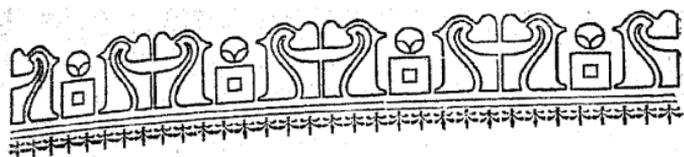
—*¡Amados oyentes míos!*

Y sor Adoración entonces, irguiéndose con rapidez, sintiendo subir la sangre á su

cara en ardientes olas, dilatados los ojos, clavados, agarrotados los dedos en los agujeritos de las celosías, exclamó ahogadamente, como si se escapase de su corazón el último latido:

—¡Dios!... ¡Gran Dios!... ¡Si es *Tano!*





XXI

Terminó la plática con pena del auditorio por lo corta, y con admiración por lo brillante. Se alzó de su asiento, situado á la derecha del altar el oficiante, para concluir la misa, con el diácono y subdiácono, y continuó la solemnidad religiosa con mucha unción de los fieles. Era en el apojeo, dígase así, de la fiesta. Vestidos los sacerdotes del color blanco, movíanse gravemente ante el altar, para el cumplimiento de los ceremoniales del rito. Los incensarios de plata despedían blandas espirales que iban subiendo con lentitud á la altura. Era más solemne el silencio, y parecían arder las luces con más intensidad, resplandeciendo en las arañas de cristales y multiplicándose en los artísticos

adornos y facetas con reverberaciones diamantinas.

En el coro, y medio oculta en la sombra, estaba sor Adoración. La superiora temía justamente por su salud; su rostro, en pocos momentos, había adquirido una lividez de muerte, semejando Virgen verdadera, cuyas hermosas facciones revelasen los tormentos del corazón lacerado. Clavaba los ojos con piedad y beatitud infinitas en el altar, diciendo ardientemente sus oraciones en los intervalos en que no cantaba. Las otras religiosas mirábanla con inquietud.

Continuó inmóvil, cruzadas las manos, como en contracción nerviosa, resistiendo las sacudidas de sus interiores luchas, cual leve átomo entre los choques y remolinos de contrarios vientos, sin ser bastante su voluntad firme y su amor á Dios para conservarle pura la idea en aquel trance solemnísimo.

Habían pasado ya el Credo y el Ofertorio, que cantó, como siempre, con su voz extensa y dulce. Llegaba el *Sanctus*. Las notas del órgano hirieron de pronto los oídos de sor Adoración, y los nervios hiciéronla

estremecer. Vibraban los acordes como saturados de ambrosías místicas; y uniendo su voz á las acompasadas notas

Sanctus, Sanctus, Sanctus,

cantó tres veces. Fueron aquellas exclamaciones como gemidos lastimeros, ayes dolientes, desesperados gritos del alma que agoniza demandando piedad. Vibraba la voz hermosa aérea, como suspiros vagos y sollozos del misterio. Las religiosas la miraban extrañamente. Nunca la oyeron cantar como entonces; la multitud oíala con unción... Algunos alzaban los ojos ávidos—los hombres especialmente—hacia los cuadraditos de las celosías del coro, á cuyo través divisábanse las tocas como blancas nubecillas. Al pasar sor Adoración maquinalmente y durante un segundo la mirada por el templo, como en busca de aquella cabeza esplendorosa que había visto en el púlpito poco antes, divisó un hombre que miraba hacia arriba, bajo un arco próximo al coro. Un supremo impulso obligóla á mirar otra vez, y su voz, que se alzaba en salmo bendito, quebró la nota con

profundo estremecimiento, como cristal que contra el suelo se estrella. ¿Sería Jaime aquel hombre?

¡Sí, era Jaime! Surgía la música del órgano, hermosa, palpitando en un influjo extraordinísimo. Aquellos acordes parecíanle á sor Adoración anatemas lanzados contra su alma pecadora, por no recogerse en absoluto, en el sentimiento de Dios; maldiciones tremendas que tronaban en la altura y rugidos de mares tempestuosos. Creyó ver rayos potentes que hendían el aire con vibraciones metálicas, pasando sobre su cabeza, subiendo á los altares, enroscándose á los santos, retorciéndose contra los muros. Retrocedían para envolverse y enroscarse unas á otras como espadas flamíferas. Creyó que la iglesia mecía-se como al empuje de una tromba. Los altares, las cúpulas se bamboleaban; las luces irradiaron como centellas en temporal deshecho; y en medio veíase á Jaime, aquel Jaime, hermoso cruel, amadísimo norte y guía de su existencia...

Detúvose bruscamente la imaginación en el vertiginoso camino, é hizose estas pre-

guntas, inconscientes: «¿Qué le pasaba? ¿Qué disturbio era aquel, de sus ideas y su corazón? ¿Por qué allí, con Jaime á la vista, bajo sus mismos ojos, la hería una sensación extraña, con mezcla de desprecio y cólera hacía este hombre, haciéndola estremecer ante aquel nuevo é inaudito espectáculo de su alma? ¿A quién había amado, pues? ¿A quién amaba? ¿Por quién fueron sus luchas? ¿Por quién sus pesadumbres? ¿No eran por Jaime entonces? Si no eran por Jaime, ¿por qué no vivía dulce, santamente en aquel retiro feliz, con su esclavitud, esperando otra vida inmaterial más amada? Sintió escalofríos, gruesas gotas de sudor bañaban su frente y rostro; y de sus labios surgió entonces esta parte del *Sanctus* en ronco grito del corazón:

Benidictus, qui venit in nomine Domini.

Cada una de estas palabras, sonó en su cerebro como golpe de muerte. *¡Bendito sea quien viene en nombre de Dios!* ¿Eran aquellas, maldiciones que el mismo Dios le lanzaba? Jaime no podía ser bendito. Jaime

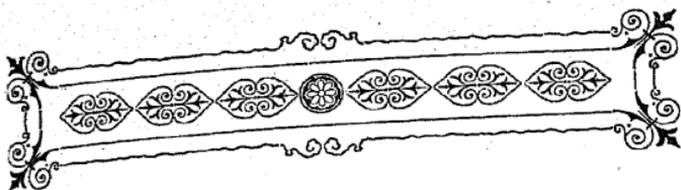
no iba en nombre de Dios allí, sino como representación del pecado. Jaime era maldito y maldita la monja, no purificándose de aquellas locuras del pensamiento irreverente.

Y en tal punto, como para responder a todas sus preguntas y hacer concluir todas sus vacilaciones, vio aparecer súbitamente una dulce imagen en los desiertos áridos. Temblorosa, convulsa, la vio surgir en el púlpito después de su oración, para dirigirse a los fieles. La vio surgir, resplandeciente como el sol en un santo amanecer, al levantarse sobre los abismos del mar.

Acabó el *Sanctus*, llegó el *Agnus Dei*, pasó *Postcomunion*, terminando la ceremonia, que según datos fidedignos dejó a todos altamente satisfechos. Salsa la gente por la única puerta del templo, como costal henchido hasta la boca que de pronto se vacía; fueron los acólitos apagando luces, detuviéronse algunas comadres en cuchicheo sabroso al tomar el agua bendita; salieron al fin y quedó la iglesia en silencio triste é invadida otra vez de opacas sombras; en la

lámpara de un altar, destellaba luz tenue, como risita de angelillo; y era interrumpida la majestuosa calma del recinto de Dios, por las conversaciones de las monjas que aún había en el coro bajo y alguna que otra tosecilla que resonaba tétricamente; así quedó todo y en el pecho de sor Adoración la primera mordedura del cáncer que amenazaba devorarlo.





XXII

Había necesitado aquel choque violentísimo de hallar á la vez ante ella, á poca distancia, junto á sus ojos, á los dos hombres que tan tristemente influyeron en su vida, para darse cuenta de la realidad. Su descubrimiento no había podido ser de más amargura. Quedó espantada cuando buscó reflexivamente en los rincones más velados de su corazón. Fueron tristes las consecuencias que pudo obtener. Vió con claridad sin una ligera brizna que lo enturbiase lo que hasta entonces su ignorancia del vivir túvole oculto; aquella misteriosa chispa, saltando de su cerebro al tocar con su mirada á los dos hombres, dió relieve á una triste verdad, haciéndola resplandecer ante los

ojos atónitos y el alma lacerada: no había sido el desengaño de Jaime lo que la indujo á la profesión; lo sabía, lo comprendía entonces claramente. Su divino candor de virgen no supo analizar sus sentimientos ni calificarlos. La carta de la infame mujer, había sido el último golpe dado á aquel amor, que ella había creído siempre, hasta después de profesar, hasta entonces mismo, su amor eterno.

Sabía ya á qué atenerse. Pensábalo con lágrimas amarguísimas: no fué el desengaño de Jaime lo que la obligó á desear la vida del claustro; fué la certeza de que *Tanito* no era ya libre. Y allí, en aquel mismo punto, fué también cuando se hizo cargo verdaderamente de la profunda indiferencia que había en su corazón para Jaime. *Tano*, el pobre *Tano*, ganaba la partida. ¡Pero á qué hora! Humillando la frente la sin ventura, dijo:

—Señor, tened piedad de mí!

Las aspiraciones de sor Purificación quizás se realizaran. Aquel gran día del home-

naje á San Antonio, después de concluirse la solemnidad, el Padre Gardoquis fué invitado, con otros respetabilísimos varones, clérigos y seglares, incluso el capellán, á una colación que tuvo lugar en el mismo locutorio. A solicitud del viejo capellán, mandado ya retirar, como él decía dulcemente, híciéronse las primeras insinuaciones al cura forastero. Mostrárase él conforme, que lo demás ya se andaría.

No veíase á ninguna monja allí, pero dentro había una gran efervescencia entre las reclusas, comentando los mil detalles que se supieron por el capellán y los otros inclitos de la vida, aunque muy corta, del joven sacerdote; habíase dedicado á la iglesia dos años antes con una vocación maravillosa. Era solo en el mundo, riquísimo y su primer acto al recibir las órdenes sagradas, fué distribuir su gran fortuna entre los menesterosos. Era modesto y dulce... En los dos años había podido demostrar cumplidamente sus grandes dotes para el sacerdocio. De su mucho talento y su amor al saber, no había que decir. Pudiendo hacerse con

facilidad un camino brillante en la iglesia, rehusaba cargos y prefería aparecer como el último y más humilde.

Todo esto encendía á las reclusas en curiosidad; y en deseos de que la madre Purificación consiguiese su propósito con respecto á la capellanía, aquel propósito firme que llegó á ser el de la comunidad entera. Por fortuna, el Padre Gardoquis no lo encontraba mal, pareciendo también inclinado á ello.

Agolpábanse todas, cuchicheando misteriosamente á la reja del locutorio, donde la colación hacíase, para ver al padre; era muy joven; tendríá veinticuatro años á lo sumo; su rostro era oval, pálido, muy blanco; su cabeza rubia de admirable modelo; en su ancha frente y sus hermosos ojos azules de una profundidad insondable, advertíase el gran intelecto de aquel hombre humiladísimo, respetado no obstante y admirado, como si hubiese conseguido en su carrera la más altas jerarquías. El poder moral de este hombre, sintetizábase en su propia modestia.

¿Quién habló primero de ello? Se supo

inmediatamente, se cayó en la cuenta mejor dicho—: «el Padre Gardoquis tenía una paisana en el convento». Todo lo que ocurrió entonces fué de una sencillez lógica, tremenda solamente para dos desgraciados corazones. «Con seguridad, debían conocerse sor Adoración y el padre». Se lo dijo sor Purificación con su alegre sonreír. «En efecto, se conocían mucho... Conocíanse desde niños». El Padre Gardoquis, mortalmente pálido, preguntó á la superiora por la salud de sor Adoración. «Muy delicada siempre, pero con unas energías admirables... Era la que había cantado»...—Sí, sí... Y el padre movía la cabeza con singular expresión. «Podría verla el Padre Gardoquis. Seguramente hallaríase en su celda; por su estado de salud y el amor grande que se la profesaba, tenía permiso para contravenir un poco la regla en los mil detalles de la vida conventual»...—Pero lo verá usted, padre.—Que no la molesten, lo suplico.—La voz del sacerdote fué baja, angustiosa.—No, lo estimará ella.—Avisó la superiora y corrieron algunas madres en busca de sor Adoración.

Halláronla de rodillas en el suelo con los brazos y la cabeza en la pobre cama.

—Hermana, hermana, que el Padre Gar-doquis la quiere ver. «¡Y qué hermoso era el padre, Dios, bendito!» Ella escuchó despa-vorida, y quiso excusarse... «No, la supe-riora lo mandaba». La llevaron. Nunca fué un criminal con menos alientos al suplicio. Quedó ante la reja, con todas las monjas al lado suyo y á su espalda. ¿Por qué la con-dujeron allí? Era en aquel instante, realmen-te, una víctima rodeada de sayones.

Por otra parte de la reja se acercaba tam-bién el predicador, rodeado de todos. ¡Allí estaban! Dijo el cura algunas frases entre-cortadamente, con sonrisa de mansedum-bre... Lo que ella contestó no pudo oirse. La madre Purificación habló entonces por ellos, alegremente. Alzaron los ojos y miráronse un segundo. ¡Ella vió á Tano! Le vió res-plandecer como un incendio que calcinó sus pupilas. Quiso gritar:—¡Tano, Tano, perdóname!—; pero cerró los ojos, cerró la boca y cruzó las manos apretadamente.

¿Comprendería él aquella mirada de sufri-

mientos y ansiedades? La miró á su vez un segundo y allí, ante el monacal anhelante auditorio, pronunció palabras misericordiosas, recomendando fuerzas con fe viva, imponderables fuerzas, en la lucha por la perfección. Alzó la mano, concluyendo en voz inspirada:

—¡No temáis al enemigo! Dejadle llegar... Pero vencedle.

Sor Adoración bajos los ojos, deshacíase en lágrimas. Aquellas frases, ¿á quién habíanse dirigido? ¡Ay, lo sabía ella bien!

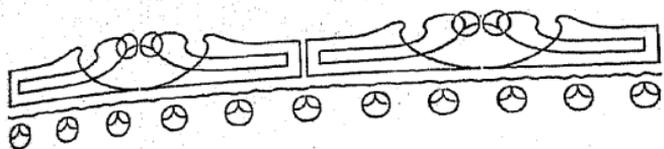
Terminó la entrevista. Lleváronse á sor Adoración, que parecía moribunda. Se apartó de la reja el Padre Gardoquis, disimulando penosamente el dolor que le mataba. Y un varón gravísimo, profundo, conocedor del mundo y sus pasiones, disertó de este modo con gran sabiduría:

—¡Amigos míos, lo que es la vocación! Ved aquí dos jóvenes hermosos, buenos. Se criaron juntos, se amaron en su niñez y los que lógicamente hubieran debido unirse con otro amor ya en su juventud casándose y disfrutando los goces de la familia y del

mundo, por disposición divina sienten á un mismo tiempo, con rara unidad, vocación irrefragable por la iglesia el uno y por el claustro la otra, despreciando amores terrenos y pompas vanas. ¡Es admirable! Esto lo permite Dios para ejemplaridad y enseñanza de los pecadores. ¡Alabemos los designios del Todopoderoso!

—¡Amén!—exclamaron los oyentes—. Y dedicáronse con santo fervor á los licores y los dulces.





XXIII

Pareció la monja en adelante más cuitada. No podía apartar de su pensamiento aquel día del coro y de la reja, ni de su corazón las sensaciones profundas que se albergaron de pronto en él, como enemigos fieros que entran á saco en iglesia veneranda. Huía de su memoria la oración, como imagen etérea que inútilmente queremos alcanzar con nuestros brazos. Sentía fatigado el cerebro, y pasaba las noches agitadísima; se desveló una noche de propio intento y quiso disponerse para confesar al siguiente día.

Preparábase, pues, á la confesión con profundísima fe, arreglándose á lo que ordenan doctos varones para hacer con fruto el examen; tuvo cuidado de recordar si en la con-

fesión anterior dejó de decir algún pecado por olvido ó por ignorancia; si calló algún otro por vergüenza, si hizo el competente examen, si procuró ejercitarse en el dolor de las culpas, si el propósito que hizo de enmienda fué eficaz, si cumplió la penitencia que se le impuso y si obró, últimamente, guiándose por los consejos que el confesor le diera por vía de espiritual alivio. Con hermosa quietud, fué pasando por su imaginación cuanto pudiese haber en ella impropio de su amor ciego á la Divina Madre y al Hijo glorioso; hundióse el escalpelo hasta lo más profundo de la conciencia; un recuerdo, una palabra, un acto; apartaba todo lo que el confesor tuviera que inspeccionar después para penitenciarlo ó absolverlo, según creyera conveniente; fué laborioso el examen; el pensamiento trabajaba, remontándose á lo infinito; pero como si de repente le faltase donde girar; cayó en el abismo del pasado, aquel abismo que nunca se le apareció con tan sombría grandeza; era como gigantesco mar, mecido en sereno y falso arrullo, más imponente y más horrible en su calma

aterradora; profunda sima donde el pensamiento se hundió sin ser bastante para surgir de nuevo á la luz; se levantaban allí rugientes sus sueños de otros días, sus ansiedades, sus inquietudes, sus esperanzas; tembló toda en larga sacudida; pareció que tomaba todo en la mujer, forma de entonces, y otra vez surgió de aquel caos la celestial figura rodeada de soles para decir á la multitud:

—*¡Amados oyentes míos!*

Pero no era la plática ejemplar lo que el ministro de Dios vertía mansamente de sus labios en el corazón de la muchedumbre. Sor Adoración estaba oyéndolo; aquellos labios decían temblorosos, palpitantes, con vibraciones solemnes, como un himno de fuego al amor y al mundo: «¡Tana, Tana del corazón! Acuérdate de aquellas tardes caniculares, de aquellas noches de cielos estrellados, de aquellas horas felices que tuvieron por testigos las zarzas agudas donde yo tantas veces clavé mi carne gozoso para coger el áspero fruto y ponerlo en tu boca de risas; las menudas arenas donde

»escribíamos nuestros nombres, los nardos
»blanquísimos con los cuales hacía yo diade-
»mas para tu frente. ¡Nos casaremos! ¡Vivi-
»remos felices en aquella casita de mi madre
»que tú tanto amabas! Tú serás allí dueña y
»señora, y yo seré un labrador honrado, or-
»guloso de mi misión, orgulloso de ti, orgu-
»lloso, noblemente orgulloso de la vida...»

Sintió el espantado espíritu que se quemaba con la caricia loca de estos recuerdos. Clavó con ansia los ojos de amores en el semblante mustio de un Cristo cercano, y dijo ardientemente: «¡Cristo mío, piedad!»...

Como recordara en aquel punto la oración contra las tentaciones que su madre la enseñó cuando la dormía en su regazo, con ardor de calentura exclamó apagadamente: «¡Compadecedme, Señor, de mi frágil naturaleza, siempre inclinada al mal; el espíritu tentador, con los atractivos de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida, busca ocasión para introducirse en mi alma y hacerla esclava suya! ¡Levantáos, Dios mío, salvadme, libradme de mis enemigos, no permitáis

que caiga en la tentación! ¡Sed para mí como una torre fortificada delante del enemigo; decid á mi alma: *Yo soy tu salvador!* ¡Si vos estáis en mi ayuda, no temeré los males, porque contaré siempre con la prontitud de vuestro socorro!» Puso en aquella súplica sencilla todo el fuego de su pecho; y como si Dios se condoliera por un instante del corazón de la triste, alejáronse rápidamente las imágenes locas, como vemos en la noche apacible correr la estrella con raya de luz que borda el cielo, hasta caer y perderse en la negrura.

Nadie la distraía entonces; se arrodilló en la grada, tocando casi con el enrejado; paseaba las pupilas con reposo por el templo; estaban las naves envueltas en vagas sombras; entraba la luz dificultosamente por los tragaluces ojivados; era esta luz destello opaco de la tarde que moría, y extendíase aquel reflejo débil sobre una columna de la nave central, poniéndole colores de ictericia; en otra columna inmediata había un ángel clavado por una pierna y suspendido el cuerpo en el vacío, extendía el brazo para

sostener una lámpara de luz macilenta y medio extinguida, como la de los ventanillos, luz que se proyectaba sobre la carita risueña de un San Onofre inmediato.

Largo tiempo estuvo la monja en aquella postura; inclinó la frente y siguió sumergida en la grande inmovilidad del coloquio divino, y por su cara, aquella cara célebre en el pueblo por su dulce bondad y su blancura de nieve, corrían lágrimas afables, brillando sobre su fina piel lustrosa como brillaba la lucecilla del ángel sobre el rostro de San Onofre.

No sabía qué le pasaba en aquel momento; extasiábase en dulce contemplación con el inefable llanto de paz. Los rasgos bellos de su rostro, que la austeridad y los pesares no habían endurecido, adquirieron placidez y beatitud.

El alma de sor Adoración volaba entonces por mundos gloriosos, olvidándose de sus padres, de la superiora, del pobrecito don Manuel, á quien siempre tenía en sus oraciones, de Anclada, de *Tano*. Levantóse, al fin, saliendo de aquel singular éxtasis.

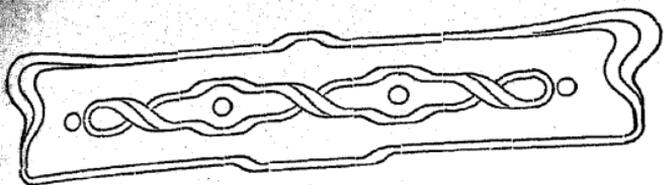
Giró la vista, pareciéndole nuevo cuanto alcanzó á ver. Tropezaron sus ojos súbitamente con una Virgen de las Victorias, pequeña, que había en la grada, y afluyó toda su sangre á ellos... Habíase acordado de la Virgen de su alcoba... ¡Aquella Virgen á quien tantas veces había pedido por *su Jaime!* ¡*Su Jaime!* No fué indiferencia lo que Jaime le inspiró entonces; fué un terror inmenso. Alzó la mirada serena á la Virgen, y díjola con dulce resignación:

—¡Ay, Virgen!... ¡Virgen del alma! Tú que le conocías, ¿por qué no me lo advertiste?

Y la Virgen al punto, un poquito picada quizás por el reproche, clavando en ella los ojos divinos, respondió garbosamente:

—Hija, te lo advertió *Tano*, y no lo oíste. Tampoco me hubieras oído á mí.





XXIV

Una carta muy afectuosa del Padre Gardoquis había quitado á sor Purificación, y la comunidad por ende, toda esperanza. «Encontrándose muy delicado, iba á su pueblo á restaurar un poco su salud. No le era posible comprometerse por tal motivo, y esperaba mejores tiempos, hasta ver lo que Dios disponía.»

Sor Adoración, cuando lo supo, dijo suspirando:

—¡Lo esperaba; pero no teme por él, teme por mí!

Fué desde entonces la imagen de *Tano* el tormento de la monja, y no bastaban los grandes rigores de la penitencia para alivio de sus angustias. Cuando más postrado por

la maceración yacía el cuerpo, más impetuoso combatíala el enemigo. Hubo un instante, cierta noche, en que dejó escapar por sus labios, en voz alta, este lamento de su corazón:

—¡Ay, *Tano, Tano*, qué mal te comprendí!

Estas palahras, reflejo fidelísimo de sus luchas internas, sonaron dentro de sí misma también, con repercusiones pavorosas. Jamás había exteriorizado así los sentimientos que la aniquilaban. Miró á todas partes azoradamente, como si quisiera indagar en su turbación de qué boca habían salido aquellas frases, no atreviéndose á creer que fué ella misma quien las pronunció. Hallábase sola en su celda... Tuvo que convencerse: ella había sido. Si hubiesen estado allí las demás hermanas, la comunidad en pleno con la madre superiora al frente, del mismo modo hubiéralas pronunciado. Su terror no tuvo límites. Aquel espontáneo grito de protesta del cuerpo joven y el espíritu ansioso, que morían en la sombra, paralizaron su pensamiento por un instante, y hasta el latir de su

corazón. Medía por vez primera toda la profundidad del abismo, á cuyo borde se encontraba.

Besó febril un escapulario que pendía de su cuello, lo puso sobre sus ojos y lo mojó en llanto, sobre su corazón y levantábase con los recios latidos; ¡aquel pobre corazón paralizado un instante y que después se aceleraba dolorosamente, como para ganar el tiempo que perdiera!

Alzó los ojos fervorosa, procurando llevar á celestiales regiones el pensamiento agitado; para que allí se fortaleciese en la gracia; y de sus labios, con celeridad de enemigo que huye, brotó gran tropel de Salves y Padrenuestros. Parecía el orar suyo vago rumor de corriente, que cruza errante y tropieza con secas hojas y flores mustias; arroyuelo fino, ondulado, que se alejaba sin saber dónde, como el espíritu mismo de la monja.—¿Por qué, Santísima Virgen; por qué, Dios grande, siento aquí, en las sienes, tan dolorosos golpes?—Y apretábase la cabeza entre las manos, mientras la imaginación, sin querer, echaba fuera para que se recrease la mirada

febril aquellas imágenes de otros días... «¡Si tú, Dios mío, tienes poder, sálvame, sálvame!» Para atajar la idea y aferrarla á Dios como con clavos de acero, quiso pensar, como en otras ocasiones, en la dulce vida del claustro, en todo aquello que la había seducido tan noblemente; las frías naves, el cendal obscuro, las tocas níveas, la severa ornamentación del templo, las imágenes de piedra, aquellos santos laureles del dolor escritos en la cruz con sangre divina, los nichos alumbrados con luces moribundas, que destellaban en la opacidad de las naves como lejana estrella en tormentoso cielo... ¡Ah, pero nada tenía el encanto fascinador del pasado!

Abominábase al pensar así y ponía en combate cruel la indómita voluntad contra todo lo que no fuese la idea de Dios... Aquel Dios de misericordias que la ponía á prueba sin duda... «¡Pero resistiría... Resistiría enérgica hasta morir!» Apresuraba el rezo con fervor apasionado; no parecían oraciones aquellas, sino palabras dichas por calentura de amor á otros labios estallantes. Incluyó la frente, humillándola hasta besar la tierra.—

«¡Dios mío, Dios mío, ven! ¡Ilumíname! ¡Ayuda al alma en sus tribulaciones! ¡Yo quiero vivir, yo quiero morir por Ti!» Pero la desgraciada cuanto más quería sincerarse á los ojos de Dios, con más delicioso afán volvía á Tano su espíritu, no al Tano de la reja del locutorio que decía palabras misericordiosas, exhortándola al valor en la lucha contra la materia, sino á aquel otro de la ventana y el rayo de luna; aquel otro, á quien había dejado ir creyéndole el pasado muerto, sin saber entonces que *aquel pasado* era su porvenir y su vida...

Tocaron en la puerta.

—Hermana, hermana. Soy yo, sor Lucía. Irguióse rápidamente, con un pánico inmenso, y esperó anhelante.

Empujó sor Lucía la puerta, quedando en el dintel, fijos los ojos, profundos, observadores, en los de sor Adoración, encendidos de llorar.

—Hermana, deseo hablarla—exclamó la monja con lentitud, sin apartar sus ojos de ella.

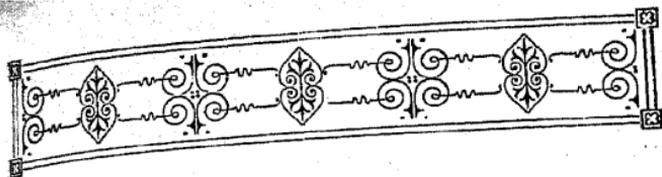
—La oiré con gusto, sor Lucía; entre.

—No, ahora no; es de alguna reserva y podrían sorprendernos.

Titubeó un instante al ver la inquietud de sor Adoración, y añadió apaciblemente:

—Después... En otra ocasión... esté tranquila; ya la encontraremos.





XXV

La presencia inesperada de la monja, la hizo volver un poco á la realidad. Quedó meditabunda; no podía explicarse el objeto de una conversación reservada con sor Lucía de la Transfiguración. Era ésta una mujer, como de treinta y ocho años, muy hermosa, de noble y majestuoso continente; gozaba de mucho influjo en el ánimo de la madre superiora, que compartía con ella el gran afecto que á la misma sor Adoración profesaba. Era hermosa, dije, pero con una hermosura que imponía. Aquel rostro perfecto, aprisionado en su toquilla blanca, era de una inmovilidad incomprensible; creyérase un pedazo de mármol, de donde un artista sin alma labró un rostro de singular corrección, sin

haber podido animarlo con la luz de aquel alma de que carecía. Y aunque sus ojos eran grandes, negros, de una intensa negrura, careciendo de expresión igualmente, no podían iluminar tampoco aquel divino semblante de muerta.

Confidente y amiga de la superiora—amiga hasta donde hubiese podido comprender tan dulce sentimiento—ninguna mujer de la comunidad, no obstante, hubiera podido decir que se valiese de su influjo para ejercer predominio sobre ella, hiriéndola ó molestandola más ó menos veladamente. Amable, fría, sin rechazar el trato de ninguna, limitábase y no más, á esa comunicación necesaria entre personas que hacen vida común en un encierro de aquella índole. Pero si no había dado nunca, al parecer, motivo para que se la amase, tampoco, y esta era una gran verdad, lo había dado para que se la temiese.

Sor Adoración perdíase en mil conjeturas. ¿Para qué la necesitaba sor Lucía de la Transfiguración? ¿Qué tendría que hablar con ella de tanto interés? ¿Habría penetrado el secreto de su alma? Luego, en otro orden de

idas: ¿Sería cosa de sus padres? ¿Habría habido una desgracia? No, imposible. Se la hubiese participado la misma superiora. ¿Qué era entonces?

Después de mucho examen quedó más tranquila con respecto á aquello: en último caso no sería ningún mal—su instinto femenino, decíasele—el que le pudiese acontecer por conducto de sor Lucía de la Transfiguración.

Por aquel tiempo recibía con menos frecuencia noticias de sus padres. Estaba don José muy metido en unos trabajos de cuantía, sin contar los apuros que pasaba con su señora, cuya salud habíase quebrantado desgraciadamente. Aquel día, por cierto, se recibió una carta muy lacónica de don José. La señora Quintañones parecía mejor. En aquel escrito había unos párrafos para su santa y respetable amiga, la madre Purificación. Andaban los tiempos muy tranquilos, con esa quietud precursora de las tempestades; encargaba mucho á sor Purificación que no se durmiese en dulce confianza, debiendo, al contrario, prevenirse, porque el

asunto, por lo visto, hallábase peor que nunca.

¡Valiente cosa iban á decir á la madre! ¡Como que ella no estaba pronosticando desde hacía tiempo que ocurrirían grandes cosas si Dios no daba de la mano á unos señores demonios que andaban sueltos y entraban y salían en la carne impura de los hombres como Pedro por su casa!... ¡Jesús, cómo andarían en Palacio! Lo que le pedía á Dios, sobre todo, era que la palabra y manos de los impíos no maltratasen ni ofendiesen la dignidad de la egregia señora, tan elevada y querida por su limpia sangre y bondad de corazón, como por su honestidad y saber, dignos de otros mejores solios que en la tierra no existen.

Estaba sor Purificación dando ciertas disposiciones relacionadas con el lavado de la ropa: conversó después con un caballero que fué á visitarla, no pudiendo yo decir el motivo de esta visita; entró en el locutorio para coger un libro que dejó allí olvidado; fué al torno y con su vocecita dulce llamó á la por-

tera, mocetona con cara de pandero en la figura, y en el color, de tomate; hizo que la portera llamara al sacristán, mocetón talludo, de cabeza gorda, andar desmayado y ojos enormes y mortecinos; dió también al sacristán algunas órdenes que tenían que ver con el templo; estuvo después en el patio, deleitándose en la contemplación de unos picarones pececillos, muy remonos, que daban vueltecitas y se hundían y se levantaban otra vez, todos los peces en primorosa fuentequilla de piedra que había en el centro del patio. Así estaba y dió un grito espantoso... Los peces hundiéronse asustadísimos, haciendo en el agua suaves ondas que ensancharon hasta desaparecer.

Fué de miedo aquel grito, al sentir un trenebundo huracán de voces lanzando vivas; partían estas voces de un cuartel próximo á la iglesia. En efecto, las tropas clamoreaban férvidamente; habíase pronunciado el regimiento que allí se alojaba, como ya lo hizo toda la guarnición malagueña. El ronco grito de libertad surgía de los corazones, como rotas montañas que vuelan á subterráneos

empujes. Habíanse tenido vagas noticias de Cádiz, sobre acontecimientos extraordinarios que allí ocurrieron, y como parecía que los españoles estaban en disposición de lanzarse á una, en avalancha monstruosa que todo lo arrastrase, suficientes fueron aquellas noticias vagas que de Cádiz se habían tenido, para que los ánimos se enardecieran en la gran ciudad andaluza, donde se necesita poco para que el cerebro chispee, con aquel sol que calcina, aquellas hembras que matan y aquel vino que ahoga.

Era lo cierto que algo habría, y la alarma fué muy fundada, puesto que al comenzar aquellos rumores, dispuso la superior autoridad se publicase un bando con belicoso apresto de tropas, por el cual bando llegó á conocimiento de los habitantes, que la ciudad era declarada en estado de guerra. Sucede lo mismo con los gobiernos que con las mujeres; cuando dan el primer paso en el camino de perdición, no siguen andando luego, sino que ruedan. Fué la publicación del bando, chispa candente que encendió las contenidas pasiones, teniendo éstas al fin

natural desahogo; hubo un atrevido, uno que jugaba en un segundo su existencia; esperábase el fusilamiento ó la gloria de que fuese el suyo el primer grito.

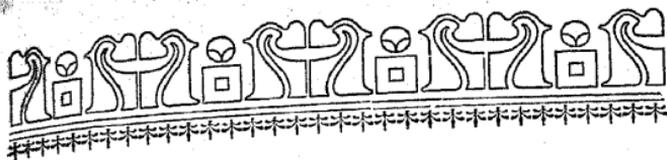
Era en la Alameda principal; había multitud de grupos que cuchicheaban misteriosamente, paseando unos, parados otros, éstos con rostros de alarma, aquéllos muy tranquilos en apariencia, y comentando todos las disposiciones del gobernador militar, en quien el jefe civil había ya resignado el mando.—¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones!—Gritó así aquel valiente con voz atronadora, y contestaron con algunos vivas; hubo gran tropel, carreras, hombres que rodaban y se confundían unos con otros; gritó nuevamente el osado y vivas estruendosos de miles de voces ahogaron sus palabras. La organización nacional, buena ó mala, estaba ya rota y se presentó el disturbio; pero con tan hermosos y suaves colores se presentó, que los menos ilusionados quedaron sorprendidos; en la Plaza fué igual, salieron algunos bajo la dirección del primer patriota que se erigió en jefe; recorrieron las

calles y ensordecían con sus clamores desgarrados por la calentura del placer. Eran las cuatro de la tarde cuando se dió el primer grito, y á la media hora estaba la población cambiadísima; un grupo subió por la calle de Granada y parado ante el cuartel de la Merced, instó á las tropas á que abandonasen la causa de la reina; poco se hicieron rogar los oficiales y salió el regimiento en masa, dando vivas frenéticos; en los cuarteles de la Trinidad, de Levante, de Capuchinos, ocurrió lo mismo; otro regimiento se agregó al ya pronunciado; diez compañías del de Cuenca seguidamente, y por último, toda la fuerza de carabineros, caballería y artillería; les fué preciso capitular á las autoridades, pasándose á los revolucionarios; el tumulto era inmenso, pero de alegría, una alegría tremenda, una de esas carcajadas que destrozán; acá y allá, por todas partes, oíanse músicas de las bandas militares que recorrían los sitios más frecuentados, y de otras bandas improvisadas y ridículas por ende, que no he podido saber de dónde salieron; las mejillas estaban encendidas, los

ojos chispeantes, las gargantas roncadas; se llamaban unos á otros, se detenían, mirábanse algunos un momento, y sin saber qué decir en su asombro por aquello que parecían el logro de la felicidad ansiada, disparábanse á una en enorme risa, la risa brutal que entonces; la explosión de la naturaleza ante el placer inmenso no esperado, mientras viene el equilibrio ante la convicción.

La convicción no se hizo esperar: doña Isabel II había huído al extranjero. La nación estaba sin rey... *No habría* en España más Borbones.





XXVI

Por el pronto no influyó nada la revolución en la vida conventual, aparte de las tristes lamentaciones de la madre Purificación, que no comía, ni dormía, loca la cabeza siempre, pensando en aquello que le pasaba á la pobre doña Isabel.

Era una hermosa noche de otoño, que parecía estival. Sor Adoración velaba; hacía tiempo, ya lo sabéis, que sus noches eran de insomnio, consoladas solamente con el rezo y el cilicio: la próxima campiña hacía entrar en la celda, como invisible mensajero alado, un olor sutil, fragancia fina que, aparte de la santidad, resultaba mil y una vez más agradable que la mirra quemada en los incensarios.

Cuando hubo rezado algún tiempo, pareció quedar presa también de aquel encanto de la noche; algo murmurador é invisible, lleno de perfumes y armonías, entró por la ventana para contarle al oído dulces querellas; y quedó al fin un instante como adormeciéndose con plácido abandono. Repúsose después en una brusca sacudida; eran muy comunes en ella tales sacudidas, como si por intervalos, una formidable mano de piedra estrujara su ser en rápida crispación.

En su exceso de misticismo creíase culpable de todo: Su celo traspasó el límite de lo natural, llegando así al pecado de una manera inconsciente; en aquella ocasión, como en todas, juzgóse malvada por el sopor dulce de que se había dejado dominar; aplicóse otra vez á la oración con una insistencia de maniática; se puso de hinojos y besó el suelo. Pensando después que sería muy tarde, salió de la celda; los corredores estaban iluminados vagamente por la luna; en el rectorio había un magnífico reloj de pared, por el que se guiaba la religiosa á quien *correspondiesen* las campanas.

Avanzó ella, y se oprimía su pecho en cruel angustia: cerca del refectorio destacábase un gran cuadro de ánimas, iluminado con lamparilla de luz macilenta; enfrente del purgatorio había una talla de San Miguel, con su vistoso aparejamiento de túnica brillante, escudo bruñido, agudo lanzón y alas primorosas, resplandecientes; con sus pupilas angélicas contemplaba triunfante el odiado cuerpo del monstruo de los abismos, humillándole con un pie y amenazándole con el fuerte lanzón que sostenían sus virginales manos. Llegó sor Adoración al sitio que se propuso, pero con gran esfuerzo. Extrañaba lo que le ocurría; era una impresión nueva; nunca había sido cobarde para andar sola á media noche por aquellas laberínticas salas de negros arcos, tristes como todo sagrado lugar de recogimiento.

Esta noche parecía sentir á su espalda misteriosos pasos; la silueta de su cuerpo, que la luna ponía en la pared, unas veces medio tendida, ya derecha, ora estirándose, ya encogiéndose ó quedando atrás, parecíanle figuras tenebrosas que iban con ella,

á su lado, diciéndole á la vez plañideramente, mil tristes consejas. Cuando salió del rectorio sentía más temor aún, aterrándose doblemente, 'porque en su sentir hallábase muy pecadora cuando tales visiones ponían la los demonios. Pensando en aquellos demonios fué de un volotón la idea al combate magno, á la causa de sus desdichas, á sus desdichas por último. Las imágenes locas, los pensamientos impetuosos escapáronse como corceles fogosísimos que tascaron ya el freno. Parecióle el claustro en tal punto, estrecho para ella; creía ver que las paredes de aquel lugar, donde con tanto amor fué acogida y que tanto amaba, movíanse con lentitud hacia un sitio de concentración formado por su cuerpo, y unidas las paredes al fin, escupían por la alta boca de los cuatro muros unidos, sus huesos y carnes desmenzados.

Aceleró su andar inadvertidamente; sentía gran calor en las manos y en la cabeza, como si estuviese ardiendo ya entre las voraces llamas del inocente cuadro del purgatorio; miró á San Miguel, cuando por allí

pasó, desviando la mirada de los que se consumían en aquel purgatorio de lienzo, feamente pintarrajado, pero volvió otra vez la cabeza en movimiento brusco, al encontrarse con San Miguel, que se quedó mirándola irónico.

Dejó atrás á San Miguel, creyendo sentir aún el irónico mirar como dardo agudo que le penetrase por la espalda. Detúvose en el corredor. Había más luz allí. La luna lo alumbraba todo. Oíase el susurro sutil de aquella fuente...

Tenía miedo; pensaba en el San Miguel, que quedó allá, en la sombra. Vagos terrores hacíanla desear el hueco de su celda, triste también, pero más amado. Quería, por otra parte, permanecer allí, y desechar de este modo sus terrores incomprensibles.

Parecía el cielo un grandioso pabellón de tules, aquí rojos ó blancos, de rosa más acá, más allá grises, aquí suelto un jirón y prendido todo con aquella gran rosa pálida de la luna.

—Clara luna—exclamó la monja en desvarío dulcísimo—, yo te amo; yo te tengo en

mi corazón como un espíritu puro que espera en el cielo al espíritu mío.

Olvidando sus pueriles zozobras por más altas ideas, quedó inmóvil como si esperase alguna peregrina visión que el cielo le enviara. Puesta de hinojos, oró ferviente, pareciendo allí fantástica estatua, representación absoluta de extraño romanticismo. Oraba y esperaba; pero su pensamiento, en un giro rápido volvíase súbitamente á cierta ventanita, en una noche hermosa también, en una hermosa noche de luna. Vió flamear los ojos de Tano con resplandores de amor y lágrimas; destacábanse en la penumbra los contornos indecisos de su cabeza juvenil y orgullosa; oía el rumor del arroyo, la voz de Pacurro riñendo con sus ovejas, y más acá, cerca, muy cerca, la voz de Tano vibrante de pasión y dolor: «¡Te amo locamente, santamente; mi amor de amores es eterno y puro como tu alma y la mía. Mi amor es tu felicidad, y tú misma te condenas! ¿Qué hice yo para merecer tan atroz suplicio? ¿Qué hiciste tú para sufrir las desdichas que te amagan?...»—¿Pero es verdad,

Dios grande, que á todo eso yo contesté que se fuera? ¿Es verdad?—añadió enloquecida, juntas las manos y alzando á los cielos sus ojos de amor y desesperaciones. ¿Es verdad que él decía todo eso y que yo le rechacé sin oírle, que yo le rechacé diciendo como única contestación?: ¡Vete, vete! ¿Es verdad que todo eso ha sucedido, ó es un sueño, una locura mía de la que no puedo apartarme? Si no es sueño, si no es locura, ¿cómo tú, Dios mío, puedes permitir esas tremendas aberraciones en seres humanos que te aman? ¿Cómo cegaste mis ojos y endureciste mi corazón hasta el punto de no ver ni sentir el inmenso abismo de desgracia en que, arrojándole á él, me arrojaba yo misma?... ¡No, no puedo!

Y lo que no podía era comprender que el hombre de alma apasionada que aquella noche de luna había hablado así, fuese el mismo que tan dulces, tan graves frases de misericordia y resignación dijera después junto á la reja del locutorio.

No lloraba entonces; tenía los ojos secos, las manos húmedas; sentíase sin valor, im-

potente para vencer sus ideas. Queriendo levantarse, encontrábase sin bríos para ello. Y ¿para qué levantarse? ¿Qué haría? ¿Dónde volvería el alma? En el coro, en la celda, con el silencio, orando ó meditando, ¿no era siempre y en todas las formas arrollada y vencida?... «¡No, vencida, no!» Levantóse á esta idea, con esfuerzo penoso. Volvió atrás con lentitud. Creía ahogarse... Parecíale sentir en los pulmones, en la garganta, angustiosa obstrucción.

Al llegar al San Miguel, detúvose sin alientos; para no perder el equilibrio, apoyó una mano en el muro; alzó los ojos al ángel amorosamente. No era ya irónica la mirada de San Miguel; aquellos ojos resplandecían entonces de indignación.

—¡Ah, mujer—dijo—, tú sí que merecías esta lanzada!

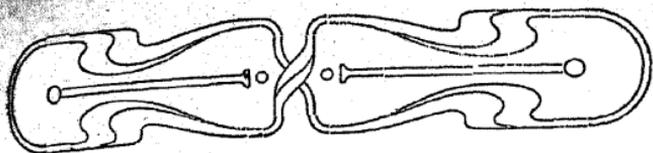
Siguió la monja mirándole con mansedumbre. Su corazón, sus pulmones parecían romperse. Tosió un poco. Al llevar sus manos al pecho dejó de apoyarse y cayó en tierra. Cayó de rodillas, como Jesús en su camino de amargura.

Sin fuerzas tampoco para mantenerse así, se santiguó devotamente pidiéndole á Dios aliento; y al besar el signo de la cruz, sintió en su mano extraña humedad. Era sangre.

Sonrió con dulzura; veíase ya morir; la flaca materia, rendiríase de una vez; cuando estuviese muerta, las otras religiosas pondrían sobre su pecho el crucifijo de marfil á quien ella rendía especial culto. Todo iba á tener rápido término. Dios la llevaría consigo, y tendría compasión de ella por lo mucho que sufrió en el mundo; tendría compasión y la perdonaría, diciendo:

—¡Tú amaste!





XXVII

Sin fuerzas para estar de rodillas, iba á caer; pero unos brazos rodearon su cuerpo tiernamente, y una voz grave, como la voz de Dios respondiendo á su fe amorosa, dijo:

—¡Levanta, pobre criatura!

—¡Oh, sor Lucía!—murmuró la enferma, con triste confusión.

—Sor Lucía, que tiene una falta de que arrepentirse: la falta gravísima de no haberse aproximado antes á usted; de no haberla ayudado y sostenido desde el primer momento.—Y la levantó y la llevó, sosteniéndola delicadamente, como lo hubiera podido hacer una madre.

Sor Adoración estremecíase de inquietud, pero la religiosa, seguía hablándola y conduciéndola.

—No aludo á esta noche, aludo á *siempre*... Siempre, hija mía, desde que entró usted en esta santa casa, que no es la de usted, y en la que nunca debió usted entrar.

Aterrada, sor Adoración quiso detenerse, pero la otra monja díjola con blandura:

—¡Andemos más! ¡sólo un poco!

Atravesaban medrosa galería; la enferma dejábase guiar; no obstante su confusión, empezaba á sentir un dulce alivio. Poco después estaban en su celda. Sor Lucía cerró y encendió luz.

—Es contravenir la orden—murmuró sor Adoración tímidamente.

—No se ha de saber, y aunque se supiera, la madre superiora no ha de castigarnos, ni aun reprendernos. Además—añadió sor Lucía, marcando cada una de sus palabras—la observación rigurosamente absoluta de una regla, puede ser en contra, no sólo de la fe, sino de la regla misma. Vamos, siéntese usted aquí, en su misma cama. Hablaremos un poco.

Miráronse por vez primera en aquel punto. Sor Adoración, á pesar de su triste aba-

timiento, contúvose para no lanzar un grito; tan enorme fué su sorpresa; aquel rostro de mármol siempre, dilatábase entonces por una sonrisa que le hacía resplandecer. Sus ojos, aquellos ojos de muerta, ardían asimismo de amor y compasión.

—Vea usted mi cara—dijo sonriendo con divina ternura—. ¿Soy yo un enemigo?

—¡Oh, no, nunca!—contestó la enferma en un espontáneo arranque.—Y lloró largamente, consoladoramente, sobre el pecho de la extraña mujer.

—Bueno—añadió sor Lucía con gran dulzura—; llore usted sobre un corazón amigo; así se aliviará... Pero está usted muy agitada; no es preciso que quede usted así, con el cuerpo erguido para oirme, descanse usted, acuéstese.—Y la ayudó solícita á reclinarse; ocupando después un asiento á la cabecera, estrechó entre sus manos efusivamente las de sor Adoración.

—Usted, hija mía, está matándose: usted no presume que es eso un pecado gravísimo. Dios dispondrá de usted cuando su santa voluntad lo determine, pero usted cae en

un error acelerando su vida con imprudencias que no son menester. Padece mucho su espíritu, y los males del alma, téngalo usted en cuenta, hay que remediarlos como los del cuerpo. Usted no remedia, no procura remediar ninguno. Eso es lo peor. Es preciso una cosa ante todo.

—¿Qué es preciso, señora?—dijo sor Adoración mansamente.

—Que tenga usted confianza en mí como en usted misma.

Miráronse un momento. Luego, sor Adoración, habló así desolada:

—¡Ay, señora, en mí no tengo ninguna!

Sor Lucía suspiró. Era verdad, lo presentía, lo sabía ella.

—Entonces es preciso que la tenga usted en mí, aunque no la tenga usted en sí misma. Para ayudarla á confiar, yo me confesaré á usted primero, y lo que le voy á decir no salió jamás de mis labios hasta hoy: profesé sin vocación; hice del claustro mi refugio, por separarme del hombre á quien amaba; amé á ese hombre como una mujer de corazón ama en la vida. Pero la culpa de los pa-

dres, ya lo sabe usted, caen siempre sobre los hijos. Una gran culpa de mi padre, cayó sobre mí arruinando mi existencia. No lo supe hasta el momento preciso en que iba á unirme al hombre de mi amor, logrando así la felicidad ansiadísima: aquel hombre era mi hermano.

Me lo confesó mi padre; fué su confesión para mí sola; yo fuf la víctima. No alargaré mi historia con detalles inútiles. ¿Para qué? Mi hermano no supo el secreto. Rompí con él pretextando un motivo cualquiera y me encerré aquí. Herida, moribunda, pasé todavía por insustancial y caprichosa. Mi padre vivió después muchos años tranquilamente. Mi hermano se casó muy pronto: alcanzó riquezas, alcanzó honores, tiene esposa, tiene hijos y es feliz, sin acordarse del tierno amor de una mujer desgraciada, que vive solo para pedir á Dios su felicidad, desde hace veinte años.

Sor Adoración irguióse para contemplar afanosamente á la mujer que concluía de referir de tan sencillo modo una tremenda historia. Comprendió la superioridad de un alma

así, y pasó en un segundo por su cerebro, la espantosa odisea de un dolor de tantos años, oculto, como en un sepulcro, bajo la losa fría de aquel rostro de esfinge. Se avergonzó de su pequeñez, y dijo temblorosamente:

—¡Oh señora, es horrible eso!

—Quizás—repuso ella con una dulce sonrisa, estrechando sus manos.—Pero, ¿tiene usted ya confianza en mí?

Sor Adoración, sin contestar directamente, palpitante, temblorosa, como un ritmo de amor y llanto, dejó escapar el secreto de sus torturas.

La oyó sor Lucía con unción religiosa. Luego, abrazándola dijo tristemente, bajo, muy bajo, como el confesor al alma desolada que sucumbe:

—Aunque la historia de usted no es como la mía, el caso de conciencia es idéntico. La triste batalla del corazón con el deber: yo la he sostenido con más fortaleza, pero tiene su explicación; mis ventajas fueron grandes, usted no tuvo ninguna. Con la misma edad que usted entonces, yo era una mujer acos-

tumbrada al trato del mundo: por costumbre, por temperamento tal vez, sabía disimular mis impresiones bajo una máscara impenetrable de naturalidad ó indiferencia; era una mujer fuerte, poco dada á la contemplación; algo soñadora, porque la juventud se impone, pero con esa visión ya de lo práctico de la vida, que pronto, desde la niñez, se adquiere en el mundo, cuando nos rodea constantemente en el hogar, en el teatro, en la calle, en la tertulia, confundiéndose con nuestros sentimientos más puros, esa atmósfera asfixiante de los negocios, de los intereses materiales, del dinero en fin. Por el contrario, usted, hija mía, estaba en su pueblo, concretándose á la lectura de sus libros piadosos, aficionándose á ellos por su soledad, por su idiosincrasia, sin duda, sin ese ambiente de vida que la enseñase la verdadera práctica del vivir; rodeada de personas de un nivel intelectual muy inferior al suyo, con espíritu fuerte, en fin, pero sin alas, sin verdaderas alas para volar por otros más amplios mundos, lo hizo usted todo—lo de arriba y lo de abajo—, una misma cosa, es

decir, lo hizo todo de *arriba*. Su misma débil naturaleza—¡oh, no sabe usted cómo influye un temperamento fuerte en el alivio de las penas más hondas!—aquel estado morboso, del cual don Manuel, el pobre médico de Anclada, fué seguramente el único en darse cuenta, ayudó á la triste obra de su error, haciendo un Dios de un hombre y mucho más, por desgracia, siendo este hombre un miserable. Usted, desgraciada mía, piénselo bien y entrístézcase, se dejó influir por la naturaleza brutal de aquel hombre... pero no fué usted realmente, fué su pobre naturaleza la que sufrió ese dominio. Usted sufrió por Jaime, según usted piensa, pero no fué por Jaime, porque usted no le amaba; fué por el mismo amor; usted no amaba á Jaime, usted no se dió cuenta, pero al saber en un mismo día, que el villano burlaba los que usted creía sus sentimientos más puros, y que Miguel habíase consagrado á Dios, acompañado todo de la nueva vileza del uno al permitir aquella carta, y el inmenso acto de caridad del otro, al dar á los pobres toda su fortuna, usted creyó entonces que era la

última acción de Jaime lo que la mataba, y lo que la mataba fué su desolación, porque Miguel no era ya libre. Jaime no la hubiese á usted hecho profesar nunca, pero usted sin saberlo, sin definirlo, rindió culto á Tano... Por Tano, por el pobre Tano, se colgó usted también su cadena. Despreciando á Jaime cuando se acordaba de él y consagrada á sus obligaciones de novicia ó de religiosa vivió usted aquí, y vivió *lo otro* latente en su corazón. Comprendió usted lo horrendo de su *abismo*, un triste día en que empezaron sus visiones radiosas, surgidas por el choque eléctrico de la presencia súbita de los dos hombres con sus maldades y sus miserias el uno, con sus santidades y esplendorosa luz el otro... ¿Comprende usted eso, hija mía, lo comprende usted bien?

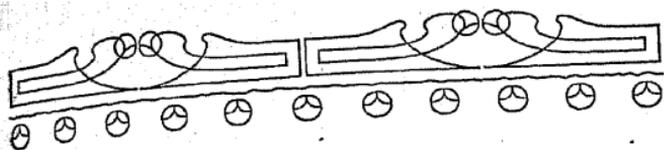
—¡Oh, sí lo comprendo! ¡Dios mío!—exclamó sor Adoración, que había oído suspenso, estupefacta, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Pues bien, pobre niña—añadió la noble mujer suspirando—, esas visiones forzosa-

mente, inapelablemente han de concluir.
¿Usted querrá?

—¡Oh sí, sí, madre mía!—Y sor Adoración besaba las manos de la monja y las bañaba en lágrimas.—¡Si querré! ¡Si quiero!





XXVIII

—Pero no basta querer; es preciso ahondar un poco en esa pobre llaga si ha de cicatrizar. Antes una cosa: ¿qué pensará usted si yo le digo que no era un secreto para mí el secreto de usted?

Sor Adoración miró á la monja ansiosamente. No pudo hablar.

—Ni para la madre Purificación tampoco— agregó sor Lucía implacable.

—¡Oh señora! ¿Qué va á ser de mí?

Había hablado con el aliento solamente; tal terror acometióle. Pero sor Lucía prosiguió con dulzura:

—¿Por qué ese miedo? Usted es la suma discreción, pero también la inexperiencia suma. No concibe usted muchas cosas; una

de ellas, que hayan podido adivinar á usted. Fué muy sencillo, no obstante. ¿Usted no hace memoria? Yo era una de las que vinieron á llamarla de orden de sor Purificación, para ver al Padre Gardoquis. Había tenido ocasión de observar el modo extraño de ser de usted, desde que entró en el convento; aunque muy buena observante de sus deberes de religiosa, había presentado sus luchas, que no tomaron ciertamente carácter agudo hasta el día de la función. Estuve observando ya en el coro su conmoción, su abatimiento después; el estado en que la sorprendí en su celda me conmovió mucho, pero quise convencerme de si sería posible lo que empezaba á presentir. No era simple curiosidad, créalo usted, era deseo vivísimo de poderle ser á usted útil. La conduje por eso á la reja, fijándome en lo poco que habló usted y en su agonía, en su dolorosa agonía cuando estuvo allí. Sosteníala yo á usted cuando el Padre Gardoquis nos habló á todas—pero mirándola á usted—, y sentí temblar su cuerpo junto al mío como pobre arbusto, juguete de huraca-

nados aires; observé del modo que volvía usted á su celda, y de tal modo volvió; que no se hizo usted cargo del beso de compasión y ternura que puse en su frente al dejar á usted aquí, como ahora, reclinada en su cama. Y luego, al punto, observé otra cosa, en fin, que usted no hubiese podido observar nunca; volví por secreta inspiración á la reja del locutorio, y oí perorar erróneamente á un señor gravísimo, sobre la gran vocación religiosa de usted y el Padre Gardoquis, una *decidida* vocación, que os había separado en lo más hermoso de vuestra juventud y vuestra vida, para hacer voto de castidad á un mismo tiempo; y lo que observé entonces, tras pasada de pena, fueron dos lágrimas del Padre Gardoquis, inadvertidas para los demás, por lo rápidamente que las hizo desaparecer, pero que habían sido revelación dolorosa para mí. Nosotras, la madre Purificación y yo, sí que alabamos al Todopoderoso, porque al poner en vuestros pechos, no la vocación religiosa sino un amor profano, lo puso al menos en dos pechos puros, fuertes en su misma castidad. La gran calma y prudencia

con que el Padre Gardoquis, un impetuoso temperamento de veinticuatro años, evitó el peligro excusándose con la madre superiora, nos movió á piedad por usted y por él. Lejos de nosotras, él sostendría su lucha; á quien teníamos nosotras que defender era á usted, no ya del desgraciado, sino de usted misma. La pobre madre Purificación díjome: Yo no puedo... yo no haría más que llorar; háblela, sor Lucía; tenga algún consuelo la infeliz.

Sor Adoración lloraba... sollozaba, sueltas todas las fuentes de su llanto. Había dolor en aquellas lágrimas; había amor, había gratitud. Sor Lucía la dejó llorar, mirándola en silencio compasivamente.

Fué después á una mesita próxima, cogió un vaso con un calmante que le hizo beber y que pareció alentarla. Prosiguió entonces:

—Teníamos para podernos orientar, lo único que la madre Purificación había oído á su papá de usted: que usted no tenía vocación; que se trataba solamente de una *pelea* con el novio. De ahí nuestras dudas. ¿Era posible creer que aquel novio fuese el Padre

Gardoquis? Parecíanos inverosímil. La historia contada por usted pudo explicármelo ya, con la aparición de ese nuevo personaje, demonio vil, que se interpuso en su camino. Pues bien, hija mía, hasta ahora estuve ahondando en su llaga y adoleciéndola más; pero vendrá el bálsamo inmediatamente. No olvide usted nunca que, cuando pecó de verdad sin saberlo, fué cuando daba oídos á ese demonio, causa de la infelicidad de usted y de Tano... Hay que cumplir ahora un deber duro: haga usted lo posible por olvidar su amor, pero *no se crea* usted condenada si no puede olvidarlo. Dios, la suprema bondad, la suprema rectitud, verá su buena intención, contentándose con eso. No sea usted más rigorista que Dios mismo. Cumpla usted sus deberes de religiosa concienzudamente, y si le perturba la imagen de Tano no quiera rechazarla á sangre y fuego como una visión horrenda; la materia flaca, le haría creer á usted en ese caso, que la tiene más próxima. Poco á poco irá serenándose y soportará usted así, resignadamente, el tránsito de esta pobre vida.

—¡Oh, que cosas tan consoladoras!

—Tiene usted alucinaciones muy vituperables; un ejemplo de ellas son las palabras que creyó usted oír á San Miguel; eso testimonia el temor de usted á esa otra vida de que le he hablado y en la que debe usted pensar como en cosa muy dulce. No piense usted con terror en los crueles castigos de la vida eternal; usted ama mucho y Dios ama mucho también, á los que de verdad aman. ¡Pobre niña, enferma de amor!... ¿Qué Dios sería, ese Dios divino de paz y amor, si á usted, por amar mucho le reservarse el infierno de los réprobos?

Un largo suspiro salió del pecho de la enferma.

—Bien; mis palabras no son en vano, su pecho se alivia. Ahora, dígamelo usted de pronto, con toda sinceridad. ¿Le produce á usted horror esta casa?

—No, nunca. Quiero vivir y morir aquí.

Sor Lucía, suspiró también; su pecho pareció aliviarse igualmente de un gran peso.

—Pues bien; ese es un signo—el más hermoso de todos—, de que sus sentimientos son

puros. Confíe usted, se lo digo ahora con seguridad; observe usted lo que le rodea: se hará cargo prontamente de que Dios puso al lado de sus dolores, lenitivos preciosos; fué el más grande, la idea que le inspiró á usted de venir á este refugio y no á otro. Tenemos siempre que agradecer á Dios nuestras desdichas, apreciando el inmenso beneficio de que no sean mayores.

—Ciertamente—dijo sor Adoración meditando.

—¿Qué idea tenía usted de estas casas de Dios antes de entrar aquí?

—Solo pensé en la soledad y el aislamiento. Mi padre y sus amigos trataron de hacerme desistir, y algunos me hablaban de cosas horribles, en su deseo, sin duda, de apartarme de tal idea. ¡Cómo les había yo de creer!

—Efectivamente; ni usted ni yo tenemos motivo para creer ciertas cosas que se murmuran de la vida conventual; pero es cierto que se murmuran... y que se escriben; es cierto que hay hombres graves, instruídos y de preponderancia en la sociedad, que cla-

man contra estos refugios y contra la vida sin razón de ser y hasta abominable, que en ellos se observa. ¿Será verdad lo que dicen? Supongámoslo así, aunque sean excepciones. ¿Qué hubiera sido de usted, si hubiese dado en una casa donde tal vez sean verdad esas envidias, esos enconos, esos castigos crueles, esas aberraciones estupendas, todo ese cúmulo de horrores, en fin, de que hablan, con más ó menos razón, doctos é indoctos?

Y sor Adoración dijo lentamente:

—Pero esos horrores ¿serán creíbles?

—Limitémonos á dar gracias á Dios por no haberlos sufrido—repuso la monja gravemente—, y complázcase usted, como yo me complazco, en considerar, que en todas las casas de Dios, será la vida de sus refugiadas como lo es en ésta. ¿Por qué, pues, desconfiar y desesperarse? Observe usted bien lo que hay en torno suyo: La madre Purificación es un alma tiernísima, que sufre anticipadamente, considerando que la desgracia pueda herir á un semejante suyo. Tiene sus debilidades, como yo, como usted, como

todas nosotras. Dios nos crea así para darnos derecho de aspirar á la perfección. Dios no castiga nuestras debilidades; Dios castiga que no las sepamos combatir; Dios castiga sobre todo y absolutamente, que no intentemos combatir las.

—¡Oh, señora; qué alma tiene usted tan grande! ¡Qué modo tan sencillo de discurrir, pero qué consolador y qué dulce! ¡Yo quería morirme!

—Pero usted no pensará ya eso, ¿es verdad? Sepa usted una cosa aún: de la madre Purificación le hablo; no podrá usted figurarse nunca la intensidad de su dolor, al pensamiento de la pesadumbre de usted. ¡Qué gratitud la de usted al estar segura de que ha costado á la madre Purificación lágrimas amarguísimas considerar, que por causa suya, por su deseo, sin malicia, de que el Padre Gardoquis fuera nuestro capellán, hubiese podido poner á usted en verdadero peligro!

—¡Mi buena madre... mi buena madre!— repetía sor Adoración, cerrando los ojos.

—Y eso, ¿no es un lenitivo? Y mi amistad humilde, ¿no es un lenitivo? Y la convicción

gloriosa de que no es á Jaime, al vil sin conciencia, á quien ama usted, que es á Tano, el espíritu puro, ¿no es un lenitivo? Es necesario ser digna de todo eso. He aquí, como final, lo que más prácticamente ha de transformarla: fijese usted en este microscópico mundo femenino en que vivimos. Somos treinta y tantas mujeres. No se crea usted de una naturaleza superior á las demás, sería un gran pecado. Fíjese usted; cada una de esas mujeres tiene sus costumbres, su educación, su idiosincrasia, en resumen; cada una además lleva su cruz; cada una es un sepulcro con su cadáver dentro. Sin embargo, ¿usted cree que todas están aquí de buen grado, por amor á la vida monacal solamente?

—¿Pero y la vocación?

—¿Pero usted cree que han venido por vocación? Es innato en la naturaleza aspirar á la vida, y la libertad es un don de los más inapreciables del vivir. Créalo usted, hija de mi alma, nadie huye gozoso del sol, de la libertad, de la vida, sin que esto quite para que haya corazones piadosos y de verdad creyentes. No pudiendo pasear por el

mundo el cadáver que cada una lleva en su pecho, se enterraron vivas con él. Hay que dejar las excepciones, hay que dejar los cálculos egoístas. Llamemos á las excepciones vocación. Los egoístas son esos, hombres ó mujeres, que se dedican á Dios, refugiándose en estas casas como un medio de vida material. Esos son los felices.

—De modo, que todas esas sufren como nosotras—exclamó sor Adoración pensativamente.

—¡Quién sabe! ¡Tal vez más! Sin embargo, obsérvelas: tendrán sus cuidados, sus luchas, pero se recrean en sus horas de asueto; se unen, van, vienen, hablan, rien, con más ó menos circunspección si son de cierta edad, más ó menos animadas si son jóvenes; cumplen sus deberes religiosos como la regla manda; hacen vida en fin, la vida que aquí es posible, pero la hacen, sin caer jamás en esos hondos ajetreos que la desvían á usted del verdadero camino. No le pediré yo que las imite, pero debe usted parecerse más á ellas que á usted misma, porque ellas son *todas* y usted es una. Con ese

ejemplo material, ¿no se convencerá usted tampoco de que sus rigores son exageradísimo? Deténgome, porque tocan á maitines y he de marcharme. ¿Pensará usted en cuanto le acabo de decir y en lo que se deduce de ello?

—Sí, sí.

—Si lo hace usted, llevará su cruz más ligeramente. Una pregunta aún: ¿Usted puede aspirar al mundo?

—¡Yo!—exclamó la pobre enferma con amargura.

—Entonces una gran resignación y una gran serenidad tienen que ser su consuelo, para esperar otra vida más pura, con esa placidez melancólica de los corazones valerosos que aman y sufren. La madre Purificación la ama á usted mucho. Animo. Se avisará al doctor; tiene usted que tomar sus medicamentos, tiene usted que sostener su vida material; es obligación de usted saber vivir si desea saber morir. ¿Me lo promete usted?

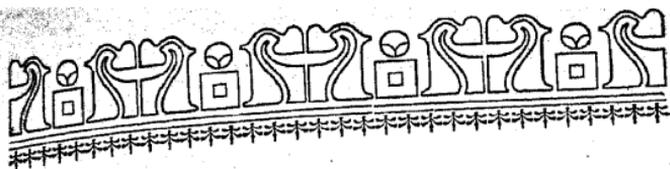
—¡Con toda mi alma, sor Lucía!

Sor Lucía la besó en la frente suspirando

y salió de la celda. Escuchábanse ya algunas toses, ruidillos de cuentas y medallas y pisaditas suaves. Iban entrando las religiosas en el coro y prontamente llenaron la iglesia los acordes bellos de los salmos y las luces primeras del amanecer.

Al concluir el oficio retiráronse las monjas. La madre Purificación y sor Lucía hablaron un rato allí, en el mismo coro. Al entrar luego la madre Purificación en su celda, una blanca sombra cayó de rodillas á sus pies y besó sus manos con transporte filial... Una blanca sombra, que, besando sus manos, temblaba y lloraba... La madre Purificación, dijo ahogadamente, desecha también en llanto:

—¡No tiembles, no llores! ¡Ama tú, pobre niña mía, si no puedes olvidar! ¡Ama con todo tu corazón y sin miedo de que Dios te castigue! Dios infinito y misericordioso será indulgente. ¡Qué más penitencia, qué mayor castigo para tu pobre amor, que la certidumbre del espantoso, del fatal imposible!



XXIX

Iban las monjas en su machito, sin importarles la revolución, en lo que individualmente les concerniera, aunque sintiendo, es de suponer, como buenas cristianas, las tribulaciones que la nación padecía; de la madre superiora, he de asegurar, desde luego, que padeció mucho, pero no por la nación, que ya se arreglaría sola, sino por la más excelsa y más santa de las reinas, cuyo recuerdo quedaría por siempre en todos los españoles para ejemplaridad y enseñanza, aunque nunca alcanzásemos á imitar tan excelsas probadas cualidades.

Seguían las monjas sus rezos y contemplaciones en la dulce paz del retiro, aquella paz que tanto contrastaba con los ruidosos

ajetreos de la calle. En los días siguientes á la entrevista misteriosa de sor Lucía y sor Adoración, ésta cuitada, sin que sintiese disminuir al pronto su cuita, entró en una quietud, vaga al principio, pero que, acentuándose poco á poco, fué más tarde muy llevadera, sostenida constantemente por el amor de la superiora y la benigna influencia moral de sor Lucía.

Pasó en esta nueva etapa, corta desgraciadamente, días tranquilos, que reaccionaron de un modo favorable, su salud quebrantada; observó con mucha exactitud las prescripciones médicas; aflojó en sus grandes maceraciones corporales; hizo, en fin, lo que le fué posible, bajo la vigilancia dulce de sor Lucía, para conservar su existencia, hasta que Dios, único dueño, dispusiese lo mejor. Si el recuerdo de *Tano* persistía, como si persistía al igual el de Jaime, juntaba piadosamente los dos nombres en sus rezos, encomendándolos á Dios y encomendándose ella misma para no poner insidencias profanas en sus fervores por el uno, ni odios ni rencores en otro.

Estaba segura: había visto á Jaime en el templo; no fué alucinación, como no lo había sido el ver á *Tano*; dijose lo á sor Lucía; no le era posible explicar su inquietud con respecto á la aparición de Jaime, pero estaba inquieta realmente. Infundíala valor sor Lucía. «El convento era una gran salvaguardia para el caso de que aquel hombre sintiese una mala idea, lo que, por otra parte, era ya inverosímil.»

Este reposo pareció fortificar á sor Adoración un tanto; la enfermedad—ya se dijo—no había hecho huellas visibles; su adorable rostro había adquirido una blancura diáfana, sorprendente. Como la reacción había sido moral, influyó de un modo extraordinario en todo su ser, suavizando sus facciones, serenándolas. Al ir desapareciendo aquella contracción de inquietudes constantes, de terrores, mejor dicho, se idealizó su belleza, se hizo hermosa, tan apaciblemente hermosa, que se hubiese conmovido á su vista el corazón más protervo. Las medicinas hicieron también su parte y el paso del mal parecía entonces contenido, aunque el médico movía

la cabeza pensativamente, como si dudara de que se alcanzase contenerlo del todo.

Pero la vida del convento empezó á hacerse inquieta y anormal; fué algo al principio, sin explicación, algo que enrarecía la atmósfera, haciéndolas andar y vivir desconcertadamente, como rebaño asustadizo. La madre Purificación lloraba sin consuelo, como si un mal grande la afligiese, aparte de aquel otro dolor por la pobrecita reina. El rostro de sor Lucía, reservado como nunca, anunciaba preocupaciones muy hondas. Como, á pesar de su constante reserva—de la que ya se tenía costumbre—alguna madre le hablara de las sombras mortales que habían caído sobre el convento, dijo gravemente:

—Hermanas, se acercan días muy penosos.

Sor Adoración, sorprendió alguna vez la mirada de sor Lucía, puesta en ella, de un modo extraño, incesante, pero lleno de interés afectuoso; al encontrarse las miradas, desviaba sor Lucía la suya prontamente, para que no se adivinase quizás su pensa-

miento... Un amargo y misterioso pensamiento.

Un día... la madre Purificación llamó á capítulo. Algo de lo que se había empezado á traslucir, más como presentimiento que como una visión de realidad, se supo entonces, cayendo las palabras de la afligida madre sobre las cabezas de aquellas mujeres con el espantoso resonante estridor de las trompetas del último juicio.

Las palabras fueron así, poco más ó menos:

—Hijas amadas en Dios; el andar de los tiempos nos ha traído, á nosotras, pobres, indefensas mujeres, á presenciar y sufrir la más estúpida obra, que nunca cerebros humanos hayan podido concebir. La maldad de unos hombres, hijos de Luzbel, de unos hombres que hoy son los más fuertes y que todo lo han revuelto y desquiciado por permisión de Dios, para probar, sin duda, con la adversidad, la fe de nuestros corazones, comete el atropello inaudito de arrojarnos de nuestras santas casas para luego derruirlas, como si el Señor las hubiese con-

denado al hierro y al fuego semejante á las casas maldecidas de Israel.

Los rezos, los plañidos de todo el santo cónclave monjil fueron respuesta conmovedora á las palabras de sor Purificación.

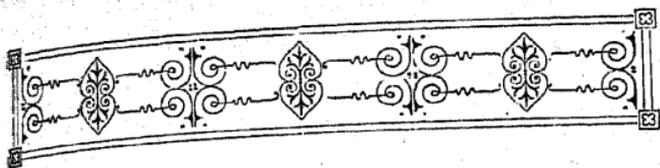
—¿Qué será de nosotras?—continuó la buena madre patéticamente.—Dios, de quien no debemos desconfiar en modo alguno, velará por sus pobres hijas abandonadas. Escriban á sus familias, á sus amigas, quien no la tenga, donde juzguen que pueden acogerse; pues habiéndose decretado por los monstruos la exclaustación de los conventos españoles, ha de cumplirse por fuerza la ley tiránica. No se aparten vuestros espíritus, aunque no sigáis viviendo en comunidad, del amor puro de Dios. Arrostrad resignadamente la dolorosa prueba. Haced oración por los mismos que nos hieren, para que hallen acogida santa, como para nosotras la quisiéramos, en el seno precioso de Jesús. He dicho, hijas mías.

—¡Amén!

Y aquel amén fué acompañado de otro huracán de lamentos, plegarias y gritos. El

abismo se desataba furioso. Los filisteos caían como asolador torrente de llamas sobre los pueblos amados de Dios. ¡Oh Judit! ¡Oh Ester! ¡Oh santas, formidables matronas bíblicas, estremeceos de horror, estremeceos y salid de vuestras viejas tumbas, perdidas en el polvo muerto de los siglos!





XXX

—Don José, que sabe sin duda lo que ocurre, estará ya en camino para venir á recogerte. Sin embargo, escríbele; es una precaución que no ha de holgar.

Así habló la superiora á sor Adoración. Esta, azoradísima, no supo qué decir. No volvía de su asombro. ¿Qué iba á hacer ella en la calle? Esta misma pregunta hacíanse todas. La madre Purificación no quedaba en desamparo; sin parientes en el mundo, como otras muchas—las ancianas sobre todo—tenía, no obstante, un hogar que la acogiera. Pero juró, como capitán valeroso de un navío que se hunde, quedar allí la última, hasta ver á las demás en salvo.

Había algunas que no tenían una mísera cuarta de tierra donde poner, aunque fuesen de pie, sus pobres huesos, y precisamente, para mayor tribulación, eran las más decrepitas y achacosas. Tendrían, indudablemente, que ir á un asilo, lo que consternaba á la buena madre. Ya lo dije, tenía un hogar que la acogiera; iba á casa de una gran señora, amiga de la niñez, pero sabíalo perfectamente; ningún vejestorio de aquellos sería visto con agrado en la espléndida mansión; una madre superiora era distinto; hablaríase de ello; daría á la casa honor y realce. Estas ideas partían secretamente el alma de la pobre mujer.

Sor Lucía, más feliz, hospedaríase con unos parientes. Sin contar con ellos, sin vanos discursos, pronto, con su inmutabilidad de esfinge, lo manifestó á las demás:

—Yo me llevo á éstas.

Aquéllas eran tres, las más ancianas, las más achacosas é impertinentes.

—Es usted admirable—díjola sor Adoración. La superiora lloraba en silencio.

—Admirable, no; es egoísmo. ¿En qué

emplearé los días? Me consagraré á ellas.
—Pero ¿podrá usted?—expuso otra monja, estupefacta.

Y los labios bellísimos de aquel rostro de piedra, moviéronse para decir con frialdad aparente:

—Sin duda; si no tengo pan un día, lo pediré por amor de Dios para ellas. No será difícil; las pobres necesitan poco. Además, los mismos que nos arrojan á la calle ¿habrán de abandonarnos?

Y cambiando de asunto sencillamente, habló á parte á sor Adoración, exhortándola con cierta severidad, pero con amor indecible, á que pensase y obrase en adelante como si no hubiese salido del claustro. «En verdad, pobre niña mía, tengo la intuición de que el cielo, al permitir este caso de la exclaustación, va á aumentar las pruebas de usted; pero no me olvide; escribame; mi modesto auxilio no le ha de faltar; combata usted todos los malos trances serenamente; en el mundo, como en la celda solitaria, sus actos han de ser los mismos para con Dios, que en todas partes la observa; pero sin exage-

rar, sin ofuscaciones que la impidan ver el perfecto camino.»

Exhortaciones como esas escuchaba sor Adoración constantemente de la divina mujer. ¡Oh, podía descuidar! No sembraba en terreno estéril.

Iba acercándose con desoladora rapidez el término del plazo concedido para abandonar el convento, y sólo habían marchado unas quince religiosas; las demás esperaban noticias de sus parientes ó protectores. Tal vez, por seguir una buena costumbre española, dejaban transcurrir el tiempo, pareciéndoles imposible que aquel rigorismo para la expulsión fuese tan duro; había quien juraba que tales cosas, sin razón de ser, no podrían subsistir, reduciéndose todo al rugido de la fiera, que, seguramente, no iría acompañado de la dentellada. «No sería necesario molestarse en sacar á las monjas de los conventos. ¿Para qué, si todo iba á concluir en resumen, lo mejor posible?»

Pero una tarde, pensando sor Adoración que don José no había escrito aún; pensando también en la gracia singular que Dios

habíale hecho, al depararle á sor Lucía; orando y meditando, consolada en su honorífico sufrir por Tano, agradecida á Dios por no haber caído bajo la férula de Jaime, sintióse súbitamente estremecida por un ruido tremebundo que llegaba del exterior, entrando sus ecos como al asalto por los resquicios del torno, de las cerradas puertas, de las altas ventanas, de los balconcillos de la torre, colándose también por los huecos de las celosías y filtrándose, en fin, como hilillos de luz, por donde primero hallaban coyunturas, suaves y blandos en un principio, resonantes y aterradores luego.

Creyó la monja sentirse acometida de una nueva especie de alucinación, que trastornaba su cerebro. Fué á buscar á sor Lucía, que la acogió melancólicamente; dirigiéronse juntas al ancho corredor que recordaréis, allí, donde sor Adoración sintióse auxiliada y confortada por la compañera generosa.

Sor Adoración hallábase en gran inquietud; iba con la otra monja, presintiendo algo gravísimo; no era alucinación; estando allí con sor Lucía, oyó acentos destemplados, impro-

pios del recogido lugar, gritos, interjecciones extrañas, crugir de botas, chocar de aceros. Aumentando el tropel y algarabía, abrieronse ruidosamente las puertas de la casa de Dios. Pareció aquello entonces como una oleada invasora del mundo, haciendo con su imponente bramido que retemblasen bóvedas y columnas. Hizo la monja un esfuerzo, procurando salir de la cruel pesadilla. Estrechóse, aterrada, á su compañera; grandes latidos del corazón le anunciaron recias catástrofes. Lo vió por sus propios ojos; era el pueblo que tomaba posesión solemnemente de la casa de Dios, habitándola aún las monjas. Pero era justicia; el plazo habíase cumplido. Vió sor Adoración la realidad incontrovertible; larguísimos chafarotes que arrastraban por tierra, colgados de marciales cinturas; mortíferos fusiles preparados á todo evento contra enemigos que la pobre monja no podía explicarse cuáles eran, y grandes chambergos grises que cubrían las cholas de los gloriosos milicianos; pudo ver igualmente, con ojos despavoridos, el brillante armamento de bayonetas oxidadas,

sables rotos, pistolas maltrechas, carabinas sin llaves y trancos respetabilísimos; y en la parte del uniforme, el vistoso desconcierto de flamantes levitas, calzones burdos, blusas harapientas, relucientes botas de charol y alpargatas sucias. Tapáronse las dos monjas los oídos al sentir de pronto un redoble de tambores, que hizo echar á correr á toda la comunidad, dando gritos como si la casa de Dios se hundiese; y como rayos espantosos escapáronse á la vez de las cornetas, unos chorros de música delirante.

—¡Oh, hermana! Pero ¿qué es esto?—exclamó sor Adoración, estrechándose más á ella.

—Esto es—repuso la otra medita-bunda—que no hay más conventos, que no hay más monjas; que la revolución nos echa ya á la calle.

Los miembros de la milicia habíanse puesto en formación en el primer patio, delante de la fuente, donde los pececitos hacían zapa-tetas, admirándose de cosas tan imprevistas. Todos aquellos patriotas con su capitán, componían la Comisión que la *Junta revolu-*

cionaria había nombrado para poner en conocimiento de las monjas que podían irse con la santidad á otra parte.

Asomaban algunas tímidamente por las galerías altas y los barandales de la escalera, curiosas por ver á los demonios, á pesar del horrible pecado que cometían, pero sin ser bastantes á resistir aquella tentación nueva y no esperada. Haciendo una heroicidad, en el mismo arranque de la escalera, lindante con el patio y visible desde las galerías, recibió la madre superiora, campanilla en mano—sin que se supiera entonces el por qué de la campana—, á los que tanto mal hicieron á la más pura é inocente de las reinas; temblorosa, entrecortado el acento, aprestábase al habla con el capitán, mozo de buen porte, gran mostacho y barba pulcra; pero alzando los ojos rápidamente, por el secreto instinto del mal que las otras estaban cometiendo, agitó la campanilla con fuerza para que se alejasen de aquel sitio de perdición; y tan imprevistamente y con tal ímpetu la levantó al agitarla, que hizo retroceder al jefe de milicianos creyendo

que la superiora le daba con ella en las narices.

Huyeron todas otra vez. Cuando callaron tambores y cornetas; cuando dejaron de resonar sables, pisadas y murmullos á una orden del sargento; cuando enérgica y un tanto descarada la voz del capitán vibró para hablar á la madre superiora, sor Adoración, lívida, convulsa, oprimiendo crispadamente un brazo de sor Lucía, dijo así, queriendo ocultarse tras ella:

—¡Ese... Ese que habla!

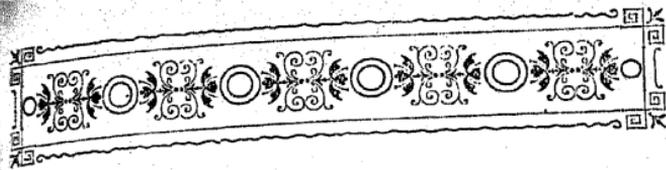
—¿Quién? ¿Qué dice usted?—preguntó la monja rápidamente.

—¡Es Jaime!

Sor Lucía fijó en el capitán una mirada suprema...

—¡Oh — pensó después, suspirando —, temo mucho que la historia de esta infeliz no haya concluído aún.





XXXI

Lo que exponía á la superiora el jefe miliciano era la orden de que las monjas abandonasen aquel lugar inmediatamente. La casa de Dios habíase convertido en un cuartel. En el templo, lo mismo que en el claustro, salían y entraban libremente cuantos quisieran. Las monjas iban como locas por todas partes, como si el mismo demonio las persiguiese, aunque es la verdad que los pobres milicianos lo más que se permitían era algún discreto piropo á la que hallaban más de su gusto. En el tropel y confusión no había ya reglas ni observancias posibles. Las pobres mujeres, alzados los velos, discurrían ya entre la multitud de milicianos y curiosos, sin saber á qué santo encomendarse. ¿Qué

hombres, qué espíritus malvados eran aquellos?

Pero el asunto estaba clarísimo: había que abandonar el convento inmediatamente. Y el capitán era, por lo visto, bien riguroso en la ordenanza. Hallábase dispuesto á cumplir su deber; permanecería acuartelado allí hasta que las monjas despejasen.

—A ver—dijo de pronto—; se necesita una relación de nombres de las que quedan todavía en el convento.

—¿Y para qué?—se atrevió á preguntar la madre Purificación tímidamente.

—¡Se necesita!—repitió el capitán en tono brioso.

Fué hecha la relación al punto. El capitán la leyó atento.

—Aquí falta un nombre—dijo bruscamente.

—¿Por qué lo sabe usted?—preguntó sor Lucía de un modo glacial, apareciendo y encarándose con él.

Esta pregunta dejó al capitán algo confuso, pero repúsose pronto y á la pregunta de la monja contestó solamente:

—¿Falta ó no?

—Se marchó hace días.

—¿Con quién?

—Con su padre.

—No es cierto; lo digo rotundamente, porque estoy seguro. Alguien viene conmigo que trae autorización de don José de Quintañones para entregarse de su hija y guardarla mientras él viene.

Miráronse la superiora y sor Lucía. ¿Qué era aquello?

«¿Por qué no había ido don José?», fué la pregunta que hicieron á la vez las dos mujeres.

—Porque le es imposible separarse de su esposa moribunda; ha escrito á una dama respetabilísima, rogándole se encargue de Estrella hasta que Dios disponga de la vida de su mujer ó la salve.

Conocían al hombre que hablaba, aunque él estuviese lejos de pensar en lo bien conocido que les era.

—¿Y la dama á que usted alude?—preguntó sor Lucía heladamente.

—Es de Anclada también; sabiendo la mi-

sión que yo tenía que cumplir aquí, púsose á mi guarda. ¡A ver, cabo Pandorgo!

Se aproximó un hombre prontamente. Lector amable, mira bien á Pandorgo; es un sér de esos que el mar encrespado de las revoluciones empuja á las superficies desde no se sabe qué espantosas honduras, donde *posaban* entre los légamos muertos; un sér de esos cuyo destino es surgir, pasar y perderse otra vez en las quietas tenebrosas profundidades.

No bien hubo llegado á Málaga el capitán de milicia, se encontraron, se unieron y completáronse. Nunca Dios pudo fundir dos seres de tan distinta apariencia material ni tan iguales en podredumbres ocultas. Contrastaba, con las gallardías y continente bello del capitán miliciano, aquel Pandorgo conocidísimo ya en Málaga, aunque surgió no hacía mucho sin que se supiera cuándo ni de dónde, á semejanza de un tumor maligno, fatal necesariamente, como un rápido golpe de escalpelo no le extirpe. Este sér extraño, que se desliza rápida, trágicamente, en la fiel historia como una fugaz tremenda apari-

ción apocalíptica, ¿fué acaso agente misterioso de un grande y más misterioso impulsor para marcar la carrera de dos seres en los desiertos del vivir?

Era Pandorgo un hombre de edad indefinible, de cara anchota y amarillenta, con patillas de las que llamaban todavía de boca de hacha; sus ojos grises, de mirar ambiguo, adquirían á menudo una fijeza de muerte, una vidriosidad que inspiraba horror, más horror que el chispear calenturiento de los ojos de una leona; ante aquella mirada de muerto, el hombre más valeroso hubiese preferido el relámpago de furor de la bestia. Así era Pandorgo, el hombrón destartalado y panzudo, jocosos siempre, de una jocosidad lúgubre que ponía en su gran boca de huesos amarillentos una risa infame. Vedle bien y completad su figura, con el gorro mugriento de piel de cabra, por donde surgían mechones de pelo que no era rubio, blanco, negro ni gris; el pañolillo liado á la garganta, como nuncio de próximo dogal que hubiera de prenderle; la chaqueta de pana descolorida, el ancho cinturón de cuero y pen-

diente de él, en mezclanza tremebunda, cuchillo, sable, pistola, revólver, bayoneta, siendo imposible concebir cómo el cinturón y los lomos alcanzaban á sostener tan gran balumba de ferretería, sin contar el fusil, que empuñaban las gordas peludas manos del sujeto... del honorable sujeto, junto al cual sentíase un indefinible tufillo á bandolero, verdugo y enterrador. Este era el hombre de confianza, el brazo derecho, el uña y carne del capitán Gallardo; este era el hombre que se acercó al capitán prontamente y se cuadró y presentó el arma, con suficiencia ridícula, diciendo en voz aguardentosa:

—Presente, mi capitán.

A este cabo Pandorgo le habló el capitán tranquilamente:

—Dígale usted á esa dama del carruaje que puede venir; la madre superiora la aguarda.

Poco después veíase ante sor Purificación á la mujer de referencia. Los suspicaces ojos de las dos monjas no encontraron nada que tachar en aquella mujer, que parecía real-

mente una señora. Saludando muy afable, con gran dignidad, dijo quién era y contó lo ocurrido; se llamaba doña Matilde Luceño; era de Anclada, pero residía en Málaga; su marido hallábase en Barcelona temporalmente para negocios. Estando con su marido en Madrid, había visto á don José últimamente; entonces supo que la señora de Quintañones estaba muy mala. Le había dicho don José que fuese á saludar á la madre superiora en su nombre y á ver á Estrella; bien lo deseó, pero los tiempos calamitosos habíanselo impedido. El día antes fué sorprendida con una carta de don José; su señora, moribunda; inmensa tribulación del desgraciado caballero; súplica de que se encargase de Estrella. Y concluyó doña Matilde, sencillamente:

—He aquí otra carta del señor de Quintañones para usted, reverenda madre. Acompañaba á la que vino para mí.

La carta de don José no podía ser más auténtica. La madre Purificación hallóse en una angustiosa perplejidad. Sor Lucía, encogiéndose levemente de hombros, habló así:

—Lo más seguro, madre, es que esta señora se aviste con sor Adoración. Deben conocerse.

Y las pupilas de la monja, veladas por los párpados casi unidos, claváronse desconfiadamente en doña Matilde Luceño.

Ella habló con mucha vivacidad de la satisfacción que iba á tener viendo á la adorable criatura. Fueron á la celda de la superiora; allí estaba sor Adoración, pálida, aterrada. La escena que tuvo lugar inmediatamente sorprendió á sor Lucía; no esperaba aquello. Doña Matilde corrió hasta la hija de don José; de sus ojos brotaron lágrimas amorosas. Sor Adoración le hizo acogida de persona muy estimada. Hubo explicaciones, procurando ocultar la de Luceño á la monja la situación de su madre. Bajo su aparente frialdad, mil ideas insólitas luchaban en sor Lucía. ¿Qué connivencia era aquella del capitán Gallardo y la dama de Anclada? ¿Qué había de verdad allí? ¿Qué había de falso? No habiendo razón alguna que oponer, guardóse de alarmar á la madre superiora con sus pensamientos. ¿Qué haría? Y enco-

mendábase á la Virgen con fe muy grande. Disponíase á partir sor Adoración. La superiora lloraba acerbamente. Jaime parecía ajeno á todo allá, entre su tropa, dando disposiciones.

Marchaban ya. La despedida fué emocionante. Sor Purificación sufría desgarradoramente; puedo jurarlo: no se acordaba entonces de Isabel II.

Sor Lucía fué detrás... detrás, clavándose las uñas en las palmas de las manos para contenerse, para no rebelarse, para no hacer que sor Adoración retrocediera.

Llegaron así al vestíbulo. Era el último instante. Partían..., pero en aquel minuto solemne, una dulce aparición de hábitos sacerdotales, de rostro hermoso y humilde, una mágica figura, evocada quizás fervorosamente por sor Lucía desde el fondo de su pecho, interpúsose ante sor Adoración y doña Matilde. Al verla sor Adoración, á través de su velo, caído entonces, sintióse desfallecer, partiendo de su corazón un gemido que inútilmente procuró ahogar. Sostúvola sor Lucía para que no cayese, retirándola de

allí con auxilio de otras monjas que habíanse aproximado.

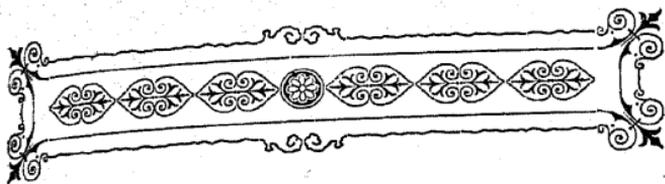
Y el ilustre Pandorgo, que vió también la grave aparición, dijo al capitán en voz baja:

—Ahí está ese.

Una blasfemia fué la contestación de Jaime; una blasfemia, y estas palabras dichas con espantoso rencor:

—¡Maldito sea! ¡Me lo estaba temiendo!





XXXII

Fué rápida la escena siguiente; rápida y cruelísima. Sor Purificación llegó hasta el grupo.

El Padre Gardoquis, pálido, con una palidez que hacía resaltar doblemente los rasgos puros de aquel rostro, como de cera entonces, extendió una mano, diciendo con gran reposo:

—Madre superiora, lo he sabido... Sor Adoración se marcha del convento. Delante de usted, delante de cuantos quieran oirme, es mi deber decir algunas palabras. Si sor Adoración no las oye, mucho mejor. Serán breves. Sé de este asunto, reverenda madre, lo mismo que sabe usted, ni más ni menos; ese hombre, que se acerca á nosotros con lentitud, díjomelo ayer, y no he venido

antes por los trabajos inútiles que estuve haciendo para recabar alguna prueba que me asegurase de la verdad de su dicho. Lo de esta señora de Luceño, á quien yo también acato; lo de la carta á usted escrita por don José; lo de la enfermedad tan grave de la señora de Quintañones; lo de la súplica á la señora doña Matilde de que se haga cargo de sor Adoración, todo es lógico, todo es natural, pero es gravísimo. Perdóneme usted, reverenda madre; yo también conozco al señor de Quintañones; también la familia de sor Adoración y la mía se amaron mucho; yo, igualmente, he de cumplir un deber por imponérmelo así mi carácter sacerdotal y mi aprecio profundo á sor Adoración; por eso le imploro no permita usted que salga, y, si sale, le imploro y le aconsejo no se separe usted de ella. No se haga usted responsable, por caridad, de las desdichas que puedan ocurrir.

Sor Lucía agregó rápidamente:

—Es gravísimo, en realidad, lo que el Padre Gardoquis asegura, madre Purificación, y muy justo lo que aconseja.

La madre superiora, atribuladísima, no acertaba á resolver el conflicto. Sor Adoración, siendo ineficaces los auxilios de las otras hermanas, permanecía inmóvil, sin respiración, como muerta. La desgraciada había visto á Jaime con profundo terror, que no había dominado aún, cuando pasó junto á él casi, para ir al vestíbulo; pero la vista súbita de Tano en tales circunstancias, con Jaime detrás, cuya mirada, como el lanzón de San Miguel, sentía penetrarle por la espalda, y Tano delante, junto á ella, envolviéndola en la llama de luz de sus ojos misericordiosos, habíala vencido.

La señora de Luceño, descoloridos los labios, turbadísima, quiso hablar, pero Jaime la detuvo, diciendo al cura ásperamente:

—Vamos, ¿qué quieres tú?

—Bien lo sabes; salvar á una desgraciada... Salvarte á ti también. Evitar á una mujer bondadosa un gran remordimiento.

Inspiraba ternura y conmiseración la gran tristeza, el profundo amor que había en aquella alma para el mismo Jaime, autor de los horrores de su vivir. Pero Jaime anduvo hasta

él, tendidos los brazos, crispados los puños como para agredirle. Su rostro poníase lívido; sus ojos inyectáronse en sangre. Las mujeres retrocedieron aterradas.

Tano, inmóvil, sereno, con una triste sonrisa, esperaba. Pero Jaime, contenido tal vez ante aquella imponente serenidad y quietud, no le agredió, diciendo ronco de cólera, chispeándole las pupilas de rabia:

—Oye, estoy harto; ya te lo dije ayer cuando te pegaste á mí para observar todos mis movimientos. Déjame. No quieras con sutiles razones de amistad y recuerdos estúpidos de la niñez, fastidiarme ahora. Entrometerte en mis negocios te ha de costar caro. Te lo dije en mil ocasiones. Sigue tus caminos, á mí no me da la gana de seguir los tuyos. Yo voy por otro lado. ¿Qué hay? ¿Qué harás tú para detenerme?

Y oyeron todos y oyó Jaime la voz inefable de perdones y ternuras:

—Yo cumplo un deber contigo y conmigo, yo nunca perderé la esperanza de traerte á mis sendas, Jaime... á mis sendas no, á las de la honradez y la virtud. Yo sé que inten-

tas un mal, yo me opondré con todas mis fuerzas para evitarlo. Lo que crees en mí persecución insensata, no es más que el mismo horror al pecado que intentas. Jaime, ten piedad de ti mismo... ¡Tenla de todos! Yo te lo aseguro: no es mi terror porque te tema, sino por lo que temo de ti para los demás. ¡No te exasperes! ¡No te encolerices! Oye la voz de la razón por boca de un mísero sacerdote, que sólo desea tu bien. ¿Qué importo yo? Toma mi sangre, toma mi vida entera, acompañada de todos los martirios, á cambio de una buena acción tuya. Sea esa acción dejar tranquila á una infeliz religiosa que no quiere más que servir á Dios y rezar por nosotros.

Lágrimas de emoción corrieron por las mejillas del sacerdote al hablar así; su afecto, su piedad por su propio enemigo, daban idea á la madre Purificación y sor Lucía de la inmensidad de aquel alma; pero todo esto arreció doblemente los furores de Jaime.

—Yo solo mando aquí—gritó, rugiente de ira—. La monja se irá con esta mujer, porque así lo dispuso quien puede, ya te lo dije

cuando sermoneabas sobre lo mismo, y porque yo quiero que sea. A ver, venga aquí la monja. Usted, señora, entréguese de ella y andando.

—¡Jaime!—gritó á su vez el sacerdote desesperadamente—; te lo pido por el amor de Dios. ¡Mira lo que haces!

Sor Purificación, avanzando entonces, exclamó con una energía poco común en ella:

—Sor Adoración no sale de aquí; yo asumo toda responsabilidad que esto pueda traer.

—¡Saldrá de aquí ahora mismo, como saldrá usted, como saldrán todas!—gritó Jaime, pateando el suelo de rabia.

—Saldré con ella.

Una siniestra risa fué la contestación que estas palabras obtuvieron. Quiso Jaime avanzar hacia donde sor Adoración estaba; pero Tano interpúsose otra vez.

—¡Jaime, oye mi súplica!—exclamó lastimeramente—. ¡De rodillas te lo imploro! ¡Oye la voz de Dios!...

—¡Miserable, cobarde!—aulló el capitán, cogiéndole de los hombros, de rodillas se-

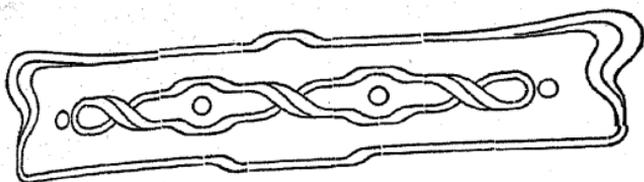
gún estaba y sacudiéndole ferozmente—. ¡Mujerzuela vil, que me insultas, creyéndote impune bajo tus hábitos! Apártate ó juro á Dios que acabas para siempre. Tú—añadió á la Luceño, ronco de furia—, ¡al coche; yo te la llevaré!

Echándole á un lado despreciativamente, se lanzó al grupo que formaban las monjas auxiliando á sor Adoración. Tano, entonces, alzándose rápidamente, corrió tras él. Iba gritando mientras corría. «¡Lo que el ministro del Señor no consigue de ti, lo conseguirá el hombre!» Corría ciego, iracundo, por primera vez en su vida. Llegaba... le alcanzaba ya. Pero, súbitamente, no supo qué espantosa visión salió á su encuentro.

—¡Atrás, cura!—dijo una voz risueña con tonos de mofa—. Vió al mismo tiempo moverse un fusil en manos de la espantosa visión, y la caja del fusil cayó violentamente sobre su pecho. El golpe fué horrible; sonó allí como la primer paletada de tierra en un ataúd. No pudo Tano respirar; llevó sus manos al pecho; los pulmones parecían romperse. Ahogábase. Perdida el habla, perdido

el aliento, cayó al fin; cayó encorvado, cayó de bruces, dando la frente en tierra con sordo espeluznante golpe. Y pudo ver al unirse sus párpados, en la última vaga percepción de vida, un gorro mugriento de piel de cabra, unos ojos sin luz, de vidriosas pupilas y una boca descomunal, de risa siniestra que dejaba entrever dos enormes muros de dientes amarillos.





XXXIII

Sor Adoración hallóse un bello día en cierto gabinete primorosísimo de la casa de los Luceños. La señora la instaló en sus mismas habitaciones, y la trató como una hermana, lamentando la ausencia de su marido. Mucha era la inexperiencia de sor Adoración, grande su desconocimiento de mundo, pero comprendía instintivamente, que un misterioso dolor laceraba el pecho de aquella mujer, á quien algún tiempo antes había visto en Anclada soltera, feliz, amadísima de los suyos. Lo recordó pensativamente: cuando salió del pueblo para entrar de novicia, el último abrazo, la última palabra amistosa fué de aquella amiga noble, que fué más tarde señora de Luceño.

Deslizáronse los días con mucha quietud, en el fondo de aquella gran casa de la calle de la Trinidad, sin que nadie hubiese dado cuenta á sor Adoración de lo ocurrido en el convento, ni de cómo sacáronla de allí. Sólo doña Matilde le habló vagamente alguna vez, de que la pusieron en el coche desmayada, que las otras monjas habíanse ido también y que iban á proceder al derribo del convento y de la iglesia.

Las habitaciones eran interiores y daban á un pequeño jardín, bastante retirado de la parte de edificio que daba á la calle. Por esta razón, el silencio era profundo, aunque la calle fuese muy concurrida. En aquella tranquilidad persistente, entregada á sus oraciones y sus memorias, fué reaccionando otra vez el combatido espíritu. La Luceño, la molestaba con su presencia lo menos posible; llegó á pensar la monja que esta mujer sentíase junto á ella, como azorada y cohibida. Era hermosa la dama, de muy finos modales y buen trato, aunque no pareciese estar á gusto nunca. Dejábala en libertad, digo, pero no la echaba sor Adoración de

menos. Tenía suficiente para no considerarse sola, con sus ideas. Pensaba constantemente en la madre Purificación y no menos, y con gran inquietud, en su madre amadísima, cuya enfermedad había sabido.

Escribió á don José, inquiriéndole por la salud de la señora Quintañones y contando cuanto ocurrió en el convento. ¿Cómo había salido de allí? Hizo la historia, como doña Matilde habíasela hecho á ella. Habló de Tano, habló de Jaime. Pasó por este asunto rápidamente; sentíase sobrecogida de terror, al pensamiento de Jaime. Desde que la figura gloriosa de Tano había surgido en su cerebro, como una constelación de soles que saliera por Oriente de lo profundo del mar, una invencible repugnancia, un amargo menosprecio y un profundo terror, iban unidos á sus ideas tratándose de aquel hombre.

También pensaba insistentemente en las exhortaciones de sor Lucía, que estaba dispuesta á seguir. Admirábale la influencia que aquella extraña mujer había ejercido en su corazón con su palabra mesurada y su gran intuición de la vida, dándole gracias á Dios,

una y otra vez, por haberle deparado en sus inmensas luchas del convento un espíritu así, que tan noblemente la supo confortar y orientarla en el difícil camino. A la manera que el ciego sin apoyo, sin guía, encuéntrase perdido en una encrucijada, y una mano caritativa le ase y le conduce al sendero que ha de seguir, y le acompaña una parte de él exhortándole piadoso á la resignación; así habíale ocurrido á la monja, y la monja estaba agradecida á la noble criatura que la hizo entrever la luz y la orientó con ejemplos preciosos para seguir adelante sin equivocarse otra vez la senda. Separáronse; pero sor Adoración quedó bien preparada para cualquier escollo que en el camino pudiese ya encontrar. Lo sabía, lo presentía sor Adoración: la obra de su compañera no fué estéril. Pensaba en Tano, por último; pensaba en él con melancólica quietud, como si perisara en un muerto, en un amado muerto, cuya imagen parecía flotar en torno suyo como un hálito invisible de flor ya desaparecida, y que antes ocultaba sobre su corazón.

De estas meditaciones la sacó un día la de

Luceño, presentándose precipitadamente; había recibido un telegrama, notificándole que su esposo estaba muy grave; era la hora del tren; marchaba con su doncella. Quedaría en casa al cuidado de sor Adoración, la fiel sirvienta que hacía allí el servicio de ama de gobierno.

Sor Adoración no pensó en otra cosa que en las súbitas tribulaciones de doña Matilde; sintió con ella su pesadumbre, y deseó con ansia que el esposo estuviese bien al encontrarle. Despidiéronse. Estaba rogando á Dios fervorosamente por aquel hombre á quien no conocía, y porque Dios sacara con bien de su tribulación á la esposa amante, cuando el ama de gobierno, de quien doña Matilde había hablado, tocó en la puerta.

Estaba encajada, costumbre contraída por sor Adoración en el convento. Empujó la mujer y dijo con discreta sonrisa:

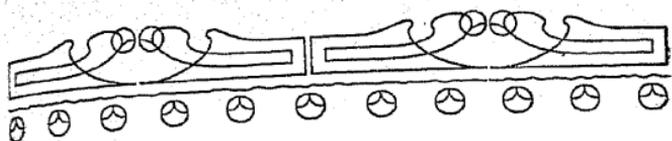
—Hay un caballero que desea hablar con usted, hermana Adoración.

La monja tuvo un gran sobresalto. ¿Con ella? ¿Quién tenía que hablar con ella? Súbitamente se alzó de su asiento.—¡Ah, sí! Dí-

gale usted que entre. Son, sin duda, noticias de mi madre.

Y quien entró al punto, con uniforme de toda gala, muy adobado y muy peripuesto, ué Jaime, el hermoso capitán de milicia.





XXXIV

Retrocedió al verle por un movimiento de espanto que no pudo evitar. Jaime clavaba en ella sus ojos ardientes, devoradores. Los labios de sor Adoración moviéronse temblorosos. Jaime opinó consigo mismo, que el temblor de aquellos labios de impecable dibujo, era de amorosa ansiedad. ¡Cuán lejos estaba su pensamiento vanidoso de que si los labios de la monja movíanse, era para orar y pedir á Dios que la sacara con bien de aquel trance! Su sorpresa fué grandísima, pero fué mayor su espanto que su sorpresa. Sentía amargores en el corazón y en la boca, al recuerdo de aquella ventana en aquella noche de luna. El destino había hecho una víctima de esta mujer, condenán-

dola á sufrir de igual modo por dos hombres, aunque el sentimiento que por ellos la dominase fuera bien distinto. Sentía el mismo amargor al recordar aquella ventana y aquel rayo de luna, pensando en Tano ó pensando en Jaime, con amor al uno, con desprecio al otro, por haber ocurrido allí, en una misma noche, en una misma hora puede decirse, lo que constituyó en adelante el proceso de su existencia moral. Aquellos amargores eran porque allí, en aquella ventana, había despreciado á Tano, sin comprenderle; porque allí, en aquella ventana, había jurado en mil ocasiones amor á Jaime, á quien tampoco había comprendido.

Pero Jaime no sabía el secreto del corazón de la mujer. Jaime no supo nunca la entrevista que Estrella y Tano habían tenido por la ventana aquella noche; no supo tampoco la transformación lógica de los sentimientos de la mujer, por el influjo que el alma poderosa de Tano había ejercido inconscientemente sobre ella; no sospechaba, en fin, las sensaciones nuevas que la monja hubiese podido experimentar bajo la otra la-

fluencia de sor Lucía, aquella mujer de condición extraordinaria, que había sabido defenderla y fortalecerla. Jaime suponíase al lado de sor Adoración, como si no hubiesen transcurrido más de dos años; como si concluyera de alejarse de aquella ventana, quedando allí la diafanal figura, palpitante de amor, llorosa y doliente, acariciada como una bendición por la dulce luna.

Deseó entonces con más ansias cumplir el juramento que hizo en cierta ocasión, de vencerla un día ú otro. Aquel rostro correcto, de una diafanidad extraordinaria; aquella boca de perfecciones, que no se abrió nunca como no fuese para palabras de amor y humildad, aquel conjunto, en fin, maravilloso de belleza y transparencia, incitábale doblemente, encerrado en su cerquillo de blancura nívea; y estremecían su carne temblores febriles al pensar en un triunfo que consideraba inmediato. No había piedad en su corazón vil, no le importaba poco ni mucho lo que después viniese; no consideraba que si en otra ocasión la mujer solo tenía el sentimiento de su honor, como única valla que

oponerle, ahora tenía también sus votos solemnísimos que la hacían más imposible. Sólo abrigaba el pensamiento de conseguir su propósito, con la falsedad y la persuasión primeramente, rastreros caminos tan fáciles y llanos para él, ó por la fuerza brutal en último caso.

Descubriéndose con gran respeto, y puesta una mano sobre el corazón, puso en su cara la expresión que más convenía, con su admisible instinto de histrión y dijo suavemente, lentamente:

—Perdóname, mujer, si vengo á ti en instantes muy penosos de tu existencia; perdóname si vengo, porque sé que necesitas un apoyo fuerte y un corazón amigo en las circunstancias difíciles que se acercan y porque mi corazón, preso de todas las torturas, ansía una explicación contigo; algunas palabras solamente, que me vindiquen ante tu alma incomparable.

Esperó, contemplándola ansioso, sintiendo latir su corazón violentamente. Habíale acometido una gran inquietud en aquel punto, considerando que tal vez la monja se hubie-

se dado cuenta en su desmayo, de los arrebatos de furor que no había podido dominar en el convento y del triste suceso allí ocurrido. Pero respiró larga tranquilamente, al empezar ella su respuesta.

Sor Adoración sintióse conmovida al sonido de aquella voz de dulces modulaciones, que tantas veces la había hecho temblar. Fué su alarma profunda al pensamiento rápido de que quizás aquel hombre podría tener aún algún dominio sobre ella. Tomó asiento con lentitud, esforzándose en no dar á conocer su gran conmoción. Repúsose algo y admirada de su propio arrojó, exclamó reposadamente:

—¿Por qué has venido aquí, Jaime? Estás seguro de que mi condición de religiosa me prohíbe toda relación con el mundo. Las circunstancias difíciles en que la nación se halla, ha quebrantado un poco nuestra regla, pero en lo material solamente. Yo no podré arrojarte de mi lado, si tu no quieres considerar eso, porque estoy sola y desvalida. Pero si es verdad que como apoyo fuerte y cierto has venido, tu mejor prueba de amis-

tad, tu más sana ayuda has de probarla, dejándome sola con mis inquietudes y sobresaltos. Referente á lo que dices de vindicaciones de tu corazón, eso es letra muerta para mí, tú lo sabes; yo no vivo para el mundo; en ese camino, es donde menos, donde nada absolutamente hay que andar.

Jaime pareció confuso y desalentado. Dijo con gran pesadumbre:

—Ya te dejo, pero ¿por qué no oír algunas palabras antes? Verás por ellas que no fuí nunca lo que has pensado; y cuando yo esté con mi corazón tranquilo, en lo que se refiere á eso, me verás salir y nunca más habré de molestarte. Me iré sin protestar, puesto que me arrojas.

Ella hízose violencia para poder ocultar su asombro. ¿Cómo se atrevía aquel hombre á hablar así? Inconscientemente y por mucho que apartara su imaginación de las cosas del mundo, no se podía sustraer del todo al medio de vida material que la rodeaba, fuera de los muros aisladores del claustro. Por este motivo, atrevióse en su estu-

pefacción á levantar los ojos á Jaime, inclinándolos después inmediatamente.

Creyó ver el hombre una acusación en aquella mirada y cobró ánimos; conveníale, sobre todo, ganar tiempo; ganar tiempo, según él, era ganar terreno. En aquella mirada su soberbia de mozo pedante había creído leer: «Si te fuiste por tu gusto, ¿á qué venir ahora que todo es imposible?»

Y dijo entonces con la voz más grata, de más puro y armonioso timbre, que haya vibrado nunca en oídos de mujer:

—Yo no fuí malo, yo no fuí culpable, yo fuí á Madrid, no porque me fuera á doctorar, sino por haber contraído empeños políticos ineludibles, mezclándome en conspiraciones en que me metió la desgracia. Tenía que cumplir hasta lo último como honrado; eran secretos profundos que no podía yo revelar á nadie. Ni á ti tampoco, Estrella, podía revelártelos. Estuve mucho tiempo sin escribirte, á ti, al ídolo de mi corazón, porque así me lo exigieron los deberes que por desgracia me impuse, para que la libertad y la justicia resplandecieran.

Y oyendo aquellas palabras, que parecían de un corazón grande verdaderamente, de un corazón desesperado de amor y sentimiento, la monja, mujer al fin, iba á lanzar estas palabras peligrosísimas:

—¿Y la carta de aquella mujer?

Pero Jaime, con la intuición del peligro, se apresuró á exclamar, anticipándose al golpe que hubiese podido herirle.

—Yo sé que hubo quien me calumnió; yo sé que te abatieron amarguras grandes, pero siendo yo inocente; por mi pobre padre lo supe; él mismo me lo lanzó al rostro y no pude entonces hacer nada en mi defensa. Estaba ferozmente uncido á mi yugo. No perteneciéndome, todo lo que me rodeaba me era contrario. ¡Oh, la calumnia!—añadió en voz patética.—En Madrid hay seres miserables para todo. Alguna ruin venganza de enemigos rastreros, fué origen seguramente de cierta carta fatal llegada, ¡ay Dios! á tus puras manos... Por infame que yo fuera, ¿cómo había de permitir que tan rudo golpe asestaran en tu corazón?

La monja oíale aterrada; era una espanto-

sa lección de vida lo que estaba recibiendo. ¿Sería posible que una lengua de hombre se pudiese revolver de modo tan hábil para la labor de aquel tejido sin igual de mentiras? La indignación, el espanto, la hacían estremecer. Iba á hablar...

—Pero, ¿y tu padre? ¿Y tus villanías para con él? ¿Y su muerte? ¿Y el abandono en que le dejabas sin considerar que aquella muerte fué obra de tu corazón vil?—Pero quedó suspenso, confuso, oyéndole, oyéndole siempre, allí, de pie, retirado de ella, con la faz contraída, los ojos húmedos, la voz entrecortada, como si los sollozos estuviesen á punto de saltar de su pecho... oyéndole aquella voz con todos los ritmos que Dios hubiese podido idear, para el amor, para la verdad, para todas las gallardas hidalguías, y todos los sentimientos humanos de más puros ideales. «El recuerdo de don Manuel, era lo que más desgarraba su corazón. Bien sabían los cielos que nunca, aunque algo díscolo, había faltado en su alma generosa, un sentimiento de amor filial para aquel santo varón. Pero, ¿cómo lo remediaría

él? Todo consistió en el cruel secreto que entonces coartaba su existencia. Fué su destino, aquel horrible destino que le perseguía de muerte. ¿Quién había de decir al desgraciado señor, que aquello que se figuraba en su hijo, torpe proceder, abandono vituperable, no era otra cosa que el yugo impuesto por aquella gran madeja de la conspiración, que precisaba ir desenredando, para que después surgiese al mundo en aquella revolución gloriosa, que sería, indudablemente, la felicidad de la nación? Y en tanto que era calumniado, vilipendiado, él expuso su vida en diferentes ocasiones por su amor á la patria, aquel sublime amor, por el que había dejado el hogar paterno, los brazos amorosos de la dulce mujer adoradísima. El habíase visto en el trance cruel de pasar á los ojos de su padre muy amado, por un criminal sin pudor, y todo esto por cumplir un deber sacratísimo. Cuando su padre murió, ¿no estaba él á muchas leguas de Madrid en cumplimiento de un deber espantoso que le impedía besar por última vez la frente del adorado muerto?—¡Y lloraba, sor

Adoración lo veía, lloraba!—«Fuese el pobre anciano á mal dulce vida, con el hondo amargor de una creencia errónea, y Jaime, el desgraciado Jaime no le pudo presentar su corazón tal como era, una vez desprendido de aquellas ligaduras. ¡Oh, desgraciadísimo de él! ¿Qué había hecho para que le agobiase tanto mal? ¡Morir su padre maldiciéndole! ¡Hacerse monja Estrella, creyéndose vendida infamemente por el hombre que nunca dejó de adorarla!»

Concluyó con un sollozo ahogado, cortado con energía sin igual, como pudiera hacerlo un corazón de gran temple.

La monja, olvidando tal vez en aquel punto, por lo inverosímil de las circunstancias, las exhortaciones de sor Lucía, alzó los ojos otra vez, fijándolos ahora en el hombre y haciéndose esta pregunta:

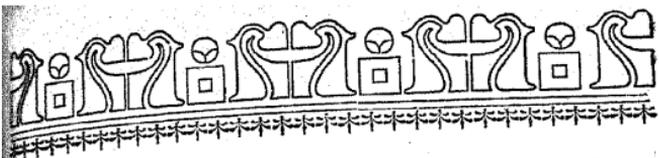
—¿Será posible?

Denotábalo claramente: su alma era presa de una conmoción profunda. Memorias había evocado Jaime, que hicieron palpar todas sus fibras. ¿Sería posible que aquel hombre mintiese? La incertidumbre, la es-

pantosa incertidumbre, tocó al fin en su corazón. ¿No había una sorprendente verosimilitud y una pasión y sinceridad imposibles de fingir en cuanto había hablado? La inocencia de sor Adoración, su austeridad y desconocimiento de mundo, hacíanla incapaz de creer el engaño en los otros. Vaciló. Iba á creer... á creer quizás, después que hubo vacilado... Pero en aquel punto pareció iluminar su cerebro, no se sabe qué poderosa luz, y cómo rápidas visiones pasaron unidas ante sus ojos, las figuras de la madre Purificación, llorando con ella; de sor Lucía, mirándola severamente; de Tano, la dulcísima esplendorosa imagen desolada; de don Manuel, agonizante, y todos á una, con voces que llenaron su cerebro, su corazón, su carne y su sangre, el espacio en que respiraba, el mundo y los cielos, repetían en coro singular:

¡Miente! ¡Miente! ¡Miente!





XXXV

«A los pocos días de la muerte de don Manuel, regresó Jaime á Madrid, con gran sigilo, portador de unos pliegos de los pro-hombres de la emigración. Tuvo que huir al punto, y gracias que no fué cogido y fusilado. Por aquel tiempo llegó á su noticia la profesión de Estrella. Si no se hubiese debido á la Patria, la noble matrona, que hace de sus hijos gigantes y héroes, hubiera puesto fin á tan triste vida.»

«Vino á Málaga después con una comisión de la Junta, para alentar los ánimos y avistarse con algunos hombres del partido de la revolución, poco antes del alzamiento. Supo de tal modo en qué casa de clausura había profesado Estrella. El primer día que

estuvo allí, cantaba ella el *sanctus*. ¡Hora memorable que jamás olvidaría!»

Del pecho de la monja salió un suspiro, no pudo evitarlo; por imperceptible que fuera, no escapó á la suspicacia del hombre. Como si no fuese bastante, los divinos, amorosos ojos, llenáronse de llanto... y Jaime sonrió por dentro orgulloso de su triunfo. ¡Oh, Jaime qué sabía! Por hábil que fuese, érale imposible sospechar lo resbaladizo del terreno que pisaba. Sor Adoración acordábase de Tano. Sor Adoración preguntábase por milésima vez entonces, qué habría sido de él, desde que le vió entrar en la iglesia, pregunta que no se atrevió á dirigir á la Luceño por su temor de que pudiese ser pecado. Sor Adoración pensaba que al mismo tiempo de ver á Jaime en la iglesia el día del *sanctus*, primero que á Jaime aún, había visto aquella cabeza rodeada de soles, surgir, como el mismo sol brotando por Oriente. Y en el punto en que Jaime sonreía cauteloso, creyéndola sugestionada, esclavizada, como en aquellas noches á la luz de la luna, en las mismas palabras del hombre, por una in-

nia sugestión amorosa, más fuerte cuanto más lejos hallábase Tano, creía oír aquellos gemidos supremos de la boca amadísimas. «Tana, Tana del corazón!...» Jaime hablaba á sor Adoración. Sor Adoración oía á Tano. ¿Qué fenómeno fué aquel de que la presencia y las palabras de Jaime sólo sirviesen para hacer resplandecer con nuevo vigor la imagen puesta en su oculto camarín? ¡Oh, si Jaime lo hubiese sabido! ¡Oh, si ella hubiese podido ver á Tano rodar por el golpe de muerte! Pero no era el himno de amor de Tano el que allí se reproducía, era Jaime quien hablaba y hubo al fin de volver á la realidad. Era Jaime, con las manos en el corazón, como si fuese á partirsele y vibrando su acento con calentura de amor y desesperaciones.

—¡Oyeme, Estrella! Creyéndome desleal, en el claustro te encerraste, donde era absurdo creer que un día yo te pudiera hablar; me sincerase ante ti. Pero Dios lo dispuso por milagro extraordinario, y el imposible se realizó. He podido verte, he podido hablar... ¿No dice eso algo á tu alma en favor de

mi sinceridad, de la verdad de cuanto te he dicho?

Y lloraba, lloraba otra vez como hubiera podido hacerlo un corazón puro, en horas difíciles de tribulaciones y pruebas. Hablaba y lloraba así el que había descargado brutalmente sobre un humilde sacerdote sus imprecaciones villanas, su cólera de demonio. Hablaba y lloraba así; pero como si una triste intuición de la verdad rodease en círculo maravilloso á la infeliz mujer, aquellas voces perceptibles sólo para ella, seguían clamando:

«¡Miente, miente, miente!»

No contestó, no pudo; un profundo vacío hacía en su pecho entonces á cada una de las palabras de Jaime. Pero si no hubiese sido por el recuerdo de las exhortaciones de sor Lucía, por el escudo, sobre todo, de la imagen gloriosa de Tano, ¿qué no hubiese conseguido el impostor con el andamiaje de disculpas tan sutilmente levantado para entrar de nuevo en el corazón de la inocente?

Sentía ella por aquel mismo instinto, lo inmenso de su soledad; sentíase abandona-

da, sentíase vendida en aquella casa silenciosa, y á merced de un hombre incapaz de un pensamiento puro. Acordábase con horror de las exigencias disfrazadas de súplicas de este hombre la última vez que hablaron, en cierta noche memorable, y en su misma espantosa inquietud halló serenidad suficiente para disimular sus impresiones. Mujer, al fin, pudo quitar á sus palabras la dureza, la frialdad que sus sentimientos hubiesen podido darlas. Llena de tribulación y entrecortadamente, imploró que la dejase sola, consiguiendo, sin mentir, su propósito.

Salió él, suspirando, pero con la seguridad de su triunfo. «Podía estar tranquilo. ¿Por qué adelantarse á coger la fruta no hallándose en sazón? Es verdad que podía obtenerla cuando quisiese, pero ¿quién le corría? ¿No sería más sabrosa y dulce en su tiempo?» Esta seguridad era producto de su ignorancia de ciertas cosas. Para llegar al corazón de la mujer de otros días, hubiera tenido que salvar primero un abismo insondable, el abismo de sus votos religiosos; y una montaña inaccesible después, cuyas crestas

hundíanse en el cielo; una montaña abrupta, en cuya ascensión él, mísero humano, no hubiese podido ganar una sola pulgada de terreno; era aquel gran escollo invencible, una celestial cabeza, rodeada de divina aureola, como la de los mártires y los santos.

Estuvo el hombre sin parecer algunos días, pero la monja no se tranquilizó por eso. Al quedar sola después de haber partido Jaime, salió de sus habitaciones é inspeccionó la casa cuidadosamente; la mujer que quedó para servirla por mandato de la Luceño, no estaba allí. Acordándose entonces de la súbita marcha de doña Matilde, pensó mucho en ella y tuvo la convicción sombría de su soledad.

Quiso salir en aquel mismo instante de la casa, sin pensar en otra cosa, sin recoger sus objetos, pronto, inmediatamente. Pero no pudo abrir la puerta del piso, donde estaban las habitaciones que la habían destinado. No encontró la llave, le fué imposible la salida. Entró la mujer en tal hora, y su sonrisa fué sutil y discreta, de una sutilidad, de una discreción que hacían daño. «¿Por qué se au-

sentaría estando allí aquel hombre?» No hizo alusión alguna á esto, pero propúsose aprovechar la primer coyuntura para salir de aquella casa, que podría serle funesta.

Abstrájola entonces una carta que la entregó la mujer; era de don José; una carta confiadísima, hablando de su próximo viaje para ir á recogerla, y volver juntos al hogar. Su madre estaba mejor: el solo hecho de saber que iba á vivir nuevamente con su hija, habíala mejorado y confiábase en su salvación. Lamentaba don José lo ocurrido, por los accidentes graves de la política, pero dando gracias al cielo por la satisfacción que iban á experimentar, teniendo otra vez á la hija adorada.

La monja respiró: don José presentábase de un momento á otro; no temió ya al capitán; sufriría como una prueba más su presencia, contemporizando hábilmente, hasta que don José llegase. Por último, la confianza absoluta de don José en la Luceño, ¿no le debía inspirar también alguna confianza?

En resumen, parecíale todo una gran pe-

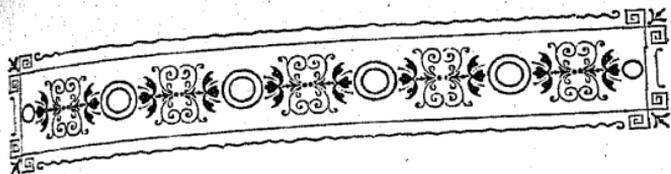
sadilla, de la que ardientemente quería salir. No tenía en aquella casa altar ni santos, ni disciplinas para la maceración de la carne; pero quería pagar con suplicios de su cuerpo, su abstracción de las cosas de Dios por las cosas profanas, á las que le era imposible sustraerse. Aunque fuese sola, en una habitación, sin contacto en realidad, con el mundo, la señora de Luceño, la mujer discretísima, Jaime, ¡gran Dios! ¿no era todo eso el mundo, el mundo vil de perdición, donde las circunstancias la habían arrastrado?

Resolvió seguir en todo lo posible sus costumbres monacales; dijo, persistentemente, que unos aposentos tan lujosos, no eran apropiados para la monja humildísima. La mujer de las discreciones, tuvo una discreción más, no oponiéndose á que se instalara en un cuartucho, dismantelado, que se ornamentó, con un catre, dos sillas y una estampa de la Virgen. No siéndole posible macerar su cuerpo de otro modo, permanecía arrodillada muchas horas, juntas las manos sobre el pecho, brillantes las pupilas por la fiebre que empezó otra vez

á combatirla, después del gran alivio antes experimentado, en silencio, inmóvil y hermosa, hermosa siempre como una triste divinidad de piedra.

Todo esto servía de aliciente, de incentivo abrasador á la naturaleza brutal de Jaime, lejos de conmover su pecho gangrenado; de Jaime, que se presentó al fin, y siguió presentándose con pretextos fútiles. Aquella hermosura enloqueciable, una hermosura realzada por su modestia natural, y un recogimiento y reserva propios, no solamente de su condición de mujer, sino de los hábitos que vestía, que eran otro nuevo enloquecedor imán para sus concupiscencias. Enervábale, martirizábale, haciéndole caer en espantosos accesos, al estar á solas, el pensar sobre todo, en la singular, intensísima luz de misterio, que parecía envolver á Dios Adoración, divino, fascinador, recóndito misterio, impenetrable para él, sin ser otra cosa que el amor imposible, dulcísimo, resignado, que la consumía.





XXXVI

Cuanto más la sangre vil revolviase en las venas del condenado, con más triste suavidad y respeto hablaba y consideraba á la monja. Aunque no presintiese ella el peligro, su misma prevención, vigilaba constante. Las conversaciones entre los dos, que no podía la monja evadir, eran muy breves. Menudeaba él sus apariciones con excusa del aislamiento de sor Adoración, por si algo pudiera necesitar. Tocaba alguna vez el punto magno de sus vindicaciones, pero ella, mansamente, hablábale á seguida del imposible, por los secretos designios de Dios. Sin decir que encontraba bien las explicaciones del hombre, porque no hubiese mentido jamás, parecía tácitamente quedar penetrada de su inocencia.

Pero Jaime se sintió pronto sin ánimos para seguir fingiendo; aquel propósito que se impuso, le pareció durísimo. En ciertas miradas que le fué imposible dominar, hizo comprender á la infeliz lo inminente del peligro.

Intentó de nuevo abandonar aquella casa, pero hallóse, al querer salir, el obstáculo de la llave y la sonrisa, discreta como nunca. Sin embargo, volvía á escribir don José, confiadísimo, seguro de estar inmediatamente con ella y con profunda gratitud para la Luceño. Ya sabía por la amable dama la enfermedad del marido y su forzadísima ausencia, lo que le obligaba á él á partir más pronto. La señora Quintañones seguía mejor. ¿No era para hacer morir á aquella confianza de su padre?

Extendieronse por estos días vagos rumores, de que lo mismo que ya sucedió en Cádiz, llegaría sobre la ciudad un ejército enviado para desarmar á los batallones milicianos por la fuerza, si á bien no soltaban las armas. Era á últimos de Diciembre,

hacía una noche bastante fresca y con amenaza de ser desapacible; la ciudad parecía dormida; los voluntarios descansaban sin duda, metidos en sus lechos ó al calor delicioso de sus hogares, arrinconado el fusil adoradísimo y colgados los marciales arreos de guerra, que hacían de cada casa un cuartel microscópico. Reinaba un viento fuerte de Levante que parecía mojado, como si brotara de la boca del gran monstruo Neptuno; estaban las calles desiertas; escuchábase de vez en cuando el ruido de pisadas y taconeo, como de persona que llevase prisa, y la voz gangosa de alguna vieja que pregonaaba *La Igualdad* con el discurso de fulano ó mengano. Empezó á llover en gruesos goterones que, al empuje del viento, golpeaban puertas y cristales, como llamando impacientes á los soñolientos vecinos, y aguda y prolongada, oíase á menudo la voz de un ciego, que, apoyándose en su rote y guiado por un perrillo retozón, gritaba como en plañido quejumbroso:

—¡¡¡Miztoz buenoz y baratoooooz... quién quiere baaaauleeeéé!!!

Estuvo sor Adoración todo el día bastante preocupada en sus abstracciones de siempre; no fué Jaime á verla y agradecióselo porque se evitó de oír su palabra pecadora. Pasó con inquietud las horas primeras de la noche, retirada del fuego, porque le remordía la conciencia de confortar su carne. Cerca ya del amanecer, llamó su atención cierto ruido, comparable solamente con el rumor que producen las olas de un lejano mar tempestuoso; quedó atenta, y convenciéndose de que alguna cosa grave sucedía, fué á un postigo del balcón que la mujer había abierto. Era aún de noche, no llovía; el gas estaba apagado. A las escasas luces de algunos farolillos, pudo distinguir las siluetas de unos fantásticos personajes que iban y venían con rapidez vertiginosa; todo esto, acompañado del rumor de pisadas, voces contenidas, chocar de picos, caer de piedras, crujimiento de rodajes, redoble de tambores, agudas notas de cornetines, y por un lado, por otro, cerca, lejos, en toda dirección, cruzamiento de patrullas de milicianos. La ciudad que se durmió sonriente,

despertábase iracunda y con unos instintos belicosos que infundían pánico. Empezó á clarear; asomóse de nuevo, y se presentó á sus ojos el siguiente cuadro: toda la calle había sido desempedrada; arrancaron también las baldosas de las aceras; pedruscos y losas bien unidas, formaban, allá lejos, pero distintamente dos enormes muros como de metro y medio de elevación, que obstruían las bocacalles que desde el balcón veíanse, reforzando estos muros, enormes sacos de tierra; unos, sobre treinta hombres, viejos, mozos, de clases elevadas y de la inferior del pueblo, reliados en capas unos, en gruesos abrigos otros, éstos, echados sobre los costales para descansar de la fatiga, aquéllos sentados en los escalones de las puertas, armados todos de escopetas, carabinas, sables, cuchillos. Sobre una barricada y sujeta con unos cuantos adoquines, un mástil, del cual pendía la bandera republicana con este rótulo en letras oscuras: *Pena de muerte al ladrón*; junto á la bandera, grave, serio, inmóvil, haciendo la guardia, un miliciano; á la derecha, sentados en el suelo, de espaldas á

la pared, con las armas al alcance, algunos compañeros suyos, desayunándose con la merienda que les llevaron sus respectivas mujeres, sentadas ahora junto á sus maridos.

Llegó Jaime al medio día, y vióse obligada la monja á ocultar su consternación. No sabía estar en su presencia; no sabía cómo rehuir conversaciones difíciles que él iba trayendo maquiavélicamente.

Díjole el mozo que avanzaba sobre la ciudad un ejército al que los milicianos iban á resistirse. Preparábanse días de destrucción y luto. A las pesadumbres de la monja, uniéronse las torturas que sintió desde entonces por su padre. ¿Qué sería de él si no podía entrar en Málaga, antes de la invasión de aquel ejército, ó si se encontraba entre los combatientes? ¿Qué iba á ser de ella, sola y en tan gran desamparo? Porque el auxilio de Jaime, ya lo sabía ella, era peor que todas las desdichas que le pudiesen ocurrir. Oyó, sin embargo, con gran dosis de resignación, profundos suspiros del hombre y palabras crueles para ella, cuyo significado no le era difícil entrever. Se aborreció á sí misma

en un impulso terrible, por no tener medios para hacerle callar y no seguir oyéndole. Jaime, muy pálido, notó su agitación calenturienta, su movilidad nerviosa y se marchó silenciosamente; pero su resolución era inquebrantable: estaba decidido.

No conviniéndole insistir en aquel punto, ni permanecer más tiempo entonces al lado de la monja, salió, ya lo dije, lanzándose por la ciudad, sin preocuparse de nada que no fuese aquel sueño espantoso de amor que quería á toda costa ver realizado. Había en Málaga una expectación inmensa, una baraúnda, que es esta la hora en que no hubiese podido tener fin, si no es por la sabia determinación de un Gobierno previsor y liberal. Gritaban los nacionales, lamentando no sé qué abandono en que se les dejaba. ¿Qué se quería en resumen? Desarmar á la milicia durante algún tiempo solamente para proceder á su reorganización, prueba de que el Gobierno tenía muy buen sentido y era muy mujer de su casa, al no querer, con justa razón; que las cosas anduviesen manga por hombro; pero dijeron los milicianos... no-

nes, el Gobierno respondió... *pares*, y aquí tenéis que se armó una de levantar barricadas, que tembló el misterio. ¡Cómo se revolvían ante la idea de que iban á ser desarraigados! Jamás se ha visto animación como la de aquellos días de Málaga; fué declarada la ciudad en estado de sitio, y á las intimaciones amigables del gobernador militar, para que no opusiesen resistencia á un general que venía de las alturas, al mando *de miles de miles*, contestaban levantando barricadas con una tranquilidad que daba miedo, y reforzándolas con carros, muebles, sacos de tierra y otros útiles no menos importantes, como no se podrá negar cuando se diga que eran cañones de diferentes calibres. En esto de la réplica contraria al Gobernador, hago mención de una parte del pueblo armado, con sus jefes á la cabeza que quedó neutral, en evitación de aumento de víctimas.

Los republicanos de las barricadas yacían como sumidos en un pozo, y cuanto más esfuerzos hicieron para salir, más á lo hondo iban, y no se dice esto para zaherirles,

que tenían relevantes méritos y eran dignos de gran loa; á más de ser honrados padres de familia, guiábalos á la lucha una fe ciega, disponiéndose á morir con noble lealtad, como después lo demostraron. Era que no tenían costumbre de tribulaciones tales, que unos mandaban por aquí, por allí otros, sin lograr entenderse; y puedo decir que obraron á última hora por intuición y sin ayuda de nadie.

Sucedía así que, mientras el gran general, con los miles de miles, llegaba ó no llegaba, volviése todo andaduras, recados, diques y diretes, quítate tú para que yo me ponga y horrenda gritería; pero, en resumen, todos estaban dispuestos á morir, aunque por un ideal que no definieron bien entonces, ni hubieran sabido definir más tarde tampoco. Estos fueron los preludios de aquella batalla en poblado, de aquella lucha frenética que llenó de asombro é incertidumbre algunas veces al gran general.

Empezó la contienda dos días después, sin haber vuelto Jaime á ver á sor Adoración y sin haber llegado todavía don José de Quin-

tañones. Fué en el barrio de la Trinidad donde más rebeldes mostráronse los nacionales. Presentaba el barrio un aspecto imponente; había paisanos en los balcones, en las barricadas, y patrullas á granel en todas partes; estaban dispuestos á dar su vida, y hervíales la sangre de gozo al pensar que las tropas empezaban ya á hostilizarlos. Limitándome ahora al barrio de la Trinidad, puedo decir que sostuvieron durante todo el día una lucha increíble. Los heroicos hijos del pueblo, tachados de ladrones por gentes poco piadosas, morían peleando como fieras, con el estómago vacío algunos, por carecer de un pedazo de pan, aunque hubiesen podido regodearse con buen botín de las casas abandonadas por sus aterrados moradores. Duró más la pelea porque, si bien eran los milicianos pocos, relativamente, revolvíase en ellos la desesperación, y las organizadas tropas combatían al principio con frialdad contra una causa que no les era antipática. Pero hostilizados, diezmados, acometidos bárbaramente, arremetieron también como leones, de calle en calle, de barricada en

de la cual durante muchos años hubo memoria en la valiente población andaluza.

No siendo bastantes los cañones del castillo para acallar los fuegos de los voluntarios, la fragata *Zaragoza* preparábase á entrar en fuego también. En aquellos instantes estuvieron fuerzas milicianas á unos jefes de batallones milicianos; según documentos conocidos después de la contienda, fueron estos ilustres patricios que huían, los que más incitaron en los clubs y las calles á la defensa de las armas al inocente pueblo, que solo lo ve por el luminoso prisma de su gran razón y su fe de niño.

Al resonar de los cañones, recorrían bandos de música las calles, tocando himnos patrióticos. Un hombre joven, delirante de entusiasmo, con sorpresa de todos por estar vestido de carácter sacerdotal, recorríalas también, repartiendo proclamas de esta índole: «Milicianos: Vivir sin honra es la vida de la afrenta; morir con gloria es la muerte de los héroes. ¿Hemos puesto en armas una ciudad que siempre fué la primera en el peli-

gro de las libertades para retirarnos en derrota sin mostrar por lo menos que hay valor en nuestros corazones? ¿Dónde está la grandeza de vuestras almas? Si jefes traidores o tímidos y cobardes abandonan la causa sagrada del pueblo; si ellos nunca han tenido conciencia de los derechos que proclamaban, y sólo decían ser republicanos por medrar con la patria, á nosotros nos toca decir á España entera que pelemos por nuestro honor, por nuestra libertad y por la justicia.

»Milicianos: decidisteis ayer morir en vuestros puestos, primero que salir deshonrados. ¡A las armas! ¡Morir hoy, es vivir con los mártires de Cádiz! ¡Vengad la afrenta que sufren en sus prisiones y en el destierro los defensores de la moderna Sagunto! ¡A las armas! ¡Viva la República!

»ENRIQUE ROMERO.»

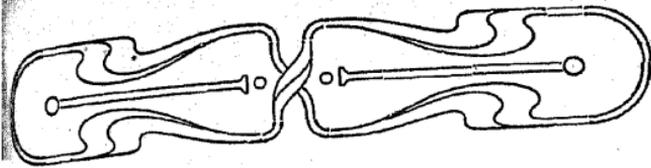
Esta proclama ardiente dió no poco resultado, notándose aumento de personal en las barricadas. He aquí un detalle revelador de la actitud de aquellos hombres que pelearon en las calles bajo el epíteto de

ebusma ratera y revoltosa: acercóse á su capitán cierto miliciano, suplicándole una moneda para pan, pues no había comido en muchas horas, como les sucedió también á otros. El capitán, conmovido, estrechó su mano y atendió á su socorro; constábale que estuvo aquel hombre de guardia largo tiempo en una habitación, cuya despensa hallábase bien provista. Al pie de un cañón, en una barricada de las que más estragos hacían en la tropa, una mujer, fusil al brazo, inmóvil, seria, hacía la guardia; otra, con el fusil también, paseábase lentamente, con una tranquilidad que daba miedo, sin importarle el diluvio de plomo y fuego que caía de todas partes. Reemplazaban á sus esposos, que comían rápidamente su mísero desayuno sobre unos costales al pie del cañón.

Los miles de miles habían rodeado la ciudad, y á la vez que los buques hacían fuego, entraban en grandes columnas por los sitios más asequibles; las tropas de la guarnición, que confraternizaron con la milicia y discutieron por todas partes con objeto de inspeccionar sus defensas, saliéronse también

de los cuarteles, reinando entonces confusión espantosa. Sentíase la milicia acribillada por todos sitios y revolviase rugiente. A las doce estaba el combate generalizado en toda la población. En algunas barricadas hubo hecatombes tristísimas; no fué lucha aquello, sino tremenda bacanal de sangre. En el Pasillo, en el Puente de hierro, en Puerta de Mar, en las calles Trinitarias, tomó la lucha aspecto aterrador; tronaron el cañón y la fusilería horas y horas; comenzaron á la bayoneta, y tiraban los milicianos sus fusiles para hacerse pedazos más á su sabor con facas y puñales. ¡Oh, día de luto!, ¡día de espanto y muerte! Tú pasaste á la historia como un bloque nuevo del pedestal en que se erigiesen las libertades patrias.





XXXVII

En lo más encarnizado de la lucha, un hombre avanzaba desde el fondo de la calle del Tiro, en dirección á la de la Trinidad. Un reducto formidable cerraba el extremo de la calle aludida del Tiro, tocando con otro no menos formidable que obstruía la segunda vía ya mencionada, que es la principal del barrio.

La calle del Tiro era un campo de desolación; la tropa había pasado por allí arrollándolo y destruyéndolo todo. Tronaba el cañón y sucedíanse las descargas, llevando el horror y la muerte á todos. Aunque era en Enero, el sol caía llameante, haciendo enloquecer la cabeza de los mantenedores.

No confundáis al hombre que avanzaba

con el cura que discurría al mismo tiempo por las calles malagueñas, induciendo á la lucha con sus proclamas y discursos fogosos á los más pacíficos; no le confundáis, digo, porque era también sacerdote. La calle por donde avanzaba—ya lo sabéis—había sido un hervidero de rayos en las feroces alternativas del combate. Véanse los tabiques derrumbados, las puertas desquiciadas, montones de pedruscos en las bocas de calles, barricadas desechas, sacos rellenos de serrín, baldosas, fusiles hechos añicos, cureñas rotas, cadáveres.

El sacerdote, apoyado á veces en un bastón, en la pared otras, caminaba con lentitud por no poder sin duda hacerlo de otro modo, á juzgar por el ansia é inquietud que en sus hermosas demacradísimas facciones pintábase. Caminaba sin mirar atrás, como si un anhelo infinito le impeliese al foco de la lucha.

En las dos barricadas del final de la calle habíase reunido gran número de milicianos para defender aquellos últimos reductos de la embestida de la tropa, que iba avanzando

como un mar de fuego; aquella pobre tropa, enloquecida, feroz también por la imponente resistencia... hasta el punto de haber sostenido una lucha pavorosa para la conquista de cada una de las piedras de la calle, derribando en el camino barricadas destruidas, armas rotas y cadáveres sin fin, cadáveres de infelices soldados hijos del pueblo, que combatían por su poca suerte contra hijos del pueblo también, para cumplir un deber horrible.

El sacerdote, avanzando triste, abatidamente, contemplaba con profundo asombro y mezcla de espanto y lástima los estragos producidos por la lucha. En su rostro macilentado, de mirada febril, advertíanse otras preocupaciones además; algo profundo parecía inquietarle sobre los sentimientos que ya explicitamente, producidos por la visión de la guerra en su alma atónita.

Próximo ya al centro de la lucha, las balas silbaron sobre la cabeza del sacerdote, sin que pareciese advertir el inmenso peligro á que exponíase. Detúvose un instante y miró ansioso á las casas vecinas como en indaga-

ción de alguna que particularmente le interesase. El combate proseguía á pocos metros; era aquel un espectáculo magnífico; los hombres lanzábanse como tigres á la bayoneta, unos para asaltar los reductos, otros para defenderlos; llovían los proyectiles sobre la tropa desde balcones y azoteas; sonaban las descargas y disparos sueltos con rapidez de muerte; grandes clamores llenaban los aires cuando á una feroz arremetida de la tropa creía la barricada en su poder, para echarse atrás al punto á la tremenda oposición enemiga; los gritos, los rugidos, los ayes, los redobles y toques de cajas y cornetas, en confusión aterradora, tremebunda, llenaban el espacio y subían á los cielos.

El sacerdote, lívido de horror tal vez, ó como si alguna grave enfermedad le aquejara, sosteniéndose en su bastón ó en los muros y llevando á veces las manos á su pecho como para contener no se sabe qué angustiosos dolores, anduvo hacia las barricadas que parecían consumirse en todos los fuegos del infierno. Detenase un minuto y se incli-

naba para inspeccionar algún hombre caído de tropa ó miliciano.

—¡Muerto, muerto!—decía irguiéndose—. ¡Qué bien, qué certeramente se matan! ¡No hay uno á quien intentar sostener esa preciosa vida, de que tan irreflexivamente disponen! ¡Dios mío, paz sobre ellos!

Y seguía avanzando, húmedos por la emoción sus ojos azules hermosísimos, unos ojos que hacían resplandecer con su radiosa luz aquel rostro juvenil, macilento, no obstante, por los estragos de la enfermedad.

No parecía poner atención en las barricadas ni en el combate, absorto sin duda en muy amargas reflexiones. Sintió en esto un profundo gemido á su derecha. «¡Ah, uno que podría tener auxilio!» Lanzóse al que suspiraba, encendido de caridad el corazón, anhelante por socorrerle. Fué un espectáculo de horror el que tuvo ante sus ojos, más horrible que cuantos ya había visto; era un paisano, cara arriba, sobre un montón de pedruscos arremolinados en la acera; recibía en el rostro todo el fuego de aquel sol andaluz, que en aquella estación del frío parecía

de Julio. Una mano descomunal, peluda, sujetaba inútilmente los bordes de espantosa brecha que un pedazo de metralla abrió en su pecho. El ojo izquierdo no era más que un repugnantísimo coágulo de sangre reseca por el sol, donde las moscas encontraban no se sabe qué horrendo botín. El otro ojo, chispeando como el de un basilisco, se clavaba en el sacerdote como una aguja que perforase su corazón, de tal modo, que tuvo que hacer esfuerzos increíbles para resistirla. Era un ojo de pupila amarillenta, un ojo encendido, ensangrentado, colérico, burlón, astuto, irónico, descreído, la esencia espantosa de un alma miserable exhalada de un ojo; un ojo que únicamente puede presentir un alma miserable también, en sus sueños horriblemente macabros de visiones más aterradoras que las del infierno del Dante y del Apocalipsis. La cara anchota, espectral, del herido dilatábase con una risa ferozmente siniestra, dejando entrever por aquel agujero negro de la boca dos filas de dientes enormes, sucios, repulsivos. Ceñía un cinturón atestado de instrumentos de muerte, y tirado junto á

él había un gorro mugriento de piel de cabra.

Este detalle del gorro de piel de cabra hizo estremecer al sacerdote de horror más que todo el repugnante conjunto del herido; pero se inclinó sobre él, exhortándole tiernamente á la resignación y á la esperanza, con tan dulce sencillez, con tan amorosa dulzura, con tan sublime seguridad de las alegrías y claridades de una existencia venidera, como repulsión inspiraba aquel hombre que seguía clavando en él la aguja venenosa del ojo fosforescente.

Corrió á una casa; no había nadie, todo el mundo había huido; cogiendo algunos trapos de la primera habitación y agua en una vasija, estuvo otra vez junto al herido con una celeridad inverosímil, si se recuerda su anterior aire de cansancio y abatimiento. Delicadamente lavó el ojo herido, aplicándole compresas de un modo hábil y quitándole aquel repulsivo aspecto. El mísero perdió el ojo de un bayonetazo, sin duda. En voz gutural, como estrangulada por una mano formidable que apretara su cuello, habló así, entrecortadamente:

—Cura, bien dichoso serás.

—¿Por qué, amigo mío? ¿Se puede ser dichoso viendo sufrir á un semejante como sufres tú ahora?

—Es que el semejante que sufre aquí ahora y á quien tú alivias te hizo mucho daño.

—No pienses mal; para el corazón de un sacerdote no hay seres buenos ni malos, no hay enemigos, todos son criaturas de Dios á quienes hay que amar y proteger, á quienes hay que bendecir como imágenes de Dios en la tierra.

—¿Y el golpe que te di en el pecho? Bien te acordarás.

—Fué una prueba á que Dios me puso, porque yo también soy pecador, amigo mío.

Y la voz ronca, lenta, dijo penosamente:

—Es que aquel golpe te ha matado, cura; bien lo veo, aunque solo vea con un ojo... No sé por qué será, pero veo ahora, en este momento, mucho más que lo que en toda mi vida alcancé á ver con mis dos ojos.

Dijo esto de un modo extraño. El sacerdote le miró ansiosamente; no supo cómo definir aquellas frases, que le produjeron, sin

embargo, honda impresión. Dijo tembloroso, con toda la fe de su pecho cristiano:

—¿Y no hemos de morir una vez ú otra? Lo que precisa, entiéndelo bien, es que, sea cual sea el instante de la muerte, estemos prevenidos para ponernos en la divina presencia. Reflexiona que un alma limpia de pecados es lo más bello á los ojos de Dios.

Hubo una larga pausa; el sacerdote rezando fervorosamente por aquel desdichado que moría en la culpa, y el moribundo, sin apartar de él la pupila de aquel ojo de los malos sueños. El herido preguntó de pronto, con una firmeza inesperada:

—¿Dónde te duele?

Le miró el sacerdote, sorprendiéndose de la extraña pregunta; pero como si se hiciera cargo al punto del alcance de ella, contestó sonriendo dulcissimamente:

—Aquí—. Y apretábase con sus manos enflaquecidas el centro del pecho.

El herido, sin decir nada, pasó su gran manopla, laxa y pesadísima, por los bordes de la brecha que produjo la metralla. Sus labios, tumefactos, moviéronse para decir

vagas frases que el cura pudo apenas comprender. Acarició éste como una madre la cabeza del moribundo y dispúsose á lavar también la herida del pecho; pero la gran manaza tinta en sangre tapó la brecha, y el herido habló entonces suavísimamente:

—¡No la toques!

Nuevas fervorosas palabras salieron del corazón del cura; pero el moribundo no parecía oírle. No había muerto, sin embargo; exclamó con mucha claridad:

—¿Luego no me odias?

Los ojos del sacerdote resplandecieron de piedad y ternura; sus palabras llegaron á los oídos del moribundo como hálitos misteriosos:

—¡Odiarte! ¡Qué dices, insensato! ¿Odiarte porque Dios misericordioso se valiera de mí, aun á costa de mi vida, para tocar tu corazón de su divino fuego? ¡No lo pienses! ¡Bendita sea aquella santa hora en que nos encontramos y en que cumplimos lo que Dios nos impuso en la tierra!

El otro oíale atentamente sin dejar de sonreír de aquel modo terrorífico.

—Cura, ¿qué buscabas cuando me encontraste? A mí no era. Dímelo pronto... que me muero.

—Buscaba á una mujer; tú la conoces; á una mujer infeliz á quien quería salvar ó morir siquiera por salvarla. Pero perdí mucho tiempo retenido por mis males. ¿Quién la encuentra hoy, y si la encontrase, quién la salvaría?... ¡Quién evitaría ya un negro crimen!

El moribundo pasó su lengua penosamente por los labios resecos; el cura le dió agua, levantándole la cabeza con amorosa solicitud. La respiración de aquél hizose más difícil después que hubo bebido. Su enorme mano se apartó de la herida y cayó al suelo. El ojo llameante miraba ahora como con gran estupefacción, sin saber adónde, quizás á alguna otra mirada misteriosísima puesta en él también desde las inmensidades profundas. Y luego bajo, muy bajo, el moribundo, sin apartar su ojo de *allí*, pronunció estas palabras:

—Cura, ¡quién sabe! ¡Haré lo que pueda! ¡Te diré dónde está la monja!— Y nombró una calle y el número de una casa.

El cura cogió la gran manopla inerte y la besó llorando.

Pero no pareció pensar desde entonces en aquello. No quería ya otra cosa que levantar aquel alma de su lecho de miseria. Exhortóle con vivo amor de caridad, olvidando los tormentos de su alma, olvidando la tierra y la vida para pensar sólo en la salvación eternal del sinventura.

—Hijo mío—decíale con lágrimas misericordiosas—, escúchame; tú me amas, no me lo niegues, tú me amas ya y yo te amo á ti; nos hemos dado pruebas, nos amamos en nuestro propio dolor. ¡Escúchame! Es mi palabra la voz de Dios, de ese Dios que nos mira y nos oye, que nos espera para amarnos y perdonarnos!

Los labios negros moviéronse aún:

—¿Me hablas de Dios, cura? Déjate de eso. Tú no sabes los meses, los años que yo necesitaría para volcar de mi alma toda su miseria.

Pero el sacerdote, sin acobardarse, repuso prontamente, en voz temblorosa, como vida, que llevaba á la persuasión más que sus propias frases redentoras:

—Estás en un error; no es tanto el tiempo que necesitas, yo te sacaré del error con una feliz sorpresa: no son meses ni años, es menos, basta con un minuto, y ya ves ahí cuán bondadoso es Dios, que te deja una vida entera para pecar y se satisface con un solo minuto para que te arrepientas. ¡Tu error, hermano mío, podrá perderte, si no me oyes! ¡Escúchame! ¡Es Dios divino, Dios misericordioso quien está hablándote! Con un momento basta, yo te lo juro. ¡Es un sacerdote, es un representante de Dios quien te lo jura!

—¡Un momento!

—Un solo momento. ¡Acuérdate de que te amo como Dios mismo te ama! Dios me ordena querer con todo mi corazón á los que me hacen mal. Si Dios me ordena amarte así, ¿cómo no te amará Él? La desconfianza es el abismo, la fe es la luz; tú temes, tú desconfías. ¡Tranquilízate! ¡Deja abrir tu alma á la luz y verás en medio de tus miserias que todo tē sonríe! ¡Un solo minuto! ¡Llena tu alma de unción! ¡Lléname tú de arrepentimiento, y di conmigo! ¡Dilo! ¡No te

avergüences de mí! ¡Yo no soy más que un mísero átomo de polvo como tú y como los demás! ¡No veas en mí al hombre... No veas más que á Dios que te ama, que te mira! ¡Dilo conmigo, como si lo dijeras á tu madre! Tú no habrás tenido quien te quiera en el mundo, ¿es verdad, pobre desgraciado? Pero tu madre sí te quiso, ¡aquella pobrecita madre! ¿Es que no la conociste? ¡Pues bien, dilo conmigo, por estas lágrimas de amor y dolor que por ti derramo! ¡Dilo así, como hablabas cuando eras pequeño, un niño pequeño, con aquella madre de tu amor!... ¡la madrecita muerta! ¡Dilo!: «¡Señor, perdóname!»

Y Pandorgo, con su lengua enorme, hinchadísima, como reptil viscoso, ahogado, aplastado en su mismo agujero, dijo lentamente:

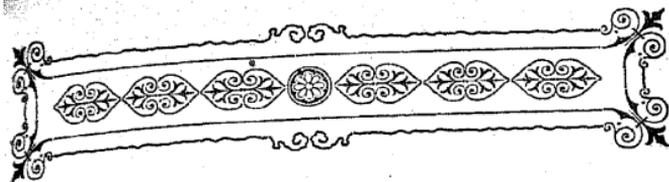
—¡Señor..., per... dóname!

El ojo encandencido dejó de flamear. Los párpados uniéronse dulcemente; la boca quedó cerrada, perdiendo su horrible mueca de burla. Una inefable serenidad resplandeció en su rostro.

El Padre Gardoquis bendfjole y luego le besó en la frente.

—¡Paz!—dijo, y un largo sollozo dilató su pecho.





XXXVIII

Mientras estuvo ganando el alma de Pandorgo, no pensó en otra cosa que en la misión divina que estaba cumpliendo; pero después, al orientar sus ideas, al hacerse cargo nuevamente del mundo material y los martirios del vivir, claváronse en su corazón el nombre de la calle y las señas de la casa que Pandorgo hablale dicho. Las terribles conmociones que acababa de sufrir aumentaron su debilidad y fatiga. ¿Pero qué podía importar esto al corazón invencible?

Solo una idea ardió en él desde entonces. ¿Sería hora aún de salvar á la desgraciada? ¿Sería hora aún de evitar el último y más horrendo crimen que Jaime pudiera cometer? Era en la calle de la Trinidad donde Pandor-

go le indicó la casa, y él estaba en la del Tiro. En la calle de la Trinidad alzabase la barricada donde tan ferozmente combatían. Para llegar más pronto en auxilio de sor Adoración le era preciso vencer tan tremendo obstáculo. ¿Cómo atravesar el torbellino de llamas? ¿Cómo meterse en lo más feroz de la pelea encarnizadísima? ¿Cómo salvar el formidable promontorio de baldosas, sacos de tierra y maderos á cada uno de cuyos lados cerrábase la muerte? Podía tomar otra orientación; podía retroceder por la calle del Tiro, seguir la de la Almona y dar en los Carreteros, dejando la iglesia á la derecha y buscar el extremo de la calle de la Trinidad, que desemboca frente al río. Pero todos estos lugares, ¿no estaban erizados de fortificaciones y erizados de bayonetas? ¿No caían por allí también los proyectiles como lluvia de plomo? Puesto que los dos caminos ofrecían las mismas dificultades, el más corto era el menos temible.

Sin pensar que sus piernas vacilaban, negándose ya á sostenerle; con el corazón puesto en aquella figura ideal, desgraciadísi-

ma, que tal vez sin hábitos ya para la defen-
sa, abandonada de todos, caía bajo la ga-
rra furiosa del condenado, avanzó intrépido.
Absortos en su propia ferocidad cada uno
de los combatientes, no le observó nadie,
en el primer momento. Avanzaba la dulce
figura silenciosa como una protesta con-
tra los que así matábanse con tan cruel
ferocidad. Al pie mismo de la barricada le
empujaron y rodó por tierra en el espantoso
pjetreo. Se alzó con impasible humildad,
llegando al montón informe de costales, pe-
ruscos y maderas. Entonces fué observado
y sintió aullar á aquellos salvajes, intimán-
dole á que retrocediese. Y él seguía, seguía,
sin oír los gritos de unos, las chanzonetas
de otros, los juramentos, las maldiciones de
todos. Pero callaron súbitamente, sorprende-
dos al verle subir con brío incomprendible
por los huecos y salientes de las piedras,
como sorprendidos y atónitos al verle que-
daron también las tropas que al otro lado
combatían. Un nacional furibundo le apuntó
para tumbarle; los demás, maravillados de
tan suprema valentía, gritaron ferozmente

consiguiendo contener así al furioso. Hubo un instante cruelísimo, la silueta del sacerdote se recortó en el cielo como una gigantesca visión.—¡Baja!—decíanle con grandes gritos milicianos y tropa—; ¡échate, que caerás acribillado! El cura saltó desde la barricada al lugar donde la tropa revolvíase; un aplauso tremendo como una descarga, atronó los aires. La lucha prosiguió con doble ferocidad. Había rodado otra vez en la caída y un militar compasivo le ayudó á levantarse; pareció haber perdido sus últimas fuerzas. Otros se aproximaron; admiraban su simpática figura y el inmenso corazón que traslucíase en aquellos grandes ojos azules, de manso mirar. Diéronle unas gotas de agua, que le confortaron un poco. No quería detenerse; iba á salvar á un desgraciado... Retúvole, no obstante, su dulce conciencia. «¿Habría allí alguien en trance de muerte?» ¡Oh, sí; un pobre soldado falleció en el umbral de una casa! Llegó hasta él, encendido por la calentura que le abrasaba; acogió las últimas frases y el suspirar postrero del moribundo, ese suspiro del solda-

do que muere en la guerra. ¡El suspiro por la madre ó por la novia! Bendíjole con lágrimas de compasión que parecían quemar sus ojos, como abrasábase todo él en fiebre. Se alzó suspirando para seguir su camino, é hizo lugar la soldadesca respetuosamente. Allá iba, allá iba junto á la pared, corta la respiración, el andar vacilante, como peregrino moribundo, por una tierra maldecida.

Detúvose un poco para cobrar aliento; sentía latir su corazón precipitadamente; comprendió por instinto que sus fuerzas agotábanse; estaba seguro, no podría llegar, aunque la distancia fuese muy corta. ¡Ah, pero sus fuerzas eran inferiores al corto trabajo que hubiera supuesto en una persona ágil ganar aquel espacio!

Y al tender la mirada entonces al fondo de la calle, allá, hacia su extremo, en aquel sitio solitario, vió avanzar rápidamente un jefe de milicia. Su mirada adquirió de pronto un poder sobrenatural. Le conoció... Era Jaime. Solo pudo verle un segundo; desapareció en el acto en el portalón de un gran edificio.

Tano lanzó una mirada á los cielos; no era de rencor, no era de odio, era de súplica; una mirada de súplica, demandando fuerzas, anduvo, anduvo desesperadamente y de sus labios escapábanse una vez y otra estas palabras como rezo fervorosísimo:

—¡Dios mío, ayúdame! ¡Dios mío, ayúdame!

¡Oh, pero la distancia, corta en realidad, era larguísima entonces para el desgraciado! No podía; sus fuerzas acababan visiblemente... Presentimiento angustioso, advertíale que era aquel un minuto supremo; instintivamente, por una milagrosa percepción moral, no pensaba en lo que pudiese haber ocurrido; estaba compenetrado, como si una luz interna—la doble visión mística—le iluminase, de que hasta entonces no hubo peligro; de que la hora del peligro era aquella en que él, como la más formidable prueba á que Dios le exponía, estando presintiendo aquel peligro, teniéndole tan próximo, no podía correr á encontrarlo.

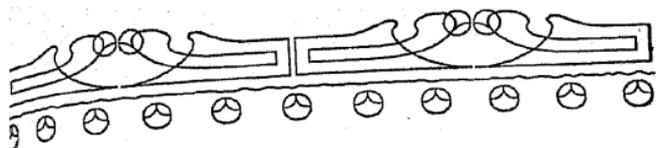
—¡Señor!—decía—: ¿Lo permitirás tú? ¡No pienses en mí, Señor! ¡Yo sufriré tus rigo-

res, que bendigo! ¡Pero compadécete de la desgraciada! ¡Dame fuerzas, por caridad! Permíteme morir con todos los martirios, pero no la ofrezcas el espantoso cáliz! ¡Señor, ampárala! ¡Señor, ilumínale!

Quiso avanzar aún, en otro esfuerzo desesperado, pero le fué difícilísimo; las piedras de la calle, como ocurríale al pobre médico de Anclada, parecían saltar delante de sus ojos... Pero anduvò. En el vértigo invencible, la calle mecíase como inmenso barco en mar tempestuoso... Pero anduvo. Chispas de fuego parecían envolverle; la tierra, los espacios, convirtiéronse en un incendio incommensurable en que se abrasaba, pero anduvo todavía por el empuje final de su alma poderosa; anduvo hasta caer en una puerta. Su mejilla chocó en el mármol del escalón. Cerró los ojos, diciendo entrecortadamente:

—¡Señor, fallezco! ¡Señor, sálvala! ¡Señor, perdónale!





XXXIX

Entró Jaime en una casa efectivamente, y vosotros supondréis en cuál. Cuando la matrona abrió para que entrara, hízola él un signo, y ella tuvo para responder una sonrisa feroz, en fuerza de ser discreta. Dejando á Jaime dirigirse adonde sor Adoración estaba, salió después de coger unos objetos y cerró tras sí, discretísimamente.

Hacía muchas horas que sor Adoración no había visto á Jaime; como si no le conociese, pensó que tal vez no la molestaría más; pero, al sentir unos golpecitos en la puerta, al verle entrar luego sin anunciarse, un frío intenso pareció helarla. Al poner tímidamente los ojos en el hombre, no tuvo duda de que había llegado una hora fatal para ella.

Dispúsose al combate, pero sin sospechar que el abismo que presentía á sus pies fuese tan espantoso. Pensó en Dios, que no dejaría de darla auxilio; pensó en su padre, que podía llegar de uno á otro momento; pensó en Tano, que velaba tal vez por ella y en cuyo recuerdo apoyábase para sufrir las más tristes congojas.

No habló; ¿para qué? Sentada, replegada en sí misma, como una flor que se dobla por los aires calientes del estío, vió en los ojos del hombre las ansias locas de su corazón, de aquel corazón guardadito en la guerrera gris, de grandes pliegues, oprimida en la cintura por ancha correa charolada. Su único armamento era una tercerola, diminuta, finísima.

Puso la tercerola en un rincón, y echó sobre una silla el sombrero de airosa pluma. No había que perder un minuto: era *su hora*; la había apuntado bien en su pensamiento; era la hora fatal, dulcemente fatal de su triunfo. Porque este hombre, hundido en su propia miseria como en una sima insondable, discernía, sin embargo, lúcidamente las con-



secuencias de su feroz delito, aun antes de perpetrarlo, la enormidad de la altura desde donde pensaba arrojarse y el fondo erizado de aceros agudos en que iría á dar. En el mismo caos en que caminaba, había tenido dominio para forjar, para acariciar temerosamente la idea del crimen, al ir éste surgiendo, con toda clase de cuidados y delicadezas, como un floricultor anima y vigoriza con tierna solicitud la joven planta que crece, minuto por minuto, día por día, ante sus ojos admirados.

No extrañaréis así que el negro crisol de su pecho, manchado con todas las materias viles, á la vez que la concepción del delito, fundiese cauteloso la idea de la hora, del minuto solemnísimo en que lo había de perpetrar, rodeándose de sombras para hacerlo impune... Por eso esperó; por eso mantúvose enfrenado él mismo por su voluntad férrea, como un tigre en su propio cubil, hasta aquel instante, hasta que llegó *la hora*: en armas la ciudad, en lucha fratricida los hombres, entre un círculo de fuego y hierro de centenares de humanos destrozándose, en

la destrucción, la matanza, la ruina, el delito por su espantosa aberración consumado, perderíase en la nota general de horrores y achacaría-se á desmán del paisanaje ó la soldadesca.

Dijo así con mucha suavidad:

—Estrella, faltando á un deber en este día supremo de lucha, he venido á darte mi último adiós.

Ella, intensamente pálida, contestó en voz firme:

—Te agradezco esta última visita, y siempre rogaré á Dios por ti.

—Tu padre no viene, Estrella, ¿qué harás sola?

—No estoy sola, Dios está conmigo.

Habló con seguridad, como si nada la turbase, pero sentíase morir de horror ante aquellos ojos calenturientos, fijos en ella como los de un animal feroz preparándose á la acometida.

—Me voy y espero no padecer más; seguramente una bala ó un bayonetazo acabarán en este día conmigo y con mi pesadumbre.

—Que Dios nos ampare á todos, Jaime.

—Me voy... pero antes he de decirte lo que me enloquece considerar que cuanto salió de mi alma para vindicarme fué letra muerta para ti.

—Porque estando yo muerta para el mundo, todo cuanto de él provenga tiene que detenerse en torno mío, sin que yo sienta su contacto. Tú debías comprenderlo; son mis votos, mi religión, mi fe los que me impiden ser como tú deseas.

Como si no la hubiera oído, interrogó él, súbitamente, en un impulso febril:

—¿Te acuerdas de Anclada?

Y la monja repuso con una tranquilidad que fué odiosísima para el hombre:

—Esto no es aquello.

¿Qué quería decir semejante respuesta, y qué tono fué aquél en que la pronunció? Tales palabras y la fría tranquilidad con que las dijo, reveláronle de una vez, en un solo punto, la inmensidad del abismo que separaba de él á sor Adoración. ¿De qué sirvió, pues, aquella urdimbre portentosa de falsedades que sustentaron sus vindicaciones ni sus vin-

dicaciones mismas? ¡Fué error suyo pensar que la fruta *iba sazonándose!* ¡Ah, bien había notado desde la segunda visita que su mágica labor histrionística había sido estéril, siendo eso precisamente lo que le indujo á seguir otros caminos! Tuvo ya ocasión de comprobarlo; Estrella era una mujer; sor Adoración otra. ¿Cómo pudo pensar nunca que fueran las dos una misma? Y en su despecho rabioso, asegurábase en la decisión de dar la batalla y concluir de una vez. Sentóse tímidamente, y con aquella voz firme y dulce como cuerda de arpa bien tirante para su mejor temple y más fino acorde, díjola:

—Estrella, te oigo hablar y el corazón se me parte. ¿Eres tú la dulce criatura de mi amor, la divina mujer, el santo corazón amoroso que rezaba por mí y soñaba conmigo? Aunque ofrecí varias veces no hablarte nunca más de amor, me aniquilan los recuerdos, y el corazón se me abrasa al pensar en ese imposible que entre los dos quieres poner.

—¡Calla, desgraciado!—gritó ella desesperadamente—. ¡Dios mío!—añadió, como si enloqueciera—. ¡Perdónale!

—Pero ¿es un crimen?—insistió él en una explosión apasionadísima de amor y rabia—. ¿Por qué ha de ser crimen estando junto á ti, besar como antes tu rostro de virgen atra-yente? ¿Acaso podrá Dios maldecirnos por-que satisfacemos una ansiedad de nuestros corazones? No es un pecado como tú te fi-guras; son pareceres tuyos, errores de tu corazón, que no sabe concebir la íntima in-comparable alegría de dos almas y dos cuer-pos que se funden al besarse. ¡Un beso, aun-que muera después! ¿Y qué? ¿No sabes tú lo que es un beso? ¿No te acuerdas ya de cuando te abrasabas y te conmovías y te mo-rías al recibirlos de mi boca?

Este recuerdo estalló como un latigazo en el alma de la mujer. Sintió aquellas palabras como la más horrenda injuria que pudieran hacerle. ¡Caso extrañísimo! La que tuvo como injuria horrenda no la sintió en sí mis-ma, la sintió en Tano. La mujer sobrepúso-se por un momento, inconscientemente, sin poderlo evitar, á la religiosa. El horror, el desprecio que aquel hombre la inspiraba hí-zola pensar en un segundo, como una ráfaga

quemante, que aquellos besos de otros días, de los labios viles, habían manchado su alma y aun el alma divina del santo hombre adoradísimo.

Su dolor, su vergüenza, fueron más grandes que sus temores. No tenía odio ni aun desprecio para el insensato en aquel punto; era un peligro, lo comprendía y se aterraba; pero no le suplicó piedad, como no se le suplica á la hiena para que no nos destroce ni al mar para que no nos trague. Le suplicó á Dios:

—¡Dios mío, protégeme! ¡Dios mío, que mi padre venga!

—¡Tu padre!

Fué dicho esto con tan tremenda ironía, que sor Adoración rehízose y dijo rápidamente:

—Tú sabes dónde está mi padre. ¿Qué has hecho de él?

Pero echóse atrás convulsa; tenía al hombre más cerca. Llegábale al rostro su aliento abrasado. Leyó en su mirada encendida la sentencia inapelable. La sentencia de muerte. Revolvióse, sin poder huir. Tenía

de atrás la pared y delante el hombre, que decía con reír siniestro:

—Sé dónde está y sé que no viene.

Y sentía la monja á la vez el horrible mirar de la fiera, que no retrocedería ni perdonaría.

Los brazos caídos, las manos cruzadas, apretadas nerviosamente, sombríos los ojos acusadores, lívidos los labios, exclamó la mujer así con espantosa serenidad:

—¡Repórtate, sé hombre!

Pero él, sin oírlo, puso una mano en su hombro. Quiso ella desviarse, pero la puso. Sentíanse chocar los dientes del capitán en mortales escalofríos. Sentíase su aliento abrasado como el jadear de la bestia.

Replegada contra el muro, sintiendo en su hombro el fuego de aquella mano, caídos los brazos aún, cruzadas sus manos aún, sintiendo brotar en su labio superior y sus sienes gotitas de sudor, con dolores vivísimos, como si rasgasen su piel puas agudas; sosteniendo, en fin, con su mirada firme, purísima, como una encantadora de fieras, la mirada loca de calenturas, dijo otra vez bajo, muy bajo:

—¡Sé hombre!

Y él, bajo también, bajo, tembloroso:

—¡No; serás mía, aunque el cielo se hunda y nos aplaste!

El desacato á la religiosa, el insulto á la mujer de aquella mano puesta sobre su hombro, ofrecíalo como expiación por su tremendo error de otros días; pero un minuto conseguido era en momentos tales un triunfo glorioso. ¡Cuán fervorosamente pedía á Dios que la mano que la ultrajaba quemándole el hombro y haciéndola estremecer por el temblor convulso del hombre que aquella misma mano le comunicaba, no se apartarse de allí, sufriendolo por Dios y por su honra misma, si ganaba en tanto algunos segundos!

Pero al contacto de aquella carne virginal, la fiera enfurecíase doblemente. Murmuró, silbándole el aliento:

—¡Todo lo haré por ti!

—¡Por mí!

Y á la tremenda, dolorísima ironía de esta exclamación, repuso él:

—¡Por ti! ¡Por tenerte! Por salir, aunque me muera, de esta atroz pesadilla de deseo,

que no es más que un doloroso morir anticipado. Consiente, aunque sea por tu padre.

—¿Y por qué por mi padre?

—Sería capaz hasta de asesinarlo por reducirte. ¿Tú no sabes que yo he hecho que le detengan con una delación para que no viniese á estorbarme? ¿Tú no sabes que yo podría hacer que le fusilaran?

—¡Eso eres tú!

—¡Consiente!

—¡Ni aun por mi padre! Hay una cosa infinitamente superior á él: Dios. Hay otra cosa aún: mis votos. Hay otra cosa que no doblega nada: ¡Yo misma!

—¡No me desafíes, mujer!

Acometióle un arrebató loco. Súbitamente, con el brazo libre quiso rodear su espalda y atraerla á sí para besar su boca; pero encontró las dos manos de la mujer apoyadas en su pecho y los brazos en tensión, como palancas formidables que los separaran. No habló la monja; pero dos lágrimas de dolor, de vergüenza, de impotencia, brotaban á la vez de sus ojos.

—¡Oh, no llores!—rugió él, perdiendo no-

ción de todo—. ¡Tus lágrimas, tu dolor, tu desesperación no sirven más que para enloquecer y embravecer mi sangre! ¿Ahora luchas? ¡Por aquí debíamos haber empezado! Te conozco. ¡Ahora la mansa oveja se convierte en leona!—y luchaba con frenesí para dominarla—. Pero, ¿qué más da? Venceré y mi triunfo será más grande por las agonías que me cueste.—En la lucha, separóse ella de la pared. Su cuerpo divino retorciáse ahora como una culebra en los brazos del hombre, deslizándose de ellos con agilidad felina para quedar presa nuevamente y volver á deslizarse. No esperaba ya nada, como no fuese de sí misma. No era hora de rezos ni exclamaciones. No era la humilde monja, era una mujer defendiéndose de un ultraje.— ¡Mía, mía!—exclamaba él, roncamente. Ella no habló; no tenía alientos para hablar ni gritar, atenta á la lucha. Una sola vez lanzó un grito de fiera herida, porque la boca de fuego del hombre quemó su rostro; y como un eco lúgubre de su grito, tronó el cañón fuera y fué más duro el trepidante ajetreo de la batalla. La enloqueció aquel contacto in-

fame del hombre; se revolvió en un instante de suprema locura con una ferocidad y poder, incomprensibles en aquel onduloso cuerpo de flor. Fué una lucha sorda, brutal, repugnante. Cuanto más la sinventura defendíase, mordiendo como una pantera con su boca de amores y perdones, sajando carnes con sus manos que parecían ahora de acero, con un sublime furor que la engrandecía, más redoblaba él su furioso ímpetu y ansias de terminar.—¡Te mato, pero serás mía!— ¡Después de muerta!—rugió ella una vez—. ¡Muerta y todo!—E increpábala ó acariciábala en su furor amoroso con frases soeces, roncadas, silbantes. Hubo un punto en que sintióse desmayar la pobre mujer; le faltaban de pronto aquellas fuerzas inverosímiles, producidas por su misma tensión nerviosa. Luchaba ella pensando esto, y por segunda vez lanzó un grito, un espantoso grito en demanda de socorro, que de nadie recibiría, y al que contestó nuevamente el tronar lúgubre del cañón.—¡Nadie, nadie! ¡Señor, Dios mío!—clamó la infeliz, rechinando los dientes—, ¿por qué no te apiadas?—. Y él, feroz, loco.

—¿Esperas un milagro?—Presentía la mujer el término de la lucha, pero triste, infelicísimo para ella. Tenía la convicción castamente orgullosa de que mientras alentase, por poco que fuese, sería inmaculada... ¡Oh!; pero ¿sería lo mismo como el síncope la acometiera ó si muriese? ¿No había dicho él: «Aun después de muerta»? Y este pensamiento de horror precisamente, hízola desmayar; flaquearon sus piernas de pronto, cayó al suelo y cayó él, estrechándola. Aún continuó la lucha imposible. Defendíase maquinalmente, inconscientemente, por un instinto de conservación en la mujer más noble que el de la vida: el del pudor. ¡Ah, pero sucumbía! Fué entonces cuando tuvo un pensamiento mundano, sin rebelarse por eso contra el destino que la condenaba; fué entonces cuando dijo, en una exclamación suprema, al sentirse vencida, moribunda, pero luchando, luchando siempre en aquella lucha eterna de algunos segundos; fué entonces cuando lo dijo, en un impulso invencible, desesperado de su corazón:

—¿Y has de ser tú?

¡Perdonadla! ¿Qué más hubiera podido hacer aquel pobre cuerpo enfermo de veinte años, después de las agonías sin nombre de su vivir? ¿Quién no perdonaría en la pobre mártir aquel último tristísimo pensamiento de mujer? Quizás ni ella misma supo lo que dijo. Quizás el pensamiento de Dios iba unido también á ese doloroso pensamiento mundano. Pero el hombre cogió aquellas palabras imperceptibles casi. Un relámpago iluminó súbitamente su cerebro... Y como el rayo, exclamó frenéticamente:

—¡Ah, luego había otro!

Fué espantoso el estallido de cólera, de celos, de rencores de aquel alma perdida. Ante el furor nuevo del monstruo, quedó ella inmóvil, como muerta. Fué el que siguió un breve aterrador silencio, en el cual parecían oírse estertores sordos y crugir de mandíbulas; el silencio sombrío de lo más intrincado del bosque, donde el lobo se oculta para triturar más á su gusto la tierna carne del cervatillo. Súbitamente, un rugido feroz de leona salió del débil pecho moribundo; un rugido de rabia, de muerte, de maldiciones,

cuyo eco se sobrepuso al del cañón y la fusilería de la calle. Un rugido que obligó al monstruo á erguirse y quedar mudo, estupefacto de horror ante aquella infeliz religiosa, tirada por tierra, los hábitos en desorden, las carnes desgarradas, acardenaladas, el rostro amoratado, los ojos abiertos, dilatadísimos, vidriosos, feroces, amenazadores, puestos en él...

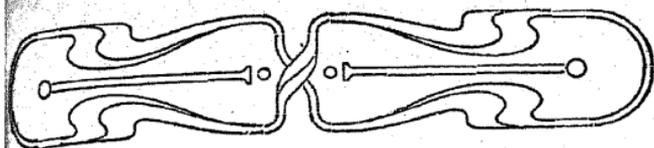
Anduvo de espaldas, sin serle posible apartar la vista de aquella espantosa imagen de baldón y miseria; anduvo así, y huyó luego con su terror por salas y corredores, enloquecido, sin coger sombrero ni tercera. Detúvose de pronto junto al escalón de la gran portalada. En la calle había un sacerdote moribundo, muerto tal vez. El cuerpo estaba en la acera, el rostro sobre el escalón. Un hilillo de sangre, como raya roja del destino, señalaba todo el luciente mármol. Y el monstruo, en medio de su locura, de la otra locura que al ver su obra consumada habíale acometido, pudo conocer á Tano en el sacerdote.

Pasó cuidadosamente, respetuosamente,

para no tocarle, y huyó como un condenado hacia las barricadas... Huyó, diciendo y repitiendo con risa de idiota:

—¡Era verdad! ¡Había otro! ¡Había otro!





XL

Entró en Málaga don José dos días antes de aquel primero de año famoso. Ya los republicanos habíanse decidido por la lucha. Toda la población ardía en igual efervescencia. Las barricadas alzáronse entre enorme griterío, y todo, en fin, era presagio de la tragedia próxima.

No halló don José inconvenientes grandes para andar por la población; pero, apenas puso los pies en el barrio, como había de pasar por una ú otra barricada precisamente, detuviéronle con pretexto fútil unos nacionales, compinches del capitán, ya apercebidos. Allí tuvieron al pobre anciano con malas comidas, dándole por cama unos costales sucios. Desesperábase don José de aquella inercia forzosa, sin sospechar que

su detención obedeciese á manejos del más cruel enemigo.

En la hora crítica de la lucha, diéronle un fusil y le obligaron á defender la barricada con ellos. Al huir los nacionales, por ser asaltado y tomado prontamente aquel reducito, hizose coger don José por la tropa. Contó lo que le ocurriera, dijo su nombre, su posición oficial, quién era su hija y el deber sagrado que le obligaba á ir prontamente en su auxilio. Dió con un jefe humano y soláronle al punto. Corrió por donde le fué posible á casa de los Luceños; pudo ver en el escalón una gran mancha de sangre, sin sospechar de quién fuese. Era sangre del santo, de aquel pobre santo de Anclada, á quien minutos antes habían recogido de allí unos camilleros.

No se habían preocupado de entrar en la casa, donde, por otra parte, nadie había pedido auxilio y quedó la infeliz en su espantosa soledad mucho tiempo. Entró don José, después de haber llamado repetidas veces, y recorrió pasillos y habitaciones sin hallar persona alguna. Procurando tranquili-

zarse, detúvose y enjugó nerviosamente las gruesas gotas de sudor que bañaban su rostro. Anduvo entonces de nuevo de una habitación en otra por aquel gran edificio que desconocía, y así hallóse con aquel pavoroso espectáculo que á ti, lector, te hizo ya estremecer. Detúvose en la puerta como si hubiesen descargado un golpe feroz en su nuca; erizábasele el pelo, los ojos se le inyectaron de sangre y no supo jamás si giró sobre sí mismo para caer ó fué que la habitación, los muebles y aun la misma monja—la monja tendida, con los hábitos descompuestos, el rostro amarotado, los ojos fijos, amenazadores—, daban vueltas en torno suyo. Pero no cayó; quedó inmóvil, firme, sombrío, con lágrimas silenciosas de un dolor sobrehumano. Corrió después á ella y ordenó sus ropas; al poner una mano sobre su corazón á ver si respiraba, sólo esta idea tuvo: ¡Más le valdría haber muerto!

Pero vivía, y empezaba entonces á recobrase. Desde aquel punto, parecióle sentir sobre su rostro un aliento abrasador y extendió las manos con ímpetu como para apar-

tar de si una cosa repulsiva, cuyo contacto la enloqueciese. Sentía en su cerebro gran vacío, como si todas sus imágenes hubieran rodado muertas á medrosa profundidad. Era la quietud, la calma de aquel cerebro, como la de un lugar de desolación en noches luctuosas, sin un rayo de luna que acariciara, sin una estrella que sonriese.

En medio de la fría espantosa desolación, fué tomando vida, este primer pensamiento... «¿No había sido suficientemente probada aún para merecer el premio de cerrar los ojos y no ver más á sus semejantes? Si no se moría de horror y vergüenza, ¿de qué se moría entonces?» Pensó en el vil de pronto y apretó los dientes como en espasmo cataléptico, crispáronse sus nervios, un ronco estertor escapó de su garganta y, aflojándose sus músculos seguidamente como nudo fuertísimo que de pronto se deshace, quedó otra vez sin sentido, inmóvil, los dedos laxos, el rostro de muerta.

Entonces fué cuando entró su padre y lanzóse en su auxilio; pero, luchando el débil pensamiento entre la realidad y la sombra,

se repelió de sí creyéndose aún á merced del villano. Don José, sombrío, rígido, sintiendo el latir de su corazón como enormes mazas en las sienes, sin hablar, sin llorar, rehelando en sus ojos una resolución formidable, prestó á su hija cuantos auxilios pudo, y fué la desgraciada adquiriendo nuevamente con mucha lentitud noción de las cosas. Se incorporó un poco ayudada por su padre, gemiente y sintiéndose el crugir de sus costuras; tendió en torno una mirada sin firmeza, como si fuese un muerto quien por milagro abriera los ojos y mirase; paseó así la vista sin expresión é iba á caer otra vez en inercia profunda; pero, fijándose en el sombrero y la tercerola, extendió los brazos como para repeler al monstruo, escapándosele de la garganta un ronco grito:

—¡Jaime!

Cogióla el síncope nuevamente, el cuerpo retorciase en convulsiones horribles; gemía, gemía sin poder respirar. Sintió don José como si le abrieran la frente de un hachazo y entrara por la hendidura aquel nombre fatídico. Al oír el fatal nombre, pare-

ció olvidar por un extraño fenómeno que tal hija tuviese y la situación de la sinventura. La dejó en tierra; fué al rincón donde estaba la tercerola, la cogió, la apretó con sus dedos huesudos hasta parecer clavarlos en ella; salió de la habitación, bajó al portal sin saber cómo y saltó á la calle, recorriéndola de punta á punta; luego fué á otra, después á otra, buscando siempre... llamando á Jaime siempre. Llegó á un sitio donde revolviáanse los milicianos con sus últimas desperadas energías. Los muertos, como costales, yacían tumbados por tierra; menudeaban los cañonazos; los proyectiles de la tropa estrellábanse en los pedruscos de la barricada, haciendo saltar un diluvio de afiladas piedrecillas, que herían con más precisión aún que las bayonetas; los soldados habían subido á las casas, avanzando por la calle, para lo que se dieron los zapadores buen trajín de derribar tabiques, y desde balcones y ventanas hacían fuego á los de abajo. No cesó la fusilería en mucho tiempo, ni cesó tampoco la metralla de cumplir su misión redentora.

En lo más furioso de la lucha asomó sobre la barricada un rostro primeramente, un rostro arrugado, cadavérico, de ojos llameantes, el busto después y un cuerpo en fin... Subido en la barricada el anciano—¡que era un pobre anciano desesperado!—gritó en tono lúgubre:

—¡Jaime! ¡Jaime!

¡No le contestaba!... ¡No le veía!

—¡Jaime!—llamó otra vez.

—¿Quién? ¿El capitán?—oyó decir—. ¡En la otra barricada, viejo valiente!

Dió un salto el viejo y rodó al caer, como le pasó antes á cierto varón infelicísimo; pero cayó sin soltar su tercerola; alzándose apresuradamente, emprendió el camino otra vez. Llevaba descubierta la cabeza, descompuerto el traje, en desorden el cabello blanco, que tan dulce majestad daba á su rostro, y apretaba el arma siempre, la apretaba hasta clavar en ella las uñas.

«¡En la otra barricada!» Sólo tenía pensamiento para esta frase. Anduvo, anduvo por una vía desierta, pero oíase rumor de gritos, descargas y relinchar de caballos. Dió en

otra calle, andúvola al momento por ser muy corta y desembocó en la de San Pablo. Estaba ya la barricada medio deshecha; había gran número de nacionales y centuplicación de tropa; era un combate monstruoso; los republicanos embestían, saltando como leones sobre la soldadesca, que se replegaba y volvía á la carga luego; hacíanse pedazos allí sin tregua ni compasión; no era aquella la causa de la república ni del gobierno, sino la del amor propio; fieras, destrozándose los pulmones á garfadas. Escuchábase algo muy parecido al estruendo de gran ferrería, esa balumba espantosa que impone y ensordece; tronaban los fusiles, tronaba el cañón, caían las techumbres, los tabiques; allá, detrás de los cañones, chispeaban las herraduras de la caballería en el desigual empedrado, advirtiéndose entre el gran ruido—como puñal que hiende la carne—aquel otro ruido del sononete de bocados, de espuelas, de sables, de anillas, el piñoneo del gatillo al ser amartillado, el retintín, además férreo, sostenido, iracundo, de la faca y la bayoneta en pugilato horrendo, y la maldición, el rugido, el

vibrar de músicas belicosas, el costalazo del que cae y el aullido salvaje del que vence.

Todo veíalo don José como envuelto en una bruma roja; oíalo como un mar rebramante. Hirió con sus abrasadoras pupilas á cada uno de los combatientes. «¡Jaime!» ¡Le vió al fin! Jaime estaba sin sombrero, roto el uniforme, vendado un hombro, ceñudo, sombrío, las manos y la cara sucias del humo de la pólvora.

—¡Jaime!—gritó el viejo fatídicamente, y se echó el arma á la cara. El capitán no le oía.

—¡Jaime!—y le apuntaba á la cabeza.

—¡Jaime!

Volvió la cabeza por último y halláronse las dos miradas.

Antes que Jaime pudiese contestar, rodó con el cráneo roto de un balazo.

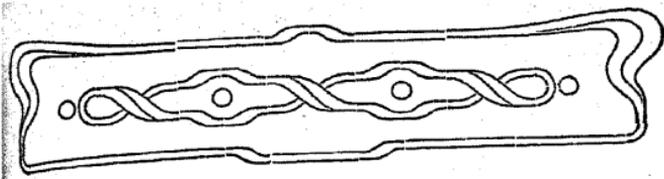
Tronó el cañón al mismo tiempo, estrechándose el enorme proyectil contra la barricada; una losa gigantesca cayó desde arriba para aplastar al hombre.

Y roto el cráneo de un tiro, reventado el

cuerpo bajo la gran losa, moviéronse sus
labios todavía queriendo modular esta última
idea:

— ¡Había otro!





XLI

Los meses de Enero y Febrero, de largas melancólicas noches, necesitó la monja para ir recobrándose un poco. Un bello día de Marzo en que las flores empezaban á resplandecer en los vergeles andaluces, dióse cuenta al fin de la presencia de sus padres.

La señora Quintañones fué llamada por don José; antes de permitirle llegar hasta Estrella, hablaron mucho tiempo secretamente. No se sabe lo que hablaron, pero después de la conversación misteriosa, se hubiera podido jurar que aquella mujer no era la que había llegado poco antes. Antes era una señora de edad; ahora una vieja, arrugada y encorvadísima. Desde entonces estuvo la madre junto á la sinventura, atenta

á todo, creyendo verla morir unas veces, creyendo verla resucitar otras, por las extrañas misteriosísimas complicaciones de aquel organismo.

Llegó aquel bello día de Marzo, y la enferma, dándose cuenta de las cosas, lanzó también su primer grito de desolación. Pero estaba allí su madre. Esta ejemplar señora, que en el transcurso de su vida no pudo decir seguidamente cuatro palabras, dijo entonces con una dulce elocuencia:

—Estuve moribunda, pero Dios quiso conservarme para tu consuelo, el consuelo de este abrazo. ¿Qué hubiera sido hoy de ti sin estos brazos míos? Lloro, hija del corazón, que estás en los brazos de tu madre.

Y lloró, lloró sobre el pecho maternal; lloró y se quejó como un niño.

Sobreponiéndose á todo don José, animando á las mujeres y animándose él mismo, tomó sus disposiciones para salir de Málaga al punto. Era preciso un lugar saludable, solitario, donde la enferma pudiese vivir á solas con su pesadumbre. Pensó en Anclada; aquel clima puro, aquella tierra de dulces

recuerdos infantiles, sería muy conveniente para la pobre alma sin consuelo; mas no tenían entonces aquella casa que tanto amaron; sobre todo, carecerían allí de la soledad indispensable. En estas indecisiones un amigo de Anclada, compañero en épocas más felices de paseos y discusiones, como aquel don Manuel de feliz memoria, le brindó con el Marrubial en una carta de hermano. Era el Marrubial un paraíso campestre, la mejor de aquellas ricas posesiones enajenadas por Tanito para favorecer á los necesitados.

Agradeció y aceptó don José la oferta. El Marrubial era un vergel maravilloso, oculto en la soledad de la montaña, en el que Estrella había pasado muchos meses en varias épocas, durante su niñez y su juventud al lado de Tana, la madre del sacerdote, y aún de este mismo. Allá partieron cuando Abril comenzó. Avistóse don José en Anclada con el amigo antes de seguir hacia el Marrubial. Ni el dueño ni su familia irían aquel verano á la posesión; serían los Quintañones dueños en absoluto... «Un huésped encontrarían: un habitante modestísimo; con

seguridad no sería molesto. Fué al Marrubial por invitación también del amigo, en busca de salud.» Sonrió el amigo con tristeza. Despidiéndose, como por distracción, no dijo el nombre del huésped.

Aquella noche, después de cuatro horas de carruaje y dos más de caballería, por difíciles caminejos de herradura y siempre en ascensión, halláronse en el Marrubial. La enferma, quebrantadísima, entró en la casa. Era un viejo recinto restaurado y remozado por los últimos de la familia. Tana, viuda desde muy joven, había hecho de él su residencia constante; allí se dedicó á administrar con raro juicio el gran patrimonio y al amor de Tano, á quien por capricho singular quería para la iglesia.

Se acostó al punto; sentíase febril, quizás por el cansancio. Se acostó sin reparar siquiera en la habitación á que su madre la condujo.

La gran enfermedad de atonía que le cogió desde aquel lúgubre primero de año, habíale hecho olvidar la que de largo tiempo tenía ya origen, pero aquella enfermedad

no fué olvidada por el médico que después la asistiera, porque existía en realidad y fué causa del largo espacio que invirtió ahora en recuperar algún brío. Al volver á la vida nuevamente junto sus padres, parecía una muerta; ibásele la memoria en ocasiones, y se acentuó un fenómeno manifestado muchas veces en la clausura; además de aquellos espantos sanguinolentos, acometíanla convulsiones frecuentes; echábase á temblar por cualquier cosa; volvía á menudo la cabeza con terror como si algún ser imaginario la persiguiera.

Aquella noche, no obstante su agitación febril, que fué desapareciendo, la pasó regular; tosió algo, pero quedó tranquila al fin, durmiéndose dulcemente. La madre llamó á don José. Llegaron hasta el lecho, sigilosos, como dos criminales. ¡Cuán distinto era aquel don José del que vió el lector en la barricada disparando sobre el maldito! ¡Cuán acerbos fueron las lágrimas de los infelices padres ante aquel rostro bello de virgen dormida! ¡Oh, qué dulce sueño de inocencia el de aquel rostro, revelador del alma encantadora!

Despertó muy descansada y quiso probar á vestirse sin ayuda de su madre. No usaba el hábito. Desde un día cruellísimo renunció á llevar aquella prenda que había sido profanada como lo fué ella misma. Púsose con cierta agilidad su traje modesto de luto. Parecía una casada sorprendida por la muerte del ser amadísimo en plena juventud; una viuda de veinte años, enferma de dolor y amor. ¡Ah!, bien lo sabía ella; sus lutos eran más sombríos y dolorosos. Miró por la habitación para orientarse, y un suspiro salió de su pecho. Allí había dormido otras veces. Fué hasta un gran cuadro, representación de la madre de Miguel. Allí estaba ella, con aquel rostro suyo de hermosa serenidad. Debajo había otro más pequeño: era Tanito, con sus ojos amorosos y su infantil sonrisa. Llegó hasta el retrato y quedó mirándole atenta; luego, apoyando la frente sobre la pared, allí, junto á la graciosa imagen, lloró mucho. Fueron lágrimas consoladoras.

Salió con cautela para no despertar á su madre. Amanecía entonces; era una mañana

radiosa; todos los esplendores de Abril parecían centellear sobre las cumbres de aquellas sierras; aspiró con ansia el aire embalsamado por la resina de los pinos; crecían las flores silvestres bordeando los desfiladeros; al zumbar lejano de las aguas, despeñándose por la torrentera, uníanse las músicas de los pájaros.

Anduvo hacia el pinar maquinalmente. Conmoviase mucho; por aquel sendero había pasado en mil ocasiones á todo correr, perseguida por Tano ó persiguiéndole ella con loco tropel de risas. Siguió aquel camino, bordeado de obonibus hasta dar casi en los comienzos del bosque de pinos maravilloso. Respirábanse balsámicas fragancias que hacían cerrar los ojos con bienestar intenso. Miraba melancólicamente aquí y allá, en aquel pedrusco sentábase ella á *esperarle* cuando salían los dos furtivamente en las horas del calor; sobre aquel césped *habían* descansado más de una vez de sus famosas excursiones. Avanzaba con la imagen del dulce amigo en la retina, como si estuviese viéndole, como si no hubieran pasado

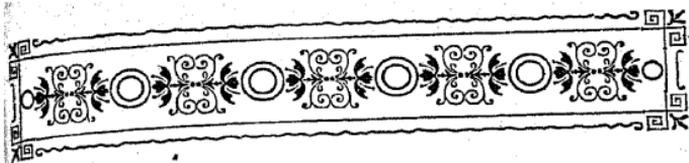
años, como si Jaime ¡Dios poderoso! no hubiese existido nunca. Por allí, junto aquel puente rústico, que unía los dos bordes de hondo barranco, rodó ella una tarde y no se estrelló en lo profundo porque Tano se precipitó á salvarla; y lo consiguió desgraciadamente. «¡Oh, Tano, que cruel fuiste conservándole una vida tan infeliz! Entonces, en aquel solemne momento, la llamó Tana por primera vez... ¡La llamó como á su madre!»

Habíase detenido, é inclinó la cabeza, permaneciendo inmóvil como un fantasma de desolación. Alzó la cabeza suspirando y echóse atrás súbitamente. ¿Qué otro fantasma era aquel que tenía ante sí? Estaba á pocos pasos: era una silueta luctuosa también; era un rostro demacrado, pero dulcísimo, sonriente, con sonrisa lumínica de singular atracción y unos ojos hermosísimos de misericordia y ternura que hacían pensar en cosas ultraterrenales.—¡Es él, Dios mío! —murmuró atónita.—¡Es él, y yo puedo resistir su mirada, yo puedo estar en presencia suya sin morir de emoción!—Cogióse

al tronco de un árbol, porque la vida le faltaba, pero se recobró al ver que el sacerdote dirigíase á ella. Sí, era Tano, con su traje talar siempre, con su sonrisa de resignación, con su mirada de paz y dulzura. Un rayo de sol, entrado por los huecos del ramaje, tocaba su cabeza, haciéndola resplandecer ante los ojos maravillados de sor Adoración. Era la celestial cabeza que vió surgir, como el sol, diferentes veces del abismo de los mares. Ante la aparición mística, todos los sentimientos de fe, de mansedumbre, de sacrificio, levantáronse en su alma cristiana; aquella alma ansiosa de paz, no vió en él un hombre, vió la encarnación viva de Jesús en la tierra; no se consideró una mujer, sino la humilde religiosa, que quería fortalecer su espíritu. Dió un paso y cayó de rodillas á los pies del sacerdote, bañados en lágrimas de fe aquellos ojos que tanto habían llorado.—¡Padre, padre mío!—Se inclinó él con lentitud, sentándose fatigadamente sobre una piedra, y oyó á la penitente; la oyó allí, en aquel majestuoso templo de tan singulares columnas, cuyas bóvedas eran las

ramas unidas de los árboles. La oyó largo tiempo sin parecer sentir las gruesas gotas de sudor helado que bañaban su frente. Y los cantos parleros, las músicas de los arroyos, y las sonatas melodiosas de la brisa en los ramajes, todo pareció contenido, al ver al sacerdote y la penitente, confesando ella sus culpas y él absolviéndolas, envueltos ambos, como en una aureola celestial, en aquel rayo de sol.





XLII

—Tose mucho de noche, señor, no duerme, no descansa; de rodillas en el suelo, reza y reza el pobrecito hasta que la aurora apunta; se sale al campo con sus libros piadosos y, sentándose en una sombra, sigue allí el silicio de su rezo. Cuando vuelve come un poco, nada para el decir, porque un pajarito le haría competencia; escribe ó lee hasta que el calor calma y se va otra vez á los pinos. Se acuesta muy tarde, porque la cama es su condenación; así todos los días, triste siempre, con una sonrisa de santo que parte el alma.

Quien decía esto á los señores Quintañones al otro día, era una mujer, ya de edad, y de muy bondadoso aspecto, esposa del guarda.

La señora Quintañones hallábase inquieta; se había levantado su hija y se marchó sin que la sintiese. El guarda, que llegó entonces, dijola sonriendo:

—Está con Tano; los vi en el bosque, ya de retorno.—La mujer seguía hablando:

—Vive en el pabellón, ya sabe usted, al lado allá del jardín, cerquita de nosotros, que podemos estar con más prontitud para servirle. Por supuesto —añadió enjugándose el llanto con una punta de su delantal—, el día que Tanito muera, será locura en Anclada.

Calláronse, porque apareció Tano entonces, en compañía de Estrella. El momento fué emocionante para don José y su señora. Abrazaron á Tano con vivo amor, como un hijo del alma á quien no se ve desde mucho tiempo.

La vida de Tano se animó un poco; se le impuso la obligación de comer con ellos siempre, para que fueran sus comidas regulares. La presencia de Tano fué al principio para la monja como un sueño incomprensible: sentíase turbada, enrojecía al verle,

aunque su pobre sangre de clorótica creyérase ya sin fuerza. Era que recordaba la confesión, aquel acto solemne, tan fervoroso, tan espontáneo de su pecho.

—Padre—le dijo una mañana á don José, aludiendo á Tano—, lo sabe todo.—Miraba á su padre, horriblemente pálida, con sus ojos de Dolorosa. Don José la oyó, confundido.

—Confesé con él—agregó ella dulcemente.

—¿Con él, hija mía?

—Como lo hubiese hecho con Dios mismo.

Ay, yo sólo sé hasta dónde llega la santidad de Tano!

Deslizáronse los días de Abril apaciblemente; ella habíase, al parecer, estacionado en su enfermedad: los ojos perspicaces de la madre lo veían bien: no mejoraba, pero no empeoraba. Mayo aumentó las galas y primores de la sierra. Respirábase salud en aquellas hondonadas y alturas; los árboles y las flores lucían toda su pompa.

Establecida una correspondencia regular, aunque no muy seguida, túvose carta de la

madre Purificación. La superiora habló de sor Lucía; hallábase en Madrid con sus *tres clavos*;—aquellas tres monjas impedidas.— De Anclada venfan continuamente, también á saber del Padre Gardoquis. Estrella escribió á sor Lucía.

Varias veces habíase aludido á las causas de la enfermedad del Padre Gardoquis, pero él rehuía, con cierta timidez, hablar de ellas. La enfermedad de Tano era otro gran padecimiento de la monja.

¡Compadecíanse mutuamente con piadosa ternura! Se acostumbró ella poco á poco á la mirada dulce; había en esta mirada una piedad tan honda, un amor tan infinitamente puro y misericordioso, que no sintió ya aquel fuego abrasarle el rostro. Al verse por primera vez en el bosque de pinos, coincidieron en una misma idea: «no se había cruzado una frase entre ellos desde la noche que le rechazó ella por *su amor* á Jaime». ¡Dulce noche de luna, cuán recordada y llorada fuiste! En sus paseos solitarios por aquellos lugares amadísimos, recordaban, sin querer, escenas de otros días, que amar-

gaban sus corazones y ponían lágrimas en sus ojos. En cierta ocasión, yendo hacia el torrente cuyo zumbido eterno oíase en la calma del campo como una gran oración alzada á lo infinito, se apartó él un poco, dirigiéndose vacilante—pues su debilidad y flaqueza eran grandísimas—á un zarzal inmediato. Ella veíale hacer con profunda emoción. ¡Lo que le recordaba aquel instante! Quiso coger una mora silvestre, pero no pudo guardar bien el equilibrio y cayó al suelo. Corrió la mujer en su ayuda.

—Gracias—murmuró Tano dulcemente—. Pero ella estalló en sollozos, echándose á tierra, en el mismo sitio en que había caído Tano.

—¡Ay, Tano!—exclamó—. ¿Por qué no te oí?

Fué la primera vez que se hacía alusión á otro tiempo. Sentándose junto á ella, contestó él reposadamente:

—Porque Dios nos destinaba á otra cosa. No te culpes nunca por aquel acto tuyo. Entonces yo podría decirte: ¿por qué cuando me rechazaste no sufrí pacientemente y no

aguardé los sucesos? ¿No conocía yo á quien de ti me separaba? Pronto, Estrella, te habrías desengañado. Entonces hubiese sido mi tiempo; ¿por qué al separarme de la ventana, llorando de pena, pero imprudente y orgulloso, me fuí sin pensar ya en otra cosa que en ser sacerdote, sin detenerme en Anclada un solo día, sin verte ni hablarte más? No fuiste tú, Estrella, fuí yo y lo hemos pagado todos; y yo, en particular, tuve mi castigo.

Lo que consideraba como su castigo aquel corazón perfecto, no lo sabía nadie: era el no haber podido llegar oportunamente para salvarla.

Pero Estrella, abismada en su profunda pesadumbre, no le contestó. Quedaron silenciosos y afectadísimos. Así fueron al Marrubial, ella mirábale furtivamente. Veíale decaer de un modo visible, sentíase presa de un dolor, de una locura sin nombre, al pensamiento de que pudiese morir.

Tano se fué al pabellón inmediatamente. Estrella quedó leyendo una carta de la madre superiora. Nunca había querido aludir el

sacerdote á las causas que dieron origen á su enfermedad; pero, al fin, ella las supo. La madre Purificación se las dijo en aquel escrito doloroso. Cuando acabó de leer, una expresión indescriptible de espanto y ternura se pintó en su semblante. Recorriendo el jardín rápidamente, aunque parecía sin alientos, llegó al pabellón.

—Óyeme, Tano, quiero hablarte — dijo tocando en su puerta.

Salió él á su encuentro, sorprendido.

—Mira, Tano, lo que me dicen aquí... ¡Yo había de saberlo alguna vez! — Le presentó la carta, indicándole el párrafo. Sintióse presa Tanito de emoción profunda. Tuvo que sentarse.

—Léelo tú — dijo débilmente —, ¿qué me pasará?... hasta la vista me falta ahora.

Ella leyó; su garganta al hablar parecía estrangularse. «No fué hija mía como tú crees; aquel desdichado te llevó al carruaje, pero primero ocurrió una escena bien triste. El Padre Gardoquis trató por todos los medios de impedirlo. Las súplicas, las palabras humildes de aquel santo fueron inútiles. ¡Se

me figura que voy á morir al acordarme! ¡No sabes cómo sufrió las injurias del vil, las maldiciones, las palabras soeces! ¡No sabes cómo cayó de rodillas el bendito para desarmar á aquel monstruo, ni el rencor, ni la cólera impía con que le amenazó el monstruo y le maltrató, arrojándole y pasando sobre él para ir á cogerte! ¡Fué horrible! Conservo la visión de aquello como la de la cosa más repugnante y horrenda que pueda nadie concebir. Se levantó entonces el Padre Gardoquis como un león airado. Yo escuché sus palabras llenas de valentía y generosidad. Yo las escuché: «¡Lo que el ministro de Dios no consigue de ti lo conseguirá el hombre!» ¡Tú no sabes, hija desgraciada, cómo se lanzó tras él por contenerle, y que no llegase hasta ti! ¡Tú no sabes el brío y poder con que le alcanzaba ya..., pero un miserable forajido, interrumpió su paso asestándole en el pecho con la culata de su fusil golpe tan espantoso, que nos arrancó á todas un alarido de horror! ¡Tú no sabes cómo cayó al suelo el infeliz, ni cómo se oyó chocar su frente en la pie-

¡Acudimos en su ayuda y parecía muerto. Mientras corríamos á él y le auxiliábamos salió el monstruo contigo. Así pasó. Ni en solo minuto de mi vida olvidaré el horrible momento, ni dejaré de admirar á Dios que puede crear almas así. ¡Dios le ampare y le bendiga!...»

Tenía Tano inclinada la cabeza como un reo á quien han leído su condenación. Hablando ella quedado de pie no podía ver su rostro. Puso su mano sobre aquella cabeza adorada haciéndola levantar. Por las mejillas amarillentas del Padre Gardoquis corrían lágrimas ardorosas:

—¡Perdóname si no pude hacer más!—
dijo, disculpándose aún.

Y ella murmuró bajo, muy bajo, con tono apasionadísimo, centelleante la mirada por un momento, con la lumbre poderosa de vida de otra época:

—¡Ay, Tano, Tano!





XLIII

Alejándose de allí rápidamente entregó á su padre, sin hablar, la carta de sor Purificación y entró en su cuarto. No salió ya de él en mucho tiempo. Tenía la pobre joven horas desesperadísimas; su gran fe solamente podía animarla y hacerla vivir. Entregábase á sus actos religiosos con gran insistencia. Quiso volver al convento; si en España no podía ser en Francia, donde se pudiese; lo que produjo en los padres terror hondísimo.

Se agravó en esta época de tal modo que llevó la consternación á los pobres seres que tanto la amaban; su cara púsose angulosa, demacradísima, se hundieron sus sienes, la

boca y los ojos parecían agrandarse; la imaginación tomaba giros extraños.

Muchas noches, cuando iba á vencerla el sueño, sentía de pronto como si la respiración se le cortase; revolvíase con hondas angustias; pareció que todo su organismo entraba ya en un gran desconcierto. Volvióse irascible, con horas de una viveza y agitación, extrañas por su gran debilidad, y otras de inercia lastimosísima. Sentía en estas ocasiones angustias mortales, como si una gran bola le subiese del hipogastrio para obstruir la tráquea. Fué, en fin, una crisis tremenda en que creyeron todos, y creyó ella misma, que moría. Tano, más silencioso, más decaído, no comía ni tomaba sus medicamentos; daba vueltas alrededor del Marrubial como un alma errante; no se apartaba nunca de allí; cesó en sus paseos del bosque. Moríase de tristeza y consunción. Hubiese dicho de buena fe que hacía un año que no la veía, pero fueron tres semanas, tres semanas interminables, dolorosísimas en la existencia del pobre enfermo.

El médico, que iba periódicamente á ver

Tano, por imposición de sus amigos y no porque Tano lo solicitase, la observó alguna vez—una, muy detenidamente—, y dijo que todo aquello eran síntomas de histerismo... pero de la dolencia, de la gran dolencia tan temida, de la tisis, en que ya tenían costumbre de pensar, nunca habló nada. La madre, moviendo la cabeza, pensativamente, escondíase para llorar á solas.

Otro día lanzó Estrella un grito, pero apagado, sordo, como haciéndose atrás al salir; sudor copiosísimo bañó su cuerpo y se inclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón en que se había sentado. ¿Qué fué? Explicándosele á su madre, la miraba ésta con triste atención. Siguió muy intranquila; su semblante extraño ardor á la cara, ardían sus ojos, y acometíanla inexplicables turbaciones. Tenía siempre su habitación á oscuras; muchos días no probaba bocado, comiendo otros con voracidad. En cierta ocasión, de rodillas en el suelo para decir sus oraciones antes de acostarse, sintió nuevamente aquella enorme impresión que no podía definir. La señora Quintañones, que estaba con

ella, la sentó en su regazo, como cuando era pequeñita, y esta mujer, representación dulce del silencio, desplegó nuevamente en su vida una elocuencia suave, acariciadora, arrulladora... ¿Qué dijo? ¡Oh, las madres!

.....

.....

Una noche, Tano vagaba, como siempre, alrededor de la casa. No podía estar en el pabellón; ahogábase en él, aquel aire fresco era contrario á su salud, pero lo aspiraba ansiosamente. Era una noche oscura, sin estrellas, las nubes invadían el cielo como gigantes deformes que se preparaban á combatir. Detúvose cansadísimo y se sentó en un banco. Aquella terrible tos que hacía tan triste sus noches, le acometió de pronto. Un instante después, en la solemne calma, sintió como bajando del cielo una voz armoniosa, dulcísima:

—Miguelito Gardoquis, ¿qué haces ahí?

Estático él, como si las puertas de la gloriaabriéranse de pronto en aquellas negras de la noche:

—Tana—dijo—, ¿eres tú? Creí morirme ya sin verte.

—Soy yo, que te sentí toser y me vestí para hablarte; y ya ves, que no te has muerto sin verme. El Señor santísimo querrá ampararte.

Hubo una pausa. La voz habíase sentido muy próxima. Recordó Tano que eran bajas las habitaciones de Estrella; subió en el banco y halló en un ventana abierta la forma confusa de gentil cabecita, recostada en un quicio.

—Tana, yo me moriré, yo tendré que morirme, porque si no qué va ser de mí—. No podía hablar; sus frases penosas, indecisas, sonaban á lágrimas.

—¡Y á mí se me muere el corazón viéndote ú oyéndote! Yo voy á volverme loca.

La voz tenía un timbre tan musical, tan acariciador, que el pobre Tano tuvo que cogerse al alfeizar de la ventana para no caer; tropezó su mano con otra mano pequeña, ardorosísima; fué un choque eléctrico; pareció que los mataba; las manos, pronta bruscamente, enlazáronse con ansioso ímpe-

tu; pero pronta, bruscamente, separáronse también como si tirase de cada una, á inconsciencia de ellos, un poder misterioso.

Dijo él melancólicamente:

—Ahora sí que te acordarás de cierta triste noche en que hablamos por una ventana.— Ella suspiró...

—Era una noche de luna, y esta noche es negra, negrísima.

—¿Por qué no has querido verme, Tana, en tantos días?

—Porque al salir de tu cuarto, después de leerte lo que me dijeron en aquella carta, pensé de verdad que no habría poder en el mundo que pudiera separarme de ti, ni separar mis ojos de los tuyos. Y el no verte fué, por desdicha mía, el único remedio que pude poner á tan triste mal.

—¡Yo me iré, Tana, yo me iré—, respondió el pobre mozo humildísimamente.

—Tú no te irás, porque entonces viviríamos los dos desesperados. Así como tú deduces de tu profunda sabiduría cristiana que todos nuestros males han sido pruebas á que Dios nos sometió, admite también la

seguridad fervorosa mía, de que mis pruebas, que no han acabado aún, permite Dios que las sufra estando tú á mi lado y compartiéndolas conmigo.

—¿Hay más pruebas aún, Tana?—dijo él dulce, medrosamente:—Dímelas; es tu confesor y tu hermano quien te lo pide.

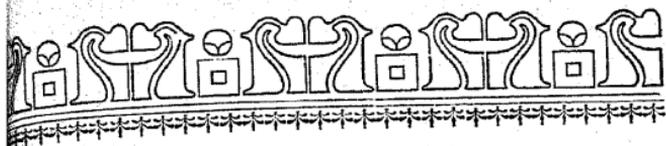
—Hay una, no sé si la más horrible de todas; una, para la cual mis labios no encuentran expresión. Espérate, Tano.—Se retiró de la ventana y apareció á poco—. Te lo escribí á obscuras porque mis labios no podrían pronunciar palabras tan estupendas, ni mis ojos podrían tampoco verlas escritas.—Y le dió un papel que estrechó el cura en su mano calenturienta.

—¿Te veré, Tana? ¿Te veré en adelante?—preguntó temblorosamente.

—¡Y yo te veré á ti! Dios no encontrará eso malo. Yo haré un esfuerzo y Dios querrá darme brío para no caer muerta, cuando á la luz del cielo pongas en mí tu mirada gloriosa.

Separáronse. Tano leyó en el papel:

«¡Voy á ser madre!»



XLIV

Carta para don José, otra para Estrella:
era de sor Lucía. La leyó Estrella febril-
mente... Las exhortaciones de costumbre:
nuego, hablar del Padre Gardoquis. Estrella
había querido saber si su juicioso mentor le
daba algún otro dato, lo mismo que la ma-
dre superiora. Sor Lucía estaba en Ma-
rid con sus tres *clavitos*, pero se marchó
después de los sucesos de Enero. Con
detalle pudo contribuir solamente: el
Padre Gardoquis estuvo á verla el día que
salió del hospital, esto es, el mismo día 1.^o
de año; fué muy de mañana, antes de em-
pezar la lucha. Parecía enfermo, bien en-
fermo, y era inexplicable que hubiese sido
dado de alta. «Me preguntó si tenía noticias

de usted... ¡Pobre de mí, bien poco le dije! Se marchó y supe por una hermana de la caridad, bastante después, que en la tarde de aquel mismo día de Enero, ingresó en el hospital nuevamente y en estado gravísimo.» Pero don José tuvo en su carta otros datos más interesantes. Era una carta del director del hospital, á quien le había escrito por instigación de Estrella. «Al Padre Gardoquis se le encontró moribundo por unos camilleros en la puerta de una casa de la calle de la Trinidad. Recordábase, sin duda por ser un sacerdote muy conocido...» Quedaron mirándose el padre y la hija, intensamente pálidos. «¿Habría sido *allí*?» Ella, fijos sus ojos en el semblante sereno, dulcísimo del sacerdote, habíase preguntado muchas veces: «¿*Por qué no fuiste?*» «¿Habría ido?» Se pasó las manos por la frente como si le fuera á estallar. Pero quería saberlo á toda costa.

—Mamá, ¿querrá Tano salir?; ¿por qué no se lo pregunta usted de mi parte? Iríamos al torrente; no hemos ido aún.—La madre salió muy satisfecha. Iba diciéndoselo: «Es-

tará mejor, puesto que decide romper su clausura del cuarto.» En su egoísmo sublime de madre, su aspiración era una sola: que su hija viviese.

Tanito había pasado una noche horrible. Creyó morir cuando leyó aquello. Rompió, al fin el papel suspirando y acabó, como siempre, en sus pruebas más penosas, por bendecir á Dios. Cuando supo que Tana quería salir, su semblante demacradísimo irradió de gozo. La señora contuvo un suspiro. ¡Oh!, ¿qué madre, por torpe, por ignorante que sea, no penetra instintivamente en el corazón de sus hijos? La buena mujer adivinaba y callaba. Nunca fué tan precioso su silencio. Le parecía un crimen alarmar con observación alguna aquellas dos almas de niños desventurados. Era al declinar de una tarde nubosa de canícula..... Cuando se vieron, el rostro de Tano púsose cadavérico; ella, baja la vista, alargó su mano inconscientemente como si buscase el natural apoyo. Él las estrechó, conmovido.

Caminaban en silencio; ella quería ir al torrente; lo había dicho ya. Hizo un día so-

focante; obscurecería pronto, pero estaba cerca.

Avanzaron con lentitud como atraídos por el recio tronar de las aguas; en el borde del barranco detuviéronse. Alzó ella los ojos: espacios negrísimos; allá, por la izquierda, celajes grises confundiéndose con la sombra; por otro lado, celajes blancos de la luna, que luchaba detrás de las nubes para abrirse camino; otras nubes plumizas, grandes, cortadas extrañamente, como gigantes contrahechos; y allá enfrente, radioso y puro, el lucero de la tarde. El encrespado remolino bramaba á sus pies, haciendo retemblar las rocas. La hervorosa espuma deshacíase en gotitas que salpicaban sus rostros.

Allí sentáronse; allí hizo ella esta pregunta en voz alta para dominar el clamor del torrente:

—Dímelo, Tano, acaba de enterarme... Cuando te golpearon infamemente por acudir en mi socorro, cuando caíste por tierra, moribundo, fuiste conducido á un hospital... ¿es cierto?

—Es cierto, sí— contestó dulcemente.

—Y después, ¿cuándo saliste del hospital? No; espera, Tano, precisaré mi pregunta: ¿Qué día saliste? ¿Fué el día primero de Enero?

—Ese mismo día—repuso él suspirando.

—¿Y qué hiciste aquel día?—Cuéntamelo... ¿Sabes lo que está ocurriéndoseme en este punto? Que esté yo hablando con esta familiaridad aquí, al borde de este abismo, entre el gran clamor de estas aguas, con aquel Padre Gardoquis que nos exhortaba solemnemente en la reja del locutorio, al valor... el inmenso valor ¡ay! para resistir las tentaciones. Ya ves cómo estamos aquí ahora; ya ves lo que ha pasado desde entonces y cómo yo me veo. Por eso, no me admiraré ni me extrañaré de nada de lo que me digas, pero dímelo; desde el hospital ¿adónde fuiste?

—A casa de sor Lucía; supe su residencia casualmente, por una hermana de la caridad de aquel establecimiento.

—¡Irías á saber de mí! ¿A ver si podías adquirir algún informe?...

—No pudo darme ninguno y estaba desoladísima.

—No tanto como tú, ¿es verdad?—dijo ella en voz temblorosa, infiltrando su mirada en lo profundo de aquel corazón.

El bajó la cabeza, diciendo suavemente, pero con tal expresión, que Estrella lo entendía muy bien, á pesar del ruido de las aguas:

—Solo pudo darme un dato: había conseguido que averiguasen del cochero que te condujo, el sitio donde le hicieron detenerse, pero sin precisar la casa. Sor Lucía sólo pudo indicarme, de un modo muy vago, los extremos de la calle de la Trinidad ó la calle del Tiro.

—¿Pero no preguntó sor Lucía por la residencia de los Luceños?

—Sí, lo había inquirido, pero no vivían en el barrio de la Trinidad; no era lógico, por lo tanto, que la casa donde estuviste, aunque tú lo creyeses así, fuera la de ellos. Entonces fuí por la calle del Tiro; allí ó en la de la Trinidad, en alguna casa de aquellas habría de hallarte.

—¡Y fuiste!

—¿Qué otra cosa había yo de hacer sino en tu auxilio?

—Pero ardía la guerra en las calles, las barricadas eran un infierno. ¿Fuiste por allí, Tano?

—¿No era aquel el camino?

A la sublime sencillez de esta respuesta, la joven se estremeció violentamente; no se sabe qué horribles impulsos le acometieron de arrojarle al abismo y acabar para siempre.

—¿Pasaste por las barricadas, Tano?— preguntó con lágrimas profundas de gratitud.

—Fué cosa pronta, creo que era una solamente, no pude fijarme; la otra estaría ya desecha quizás. Subí como pude á lo alto, por donde estaban los nacionales; y ya en la altura, salté á la parte donde estaba la tropa. Tenía poquitas fuerzas, Tana, y rodé por el suelo, pero un soldado me ayudó á levantarme y me dió agua.

—¡Benditas sean las santísimas manos de aquel que te socorrió y te confortó, porque

ejerció su obra de caridad en el hombre más generoso de la tierra! Tano, pero sigue. ¡Sigue por tu vida!

—Fuí por la calle de la Trinidad hacia el río.

—¡Sí, sí!—exclamó ella anhelante.

—Pero las fuerzas me faltaban... No podía andar.

—¿Ibas *allí*? ¿Sabías ya la casa aquella?...

—Iba allí, pero no podía, Tana... Eran mis últimos esfuerzos, pero andaba... ¡Muy poco... ya ves!

—¡Sí, sí, ya veo! ¡Y las balas silbando sobre tu cabeza... Y tú que acababas de salir del hospital... Sin alimento alguno en el cuerpo... Cogiéndote á las paredes en tus agonías tremendas para poder llegar á la casa! ¡No he de verlo!—exclamó con una risa nerviosa, cuyo ruido dominó el del torrente.

—No te afectes así, Tana. ¡Yo no quería contártelo!

—¡Pero yo sí quiero, Tano! ¡Te lo suplico, cuéntame hasta lo último!

—No podía llegar... Y vi entonces... Le

vi á él... ¡Ya sabes! Le vi entrar en una casa... ¡En aquella casa! Yo no podía... pero anduve más. La calle se alzó y bajó delante de mis ojos... como un gran buque en mar revuelto... Pero yo anduve. Después llamas, muchas llamas... Todo pareció incendiarse... Y yo seguí andando hasta caer. No supe dónde caí. Me encontré en el hospital nuevamente.

—¿Pero lo sabes ya, Tano?... ¿Sabes dónde caíste?—preguntó ella ardientemente, con una entonación singular.

Tano movió la cabeza en sentido de afirmación.

—¡Estabas allí, Tano! ¡Estabas allí!... ¡Y no pudiste auxiliarme!... ¡Dímelo! ¡Dímelo, por caridad! ¿Sufrió mucho tu corazón? ¡No, pero no me lo digas! Ya lo sé... ¡Te digo yo á ti, que voy á volverme loca! ¡Llegaste tarde! ¡Tarde, Dios mío! Oyeme, Tano. No lo sé todo aún: me falta una cosa todavía... ¿Cómo ibas á la casa tan directamente? ¿Es que supiste dónde era? ¿Pero gran Dios... cómo lo supiste?

—En la calle del Tiro encontré un hombre moribundo...

—¡Herido!

—Herido en el pecho por un trozo de metralla. ¡Qué espantosa brecha! Se moría; yo iba en socorro tuyo, pero le auxilié... Le auxilié con más motivo porque era...

—¿Quién era?...

—Era... el hombre que me golpeó con su fusil... ¡Ya sabes!...

—¡Santo mío!—murmuró ella ahogada-mente, no pudiendo ya soportar aquello.

—¡Infeliz! Dios quiso que se arrepintiera y lo llevé al cielo. El me dijo dónde tú estabas... No pudo hacer más.

—Te lo dijo para que fueras á caer allí, donde yo caía..., para caer donde caía yo, sin poder socorrerme... ¡Y llegaste tarde por haber estado allá, junto al villano que te ultrajó y te mató, ganando su alma para el cielo! ¡Y el otro, el monstruo, pasó después sobre ti sin duda, dejando atrás con su risa siniestra á los dos miserables vencidos! ¡Cuando te dije Tano que iba á volverme loca! ¿Por qué no vas también á buscarle? ¿Por qué no corres también á ganarlo para el cielo? Pero yo lo juro—añadió con supre-

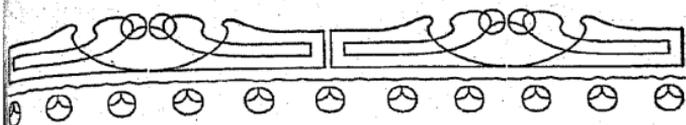
mo ímpetu, irguiéndose de pronto sobre el borde del torrente y haciendo recortar su silueta bellísima en el espacio—, yo lo juro, aunque el cielo se hunda y me aplaste, como juraba el monstruo destrozando mi cuerpo con sus zarpadas para vencerme. ¡Yo lo juro! ¡Pensé en ti cuando me vi perdida! Pensé en ti, ¿lo oyes? Este hijo que llevo en mi seno, no es de él, es tuyo. Soy bastante cristiana para no pecar contigo materialmente. Lo soy hasta el punto de admirarte y conformarme, viendo cómo sufres y te consumes por no pecar tú tampoco... Pero que no se me pida más. ¡Toma mi mano, Tano! Estréchala, bésala, que es un pobre premio... Es la mano de una religiosa profanada, es la mano de una mujer envilecida. Pero tú la estrecharás y la besarás aún siendo así, porque sabes que es la mano leal, honradísima de tu pobre Tana. ¡Oh, no soy la serpiente del Paraíso! Soy una pobre mujer que amó y sufrió mucho y que te ve amar y sufrir.

Tomó el sacerdote las manos temblorosas, pequeñas, calenturientas, y las llenó de be-

sos dulcísimos. Las besó y las mojó con sus lágrimas.

Los gigantes negros habíanse alejado. La luna iluminó la tierra con todos sus esplendores.





XLV

Los días iban pasando con amargores hondos y dulzuras más punzantes que los amargores. Ella, sin advertirlo nadie, al parecer, iba adquiriendo con suma lentitud algunas fuerzas. Tano, con la misma lentitud, iba decayendo y como envejeciendo. Estaba ya en la mente de todos: su mal no tenía cura. Por el contrario, una suave esperanza fué tocando en los corazones con respecto á Estrella.

Desde la tarde del torrente no pensaba ya la joven en sí misma; su enfermedad le importaba poco; sólo tuvo idea, dolor é inquietudes por la enfermedad de Tano. No hubo ya nada que no fuese él. Ella le acompañó, ella le cuidó. Constituyóse en enfermera

suya... una esclava atenta y apasionadísima. Los paseos fueron ya escasos porque Tanito decaía rápidamente. Y cuanto más Tano se agrababa, más ágil y dispuesta sentíase la mujer, con estupor suyo, cuando por cualquier circunstancia fijábase en ello. No era solamente su gentil disposición y facilidad de movimientos; después de aquella gran crisis de que ya he hablado, sus noches fueron más sosegadas; sus sueños, reposadísimos, parecían nutrirla más aún que los manjares. Aquellos esputos desaparecían insensiblemente, pensando el doctor ahora que fueron debidos á la gran escasez en su sangre de elementos formes: predominaban en ella las partes líquidas; esto daba lugar á aquellas manifestaciones por la facilidad con que la sangre, por su misma liquidez, filtraba las paredes de los vasos. Fué, pues, en aquel período el más agudo de su enfermedad, cuando la mujer podía salvarse. Contaba con dos poderosos elementos como ayuda eficazísima: los montes con su cielo acariciador y sus aires cargados de oxígeno. El otro y más poderoso aún de los dos factores había

cumplido ya su misión... ¡Oh, espantosa, tremenda ironía! ¡¡Fué Jaime!!

Sentado en la puerta del Marrubial un atardecer de principios de Junio, aspiraba el enfermo ansiosamente las brisas balsámicas del bosque. Tana, junto á él, mirábale con amorosa solicitud.

Abstraídos, no vieron una figura enlutada que subía penosamente la escarpadísima senda. Fué don José, al salir de la casa, quien primero la vió. Estando próxima, no la habían reconocido aún; era una mujer que llegó á la explanadita arenosa del Marrubial, jadeante, como si desfalleciese. Quedáronse estupefactos entonces al conocer á la Lucieño. No era la mujer hermosa de hacía pocos meses; su rostro marchito, su esbeltez perdida, su mirar opaco, su boca reseca, hundida en las comisuras, indicaban pesadumbres hondísimas.

Llegó hasta ellos, y arrodillándose allí con gran unción, dijo sumisamente:

—A vosotros he venido porque mi corazón no puede más; el arrepentimiento me mata, como Dios mató en mí por justo cas-

tigo toda dicha. Si cuanto he sufrido no es suficiente para ser perdonada, decid vosotros qué más podré hacer, que lo haré de rodillas, como de rodillas y no andando hubiera venido, á tener fuerzas. En peregrinación vine aquí como se va á lugares santos, porque santo será siempre el sitio donde estéis.

Se ahogaba al hablar; perdía los alientos... Iba á desmayarse; pero la señora Quintañones, callada y oportuna, según costumbre, estuvo allí á punto con un cordial, que llevó á sus labios, sintiéndose chocar el borde de la copa entre sus dientes por la convulsión de que estaba poseída.

Interviniendo don José, exclamó así:

—En los resultados de su conducta hay que pensar; las causas no importan. Vea usted—añadió solemnemente—tres condenados á tormentos más agudos que los que usted pueda sufrir nunca. Vea usted al Padre Gardoquis; no necesito decirle lo que sufrió, atropellado, escarnecido, moribundo por querer evitar un espantoso crimen. Vea usted á esta desgraciada... Debe usted

pensar la horrible muerte suya, aunque la vea usted viva y mirándola aún con ojos de compasión. Piense usted en mí al encontrar á mi hija en aquella casa y en cómo la encontré. Véame usted á mí, un pobre anciano—añadió don José, tembloroso, chispeante la mirada—, envilecido en ella y teñidas mis manos en sangre... En sangre del crimen.

—¡Del crimen!—exclamaron todos con profunda estupefacción.

—¡Del crimen!—repitió don José con profundo temblor, ardiendo en sombría cólera los ojos—. Yo, hombre de justicia, pensaba entonces que era justo; pero verter sangre humana, por mucha razón que nos asista, es siempre crimen. En el acto mismo de encontrarme á mi hija yo no pensé en eso; yo no pensé en otra cosa, sino en que él estaría vivo después de aquello. Por eso la dejé allí, por eso salté á la calle, ¡por eso le busqué y le maté! ¡Le maté yo! ¡Yo mismo!—gritó el desgraciado golpeándose el pecho fieramente.—¡Yo, que estoy arrepentido de mi crimen; yo, que estoy arre-

pentido, y que, si resucitara, le mataría otra vez!

El asombro, el dolor, el espanto creyéndose que paralizaba aquellos corazones. La esposa se lanzó á su marido, abrazándole y confortándole, piadosísima. Estrella, arrodillada junto á Tano, enjugábale el sudor frío de la frente, por el síncope que la escena le produjo. La Luceño, con la cabeza baja, parecía esperar con resignación todos los castigos. Don José, apartando á su señora, habló ya con imponente calma, dando un paso hacia la Luceño:

—Ya ha visto usted las consecuencias funestísimas de su espantoso abuso de confianza, al burlar á un padre desgraciado, que puso en manos de usted la existencia y la honra de su hija. No tenía yo conocimiento entonces de la conducta de usted; si lo hubiese tenido, también la mato.

Dicho esto le volvió la espalda y penetró en el Marrubial.

La infeliz culpable iba á desfallecer. Saliendo el sacerdote de su síncope puso los ojos en ella con expresión de lástima y su-

trimiento. Haciéndose cargo de lo ocurrido, exclamó débilmente:

—Tana, ¿y tus padres? Llámalos, te lo ruego.

Desempeñó Estrella su comisión, y don José, afectadísimo, apoyado en su señora, estuvo allí al instante. En tanto, el enfermo había dicho á la mujer palabras alentadoras de caridad.—Amigo mío—añadió dirigiéndose á don José con gran dulzura—; téngalo usted en cuenta: mucho mal nos hizo, pero ¡cuán arrepentida implora que se la perdone! ¿No es eso ya bastante para que la tratemos con indulgencia? Cuanto más espantoso es el daño que se recibe, más piadosamente debemos inclinarnos á perdonar, porque seguramente, cuanto más peca, es más infeliz el pecador. Oigala usted, al menos; descargue ella su conciencia; no se comete el mal por amor al mal mismo, sin tener el alma gangrenada; y esto no ocurre con la pobre mujer aquí presente. Hubo culpa, ¿cómo dudarla? Pero ¿quién la indujo? ¿Quién la obsesionó? ¿Por qué fué todo esto? Hay que oirla y luego... hay que perdonarla.

Don José—añadió el sacerdote, tan afectado que su boca contrafase y las palabras salían entrecortadas—, ¿quién tirará la primera piedra? ¡Tengamos piedad, señor! ¡Perdonemos, puesto que también hemos de pedir que se nos perdone!

—¡Santo, santo mío!—murmuraba Estrella, sosteniendo á Tanito de un brazo y ahogando los sollozos que querían saltar de su pecho. La arrepentida cogió las manos del cura y las besó con transporte. Era increíble que un pobre enfermo, expirante casi, pudiese fortalecer de esta manera á unas almas vencidas. Todos parecieron más consolados y fuertes.

—Lo que yo diré no será en descargo mío, porque lo que hice no debí hacerlo; pero es una triste verdad que fué el terror lo que me indujo, nunca mi mal instinto. ¡Ay!—añadió patéticamente—, la culpa ha de ser castigada por un medio ó por otro. Digo en esta confesión—y que Dios me ampare y me dé fuerzas—que por una debilidad imperdonable de joven sin juicio falté muy gravemente, dejándome seducir

en Anclada por aquel desdichado que tanto mal nos hizo; dejándome seducir y perdiendo mi honra; hice locuras que, por milagro quizá, quedáronse en el misterio; le amé locamente, con delirio estúpido; le escribí cartas tan absurdas, que un renglón cualquiera de ellas hubiese bastado para perderme; fuí abandonada luego, y no las pude rescatar. Era muy niña; pasaron años, y compadecí á Estrella cuando supe que iba á casarse con aquel hombre. No me mezclé en aquello, por no incumbirme y porque hubiera sido para mí muy peligroso; pero te abracé, Estrella, cuando fuiste al convento, dándole gracias á Dios por el abismo de que te preservaba... Aquel abismo, ¡ay triste!, al que después yo misma hube de precipitarte.

Habían pasado cinco años de mi historia de deshonor; no había visto á Jaime más; estaba siempre en Madrid; las pocas veces que vino al pueblo durante sus relaciones contigo, yo evité su presencia cuidadosamente; con respecto á las cartas, nada pude obtener; dijo que las había roto; tal vez fuera verdad.

Un año después de la entrada de Estrella en el claustro, me conoció un hombre y me amó; yo pensaba en mi culpa, llorando en secreto, por no poder correspondérle; porque le amé, llegué á amarle con todo mi corazón. Muertos mis padres por entonces, sola en el mundo, amándole ciegamente, cedí, y nos casamos. Vida de amor, vida venturosa, dulcísima, ¡cuán poco duradera fué! Algo antes del alzamiento de Septiembre, estando ya mi marido en Barcelona, después de nuestro regreso de Madrid, encontré á Jaime un día ante mis ojos en mi misma casa. Sabía la ausencia de mi marido y hacíame una visita. ¡Oh, qué irónico cinismo! No hablaré de mi espanto cuando me propuso renovar las viles relaciones de otro tiempo. No dejaba de perseguirme, ni yo podía traslucir el medio de hacerle cesar en su infame porfía. ¡Cuán amargamente estaba pagando ya mi antigua culpa! No dejaba de visitarme ostentadamente, dando que decir á criados y vecinos. Por este tiempo recibí la carta de usted, don José. ¡Ay de mí! Él estaba presente... Él supo lo que

usted me decía... Él, entonces, concibió el propósito feroz de apartar á Estrella, sin violencia, de las otras religiosas, sólo con yo hacer lo que usted me dijo, pero en vez de llevarla á mi casa, que la llevase á la que él me dijese, haciéndola creer que era la mía. Juro por Dios, que nos escucha, que me negué con todas mis fuerzas; que le supliqué de rodillas. Me amenazó, me golpeó, pero no cedí. El infame se volvía loco por cualquier obstáculo que se le opusiera; pero aunque me matara yo no cedería. Entonces fué cuando con insolente burla me presentó mis cartas, diciéndome: Se las daré á tu marido, *si no lo haces*. ¡El terror me perdió! Fué un terror que me hizo verlo todo, la dignidad, el honor, todas las virtudes de distinta manera. Fué un egoísmo brutal que abrió mi alma á todo mal sentimiento; pero no fué egoísmo por mí, fué por él, por el que yo amaba tanto, por el que tanto me amaba á mí. Me sentí ferozmente enemiga de todo lo que no fuera la tranquilidad, la confianza en mí de aquel esposo adorado. Y no era amenaza vana. El monstruo no amenazó

nunca sin dar el golpe inmediatamente. He ahí el motivo de mi cobardía. ¡Perdonadme!... ¡Perdonadme, por Dios! ¡Estoy muriendo desde antes de cometer mi culpa, y después, cuando la hube cometido, morí más. Me dió las cartas, cumplió perfectamente... ¡Me las dió cuando me perdí! Me deshonoré negramente, ferozmente por la dicha de mi marido... Y luego no pude sufrir su presencia, la presencia de aquel hombre honrado, por quien había cometido mi villanía... Fué tanto, tan espantoso el horror de mí misma al sentirme tan miserable, tan vilmente encanallada, que me confesé á él... Se lo confesé todo sin recordar, en mi impulso delirante, que estaba convaleciente, debilitadísimo. No fuí yo quien habló, fué mi alma que salió por mi boca en un grito supremo. Tal espanto, tal estupor le produjo, que recayó en su enfermedad y no ha salido más de ella. Ríe, ríe siempre con una idiotéz que infunde frío. ¡Ríe... ríe!... ¡Estoy condenada á verle, á oírle reír hasta mi última hora! ¡Aunque él muera antes, yo siempre le oiré, le veré reír encerrado en su ataúd y acosta-

do en lo hondo, en lo más hondo de la tierra!

Lanzó un lamento de angustia indecible y acabó así con desgarradora súplica:

—¡Perdonadme, por caridad! ¡Sed piadosos y perdonadme, á ver si Dios permite que aquella risa concluya ó adquiera, al menos, otros sones que no me despedacen así el alma!

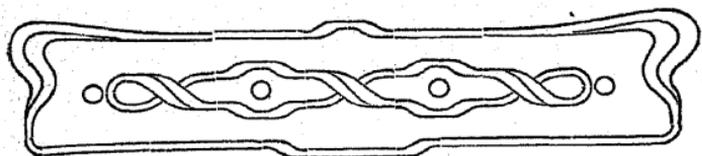
Don José le alargó su mano, diciendo tristemente:

—Yo perdono á usted, señora. ¡Pídale usted á Dios que me perdone á mí!

Estrella la besó y la abrazó con ternura.

—¡Pobre alma, sin vida!—dijo el sacerdote, dando su bendición á la Luceño—. ¡Haga usted el bien que le sea posible por los que padecen y hallará así un consolador alivio en su pesadumbre!





XLVI

Tano estaba gravísimo. Sabían todos á qué atenerse... ¡Lo sabía Estrella también! Quisieron llevarlo á Anclada para más facilidad de la asistencia médica; pero él se opuso diciendo, con su sonrisa celeste, que lo que Dios había determinado, lo mismo se cumpliría en el Marrubial que en otra cualquier parte. Estrella, que pensaba con el pensamiento de Tano y quería lo que él quería, como dócil humildísima esclava, opúsose también con gran decisión, y en vez de bajar á Anclada, subieron los médicos al Marrubial. Pero ya lo sabían, todo era inútil. En Anclada sólo hablábase de Tano. El Marrubial era un jubileo de idas y venidas, á pesar del enorme esfuerzo que suponía

para muchos la larga distancia. Pero ¿y lo que Tano hizo antes? El enfermo sonreía dulcemente, diciéndole á Estrella:

—¡Son agradecidos!—y alababa á Dios.

No fué ya la monja enfermera suya, fué una esclava ciega de aquel pobre cuerpo, luchando heroicamente por salvarle, y cuando la convicción desoladora de un fatal desenlace hubo llegado, por endulzar su triste vida hasta el último momento, se constituyó al servicio suyo de tal modo que no se la vió separada del paciente un solo instante del día ni de la noche. Sufrió con él sus accesos, sosteniéndole y alentándole. Espiaba sus sueños en algunos segundos de reposo que el pobre enfermo tuviera. Cuando no podía resistir más, recostábase en la misma almohada de Tano, percibiendo su aliento, empapándose en sus sudores. Díjole él un día:

—Tana, ¿piensas que no te adivino? Quisieras morir también y descansar al mismo mismo tiempo que yo.

Ella cayó de rodillas ante él, cogiendo sus manos y besándolas entre amargos sollozos.

—No, Tana, no puede ser eso, resignate; has de quedar en el mundo para cumplir una misión. ¡No lo olvides, Tana!

—Te comprendo, sí, pero lo que quieres que yo haga, sólo lo haría un ser perfectísimo como tú.

—Tana, ¿conoces algo más hermoso ni que ensalce más á los ojos de Dios y á nuestros mismos ojos, que el deber cumplido?

—¡Ay, pero es que tú no eres como los demás hombres! Tu idea sobre el deber te conduce hasta donde ninguna criatura de Dios podría seguirte.

—¿Y tú, Tana?—Y el enfermo sonreía plácidamente.

—Yo te sigo de rodillas, humildemente, besando el polvo donde quedó tu huella... y no es mi corazón grande ni mi inteligencia clara lo que me hacen comprenderte y me impulsan á seguirte... Es mi amor, mi pobre amor de mujer enloquecida, porque no supo hacerte feliz. Pero lo que me pides, ¿podrás obtenerlo? Tano, mi corazón no nació para odiar; no odia á nadie; la idea

sola, no ya de ese sentimiento, sino de la misma palabra que lo expresa, me repugna... ¡Compadece á la pobre mujer que lo primero que ha odiado en el mundo ha sido á un hijo de sus entrañas! ¡Oh, le odio, le aborrezco!— y la infeliz, en su locura de dolor, golpeó su vientre. Pero después, espantada por la profunda consternación que pudo advertir en el rostro y en los ojos del enfermo—aquellos ojos de perdones y misericordias—, añadió con triste sumisión, como una queja de niño:

—¡Ay, Tano, perdóname, pero ya ves lo que ha sido de mí!

El se incorporó un poco; puso su mano sobre la cabeza de la triste, y quedó mirándola pensativamente. Luego exclamó con suavidad inefable:

—¿Y el deber cumplido?

—Tano, ¿se ama por deber?—preguntó ella humildemente.

—No se ama por deber; pero en un caso como el tuyo, lo que el deber empieza, un sentimiento natural lo continúa—. Quedó mirándola aún silenciosamente, y luego, añadió suspirando:

—Tu cabello se pone sedoso y se abri-llanta; tu frente va perdiendo sus som-bras enfermizas; tus ojos son ya otra vez aquellos en que yo bebía la vida cuando tú me rechazabas, tan resplandecientes y her-mosísimos; tu rostro ha perdido las angulo-sidades que la muerte iba poniendo en él, y se redondea y se emblanquece y se son-rosa como las clavellinas que, al amanecer, cogíamos en los prados, bañados de rocío; tu cuerpo—el triste Tano lo observa—, va ad-quiriendo su forma seductora de otra época; toda tú resplandeces y cimbras como arbo-lito joven de hojas nuevas y gallardo tronco. No creas, no, que para el pobre enfermo pasa inadvertido: cuanto más aspiras los miasmas ponzoñosos de esta alcoba, más tus pulmones parecen vigorizarse; cuanto más te impregnas en los sudores mefíticos del enfermo, más tu sangre parece adquirir ele-mentos formes que la enrojecen; cuanto más te sacrificas por mí, cuanto más te maltra-tas y ayunas, más visible se ve tu floreci-miento y firmeza. Dime, Tana, ¿y todo eso lo permite Dios para que tú odies á tu

hijo? No; lo permite para que le ampires y le ayudes.

—¿Y por qué no permite Dios también que esta vida nueva, miserable, que yo desprecio se infunda en ti y la compartas contigo?—exclamó la mujer en un grito de protesta y pasión.

—Porque yo, que fui sacerdote, me conservé puro; porque ahora, siendo un cadáver casi, me conservo puro también; porque si Dios me diera la vida, no podría resistir la fascinación tuya, y *sería hombre...* Hombre indigno ya de Dios, de ti y aún de mí mismo.

—¡Santo mío!—exclamó ella, como siempre, cuando no podía resistir la persuasión de su palabra evangélica. Desplomándose en el suelo quedó con la cabeza sobre las rodillas de Tano. ¡Lloraba, lloraba!

El dijo suavemente acariciando sus cabellos:

—Según tus teorías locas de mujer desgraciada, puedo exhortarte á que no le odies. Acuérdate de tus frases: «¡Pensé en ti!»

Ella, sin alzar la frente y sin cesar en su llanto:

—¡Oh!—dijo—, ¿qué no haré yo si tú me lo pides? Dios está en ti y en ti le venero.

—Soñé una noche—repuso él melancólicamente,—que tú estabas en el Marrubial como dueña y señora... No fué, no, el sueño de otras veces, del cual yo te hablé en una ventana una noche de luna; no aquel de la casita de flores, como yo llamaba á este pabellón, convertido hoy en cárcel tuya y en alcoba de un pobre enfermo. Yo te veía en el Marrubial, hermosa siempre, grave, enlutada, con un querubín en tu regazo, un hermoso querubín de ojos azules, que te recordaban los de un pobrecito muerto, á quien desdeñaste un día ya y á quien amastes luego mucho: yo estaba á tu lado siempre, vagando en torno tuyo y del querubín hermoso de ojos azules, como una sombra protectora, sin que tú me vieses, pero sintiéndome en torno y dentro de ti...

—¡Ay, Tano!, me muero al oírte.

Hubo un largo silencio.

—Escúchame—añadió él gravemente—, he de decirte una cosa... pero no aquí. Tendríamos que andar algo... Y no sé si podré.

Ella alzó los ojos, mirándole suspensa.

—Probemos—prosiguió pensativo—; estás muy fuerte y podré apoyarme bien en ti... ¡Ay, apoyarme en ti, yo que siempre había soñado en ser tu apoyo!

Anduvieron hasta salir del pabellón; fué entonces cuando ella pudo convencerse de que su desgraciado amigo era ya un cadáver. Andaba encorvado como en el momento de recibir el infame golpe de Pandorgo. Habían salido al jardín, detúvose Tano á su final, ante el muro vetusto, de gran espesor, de la parte trasera del Marrubial. No eran entonces observados por nadie.

—Tú habrás oído hablar de los tesoros enterrados por mi familia—dijo él sonriente—: siempre se habló de eso en Anclada; pero fueron fantasías de imaginaciones andaluzas. Sin embargo, mi madre, como buena campesina, era previsora hasta la exageración. Un día me dijo misteriosamente: «Tano, voy á comunicarte un pequeño secreto.»—El secreto era éste; inclínate un poco, Tana, para que puedas fijarte bien—. Inclínose él penosamente ayudado por ella, é

hizo jugar un oculto mecanismo, admirablemente disimulado. Al pie del zócalo, en el mismo granito, se abrió un hueco, y en él vió Estrella una caja de hierro pequeña.

—¿Qué hay ahí, Tano?

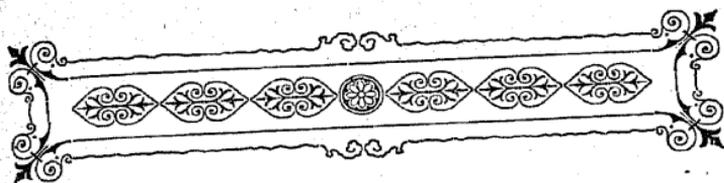
—Te contestaré lo que me contestó mi madre cuando le hice igual pregunta: «una fuerte cantidad en oro para cualquier trance inesperado de la vida; siéndote posible, no toques nunca esas reservas». Entérate bien, Tana, de cómo se juega este mecanismo y volvamos.

Hízolo así la joven. Ya en el pabellón, Tano, fatigadísimo, estuvo un momento sin hablar. Ella mirábale con doloroso estupor. ¿Sería posible aquello? ¿Era en realidad que Tano iba á morir? Tano, dijo lentamente con penoso esfuerzo:

—Cuando hice vender mi patrimonio y lo repartí á los pobres, no esperando ya nada en la vida, pensé en esa suma, pero quise reservarla; no sé que vago presentimiento me advirtió... Es mi voluntad, Tana, que esa suma sea para tu hijo... Quiero que con ella se compre el Marrubial, que con ella se

eduque... que tú le infundas tu alma y la mía. Que no se parezca á *él*... Que se parezca á nosotros... Esa es tu misión, Tana. Cúmplela, y aquel sueño que yo tuve se verá realizado.





XLVII

Corrieron rápidos los meses de Julio y Agosto. Era milagrosísimo que Tano viviese aún. A cada minuto esperábase en Anclada la fatal nueva; había allí una consternación indescriptible.

Estrella no podía ocultar ya su estado; el instante dolorosísimo acercábase, pero no salía de la alcoba del enfermo, allí, con él siempre, asistiéndole, sirviéndole con entrañable solicitud, el corazón destrozado de dolor, pero hermosa, hermosa siempre, como en el convento, más que en el convento.

Tano moríase, y fué una prueba ruda, la más feroz de todas, cuando la desgraciada sintió los primeros síntomas de su alumbramiento. Retorcíase de dolor considerando

que tendría que apartarse de él en aquella horrible hora. Si Tano moría sin ella estar allí, espiando su última mirada, aspirando su último vital soplo, considerárase condenada en vida y en muerte.

No sentía sus dolores físicos, ¿qué era aquello comparado con su hondo padecer moral? Besando las manos de su amigo con locura suprema de amor y dolor, quemándolas con su llanto desoladísimo, se apartó de él, no por su voluntad, sino por la fuerza misma de las cosas. Tano, mirándole con sus grandes ojos dulcísimos, díjola:

—¡Confía! ¡Dios será bueno!

Don José no estaba en el Marrubial. Había ido á Anclada tal vez por secreta combinación de su esposa, que preveía ya lo que estaba pasando. Habíase hecho todo lo posible por ocultarle el estado de su hija y retardar así, en lo posible, la nueva desgarradora. El guarda y su mujer, pobres, honradísimas gentes, estaban en el secreto. La asistencia médica teníanla pronta; el médico de Tano hallábase en el Marrubial desde unos días, vista su gravedad inminente.

Fué un parto felicísimo; no la sintió nadie; contuvo ella su fiero sufrir con gran valor, pensando en el moribundo.

—¡Dejadme sola! —decía, apartando de sus sienes los cabellos adheridos á ellas por el sudor—. Dejadme, que Dios me ayudará... ¡Iros todo con él!

Pasó la hora mortal; había nacido un niño, una pobre florecita de crimen, de ojos azules y cabellos rubios. El médico fué al pabellón inmediatamente. No había novedad; Tano, como asistido por fuerzas sobrenaturales, no dejaba entrever síntomas de un desenlace inminentemente próximo.

Fué la enferma advertida de ello al punto y mantúvose en un silencio extraño. El guarda esperaba; iba á llevar el niño á la mujer que había de amamantarle. Oyó hablar Estrella á su madre de esto, y dijo, pronta, nerviosamente:

—No, esta noche, no.

Respetando su deseo, dejáronla sola; quería descansar; antes, llamó á la mujer del guarda y hablaron reservadamente. Díjole la guardesa que el médico había entrado unos

instantes en su habitación; la señora Quintañones y el guarda, hallábanse con Tano. De la servidumbre no había que hablar, por no haber ninguna; el secreto de Estrella había-lo exigido así.

La guardesa, muy diligente, hizo salir á su marido de la alcoba de Tano; llamó en seguida á la mujer de don José, llevándosela con un pretexto. Quedó allí solo el pobre Tanito, sin fijarse en ello siquiera. Parecía dormir, pero sus labios movíanse en oración ferviente. En pocas horas su rostro hizose espectral. Infundían lástima el estertor de su pecho y sus sienes y sus ojos hundidos. La tos no le hería entonces.

Volvió los ojos á la puerta como por un presentimiento de su corazón. Pronto, al instante, una forma blanca se dibujó en el dintel. Díjose que era perturbación suya, pero la forma blanca anduvo hasta el lecho y una voz llegó á sus oídos... una voz gloriosa:

—¡Tano, aquí estoy!

Ahogó una exclamación, queriendo incorporarse.

—No, detente por el cielo; no te impresiones, serénate.

—¡Pero es que te costará la vida, Tana!

—¡Imposible! ¿No dices tú que he de cumplir una misión en el mundo?

—¡Tana, Tana!

—Los hice retirar para que no me impi-diesen, con pretexto de mi salud, llegar has-ta aquí. Ahora ¿qué importa? ¿Quién podría arrancarme ya de tu lado? No te impresio-nes, por Dios.

—No me impresiono porque no me cogiste desprevenido. Siempre hay que esperar en-ti cosas nobles.

A una señal de Estrella, avanzó la mujer con el niño; cogiéndole la madre, se lo pre-sentó á Tano, y dijo con voz ligeramente enronquecida:

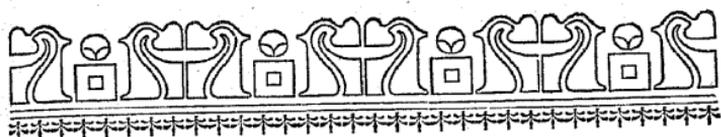
—Hele aquí, Tano. ¡Bendícelo para que yo le pueda amar!

Se incorporó un poco el moribundo, con ayuda de la mujer y de Estrella misma, y cogió después á la florecilla de cieno. Grue-sas lágrimas caían de sus ojos. Mirándole intensa, largamente, pronunció algunas fra-

ses, cuyo sentido, ni aún la misma Estrella pudo comprender. Le besó luego en los ojos... Un beso, callado, infinito... Alzó la mano descarnada y bendíjole en nombre de Dios.

Marchábase la mujer con el niño, y la cabeza de Tano cayó dulcemente en la almohada; ella, rendida, exánime, allí, en la misma almohada, dejó caer también la suya... Y los dos callaron y lloraron.

Un poco más tarde, llegó al Marrubial con don José, el cura de Anclada, admirador y tierno amigo del moribundo. Aquella misma noche, santamente, como santa había sido su vida, recibió los auxilios espirituales, y, al amanecer, cuando el sol, como una inmensa flor de oro comenzaba á iluminar la tierra, cuando las flores alzábanse en sus tallos esplendorosas de rocío, las golondrinas, píoando dulcemente, rozaron con sus alas los cristales, como en misteriosa señal, y el alma del moribundo se fué... Se fué... y acabó para siempre en la tierra Miguelito Gardoquis, el Tano.



XLVIII

Un mes transcurrido, en una bella mañana otoñal, entró don José en la habitación de su hija. Detúvose ante ella mirándola melancólicamente. En el rostro de la mujer, en toda su persona, se reflejaba la gran catástrofe de su corazón, pero estaba fuerte y tenía salud.

—Hija mía—dijo con gran amargura—, lo que me pediste una vez con tanto afán, logrando mi consentimiento y arrancándome palabra de gestionar rápidamente todos los trámites, se ha realizado; todo se resolvió; puedes ingresar en un convento desde este instante. ¡Te vas de nuestro lado! Dios lo querrá así, ¿pero qué va á ser entonces de tus pobres padres?

Estrella, con triste gravedad, le indicó un cofre pequeñito que había sobre la cama, rogándole que lo cogiera. Hízolo así don José; pesaba poco y le era fácil. Echó á andar ella, pidiéndole que la acompañara. La acompañó don José muy admirado, y fueron en dirección al torrente.

Era un amanecer. La noche había sido tormentosa, el huracán asoló la tierra. Las grandes masas sombrías que llenaron ante los espacios habíanse convertido en manchones rojizos ó grises, que ponían ahora extrañas tintas en las llanuras y las sierras. Con paso firme iba la mujer, sin hablar, delante de su padre. Llegaron al torrente. Detúvose ella en el mismo desfiladero, allí, donde Tanito besó sus manos por primera vez y las mojó con sus lágrimas. Precipitábase el torrente; sombríos picachos se alzaban detrás y abríase al pie gigantesca boca; era el abismo, el abismo insondable, cuyo fondo la mirada humana nunca logró alcanzar, y las aguas, volteando sobre él, volteando siempre en inmenso arco plateado para caer y rodar luego, por su cajón de rocas,

rugiendo y retorciéndose en anillos de espuma.

Abrió Estrella el cofre, y los ojos de don José claváronse con ansiedad en su contenido. ¡La estameña azul, la toquilla, el velo, todo el traje monástico, y como reliquia puesta sobre un corazón, el rosario encima, con su gran cruz de márfil!

—¿Qué es esto?—exclamó atónito.

Ella, sin oírle, besó el sayo, la toca, la cruz. Cerrando el cofrecillo luego, se lo entregó á su padre.

—¡Allá, al fondo!—dijo.

Don José la miraba como si la creyese loca.

—¡Al fondo! ¡Arrójelo usted!—repetía ella, señalando con dedo rígido la negrura.

Arrojó don José el cofre, y allá fué, despeñándose y tropezando en las salientes de las rocas con ruidos lúgubres de ataúd. Estrella, habló así luego con gran emoción, arrodillada á los pies del anciano:

—Se cometió en un solo punto un sacrilegio con la religiosa y una infamia con la mujer. Dios perdonará por la religiosa, la

mujer ya ha perdonado. ¡Oh, padre, sor Adoración ha muerto, y yo, que tuve contra mi voluntad un hijo de la infamia, no puedo pertenecer á Dios porque pertenezco á mi hijo. ¿Será un sacrilegio pensar así? Si lo fuera, *ese es mi sacrilegio*; pero Dios, que en su infinita misericordia, perdonará alguna vez, sin duda, al que cometió el monstruo, ¿no va á perdonar el de esta pobre madre? -

«¡Un hijo!» No oyó don José más que eso. No supo qué garras poderosas claváronse en su corazón; no supo qué negras iras, qué tumultuosos pensamientos de muerte acometiéronle. Levantó el puño, como para descargarlo y aplastar la cabeza gentil. Pero vió á la vez sus puros amorosos ojos. Creyó ver al igual algo así como una confusa vaga sombra flotando alrededor de ella. ¿Por qué se acordó de Tano? Sintió súbitamente, sin saber la razón, un intenso bienestar, y rodeándola con sus brazos, exclamó tiernamente, consoladoramente:

—¡Hija de mi alma!

Como al morir Tanito, brotaba el sol en-

tonces; brotaba y bañó en su luz el grupo; alrededor emanaban su incienso las mil florecillas del campo; en el fondo [retorcíase el torrente, rugiendo sus maldiciones y sus quejas; y allá, en la altura, cantaban las aves himnos á la maternidad.

FIN

Obras de Martínez Barrionuevo

Paca Cielos, 3 pesetas. — *El Padre Eterno*, 4. — *Señores de Saldivar* (dos tomos), 6. — *Juanela*, 3. — *Venta de hijos*, 3,50. — *Misericordia*, 3. — *Filigrana*, 3. — *Guerras pasadas*, 3. — *Andaluza*, 3. — *El contrabandista*, 3. — *El buque de combate* (dos tomos), 6. — *La virgen* (historia de una muchacha de este siglo), 3. — *Andalucía* (ochenta cuadernos), 80. — *Barcelona monumental* (veinticinco cuadernos), 25. — *La generala* (dos tomos), 6. — *Gente de tablas*, 3. — *El filón*, 3. — *Sevilla famosa*, 3. — *La real hembra*, 3. — *Fin de una raza*, 3. — *Mi infancia*, 3. — *Amar á Dios*, 3. — *Heroínas*, 3. — *El sacrilegio de Sor Adoración*, 3,50.

Volúmenes á 1,50 pesetas

EL DECÁLOGO

Amar á Dios.—No jurar.—Santificar las fiestas.—Honrar padre y madre.—No matar.—No fornicar.—No hurtar.—El falso testimonio.—La mujer ajena.—Los bienes ajenos.

